

903961

- 3 -

ALBERTO EL JUGADOR.

NOVELA DE COSTUMBRES

POR
R. Orrego de Uribe

UNA MADRE.



VALPARAISO.

Imprenta de Chile de A. Monticelli.

Calle de la Aduana núm. 28

1861.

ALBERTO EL JUGADOR.

NOVELA DE COSTUMBRES

Por D. Olegario A. de la Cruz

UNA MADRE.



EL LIBRERO

Librería de Olegario A. de la Cruz

Calle de la Victoria, 22

1864



Las asociaciones literarias han dado siempre origen a las revelaciones del talento y servido de estímulo a ingenios que sin ellas no se habrían lanzado a cultivar el bello campo de las letras; terreno doblemente ingrato en América, donde es sabido que la literatura ofrece gran copia de sinsabores y ningún provecho. Solo un sentimiento de nacionalismo, el entusiasmo que inspira el amor a lo bello, y el anhelo de buscar tregua a las tormentas del tráfico de la vida abstrayendo el espíritu en el espacio de la idealidad, pueden ser los móviles que ponen la pluma en manos del escritor obligándolo a sacudir la apatía e indiferencia, para desempeñar una misión en la que muchos son los llamados y pocos los escogidos.

Valparaíso ha visto nacer y tomar de día en día mayor incremento a la Sociedad de Amigos de la Ilustración. Si ella ha correspondido o no a las esperanzas que abrigaron sus fundadores no somos nosotros ni éste el lugar en que debemos decirlo. Pero en honor al pueblo de Chile cumpelenos declarar que el favor incesante que dispensa a la *Revista de Sud América*, anales de ese círculo literario, es una manifestación espléndida de que los trabajos de sus socios alcanzan algún aprecio, sirviéndoles esta buena acogida de premio para no desmayar. Desde que se estableció, ha sido el periódico de la Sociedad un palenque abierto para todas las inteligencias que quisieran llevar a él su contingente de ideas y bajo sus auspicios han salido a luz los primeros cantos de una poetiza cuya modestia la obligó por largo tiempo a ocultar su nombre con el simpático seudónimo de UNA MADRE, esa blanca azucena del desierto de la vida como la ha llamado un amigo nuestro. La Sra. Da. Rosario Orrego de Uribe

ensayó su pluma en la novela nacional pudiendo aplicarse a *Alberto el Jugador*, su primera produccion, el pareado del trájico frances:

Mes pareilles à deux coups ne se font pas connaître

Et pour leurs coups d'essai donent des coups des maitre.

La Sociedad de *Amigos de la Ilustracion* recibió con entusiasmo el romance y para cumplir la mision que se ha impuesto de premiar el verdadero mérito y estimular el cultivo de las letras, ha ordenado la publicacion del presente volúmen, honrándonos con el encargo de escribir estas líneas en las que la buena voluntad suplirá en mucho a nuestra insuficiencia.

Si el romance histórico tiene el indisputable mérito de presentar a nuestros ojos palpitantes, por decirlo así, las escenas del pasado, escenas que sirven a los pueblos de útil leccion, la novela de costumbres ejerce sobre las sociedades una mision mas alta y moralizadora. En la primera la fantasia puede vagar a su capricho alterando casi siempre la verdad tradicional. La segunda es la copia fiel de un presente en que todos somos actores y por eso su desempeño es mas difícil. Reproducir con exactitud nuestros hábitos, evitar confundir lo natural con lo chocarrero y herir los vicios y preocupaciones dominantes, es en nuestro concepto trabajo menos hacedero y que requiere mayor fuerza de ingenio que la narracion de un hecho envuelto ya en el polvo de las edades que fueron y cuyos personajes parecen fabulosos a nuestra raquílica jeneracion.

Alberto el Jugador pertenece a la nueva escuela conocida con el nombre de realista y cuyo carácter distintivo consiste en tomar las escenas de la vida actual tales como ellas pasan, sin recurrir a exajeraciones ni a pinturas de tipos caprichosos. Esa escuela que ha creado a Margarita Gautier, purificando por el amor a la mujer caída, si es verdad que ensancha las heridas del corazon es solo para curarlas deificando sus buenos instintos, y declarando guerra sin tregua al vicio.

No cumple a nuestro propósito desmenuzar el argumento del romance para descender a la autopsia de cada uno de sus interesantes capítulos y episodios. En nuestra estética literaria rara vez buscamos la belleza en los detalles, aparte de que tal sistema de critica es del todo inútil desde que el lector tiene el libro a la vista y conduciria solo a disminuir en su ánimo a curiosidad que hubiera de inspirarle.

¿Satisface la novela que examinamos un fin moral? Es innegable que sí. El vicio del juego, tan fatal para la felicidad doméstica como funesto para la organizacion social, es en ella vigorosamente combatido. Aquellas

imaginaciones sobre las que la vista de un naípe y de los dados imprime una exaltacion febricitante, se sentirán un tanto calmadas despues de la lectura de esta obra que los padres deberian poner en manos de sus hijos como provechosa enseñanza para que huyan de una pasion que jamas deja en pos de si la dicha sino vergüenza, lágrimas y remordimientos. El vicio, como la sirena de la fabula que hechizaba con la melodia de su voz, se presenta siempre atractivo, y su resbaladiza pendiente está cubierta de flores que impiden ver el precipicio. Por eso en *Alberto el jugador* ha cuidado la autora de mostrar constantemente el abismo despojando de flores el sendero que a él conduce. No hai una línea que no sea para anatematizar ese vicio corruptor por exelencia y ante cuyas terribles emociones el hombre olvida religion y patria y dignidad. Nuevo Prometeo, la sed del oro roe las entrañas del jugador y esa sed insaciable y creciente lo arroja mas o menos tarde en los brazos del crimen. Y cuando los gobiernos o las instituciones son impotentes para estirpar la gangrena del mal no puede desconocerse la conveniencia de libros que como éste hablan al espíritu con sobrado imperio y justicia.

El amor, esa aspiracion sublime de la humanidad en todos los siglos que naciendo en la beatitud del Paraíso vino a jermínar sobre la tierra, ha sido tratado en el romance bajo sus faces mas interesantes. ¿Buscaís el amor del espíritu, vaga y misteriosa encarnacion de otra vida en nuestra vida y de los latidos de otro corazón en el nuestro? Teneis las nobles figuras de Hermógenes y Valentina---¿Conoceis el amor maldito de Satanás, la fiebre ardorosa de los sentidos sobreescitados, amor egoísta y que cifra su felicidad en la posesion no de una alma sino de una bella estatua? Buscadlo en el delirio de Alberto por la esposa de Aramayo, y admirad a la vez la delicadeza de colorido con que ha sabido reflejarlo la autora: ni una palabra impropia ni una tinta clara y fuerte alarmarán el pudor mas austero. Y si de este contraste de amores pasáis al afecto respetuoso de la hija que se sacrifica aceptando la mano de un marido a quien no ama y que sin embargo fortifica su ánimo en la conciencia del deber, el tipo de Carmela resalta siempre digno y puro como un ángel.

La Sra. Orrego de Uribe hará con su libro brotar en los corazones sensibles tiernas y castas afecciones despertando en las almas adormidas el noble amor a la virtud. Su novela no es escrita para los espíritus gastados por el hielo del esceptismo: ¡no hay ya un Cristo que inocule el aura vital en los cadáveres! Recomendamos sus páginas, a las que dá no poco brillo la sencillez elegante del estilo, a todos los que se interesen en el pro-

greso literario de Sud América, seguros de que hallarán en ellas contentamiento y solaz y esa poética y melancólica dulcedumbre que vive solo en la pluma de una señorita. En cuanto a nosotros, felicitamos muy cordialmente a la jóven escritora que despreciando las mezquinas prevenciones con que el egoísmo del hombre ha pretendido cerrar al bello sexo el templo de las letras, se arroja con la confianza del verdadero talento en un campo donde hay tantas espinas punzadoras y tan escasas flores. A la autora de *Alberto* han cabido en suerte los aplausos y los laureles y abrigamos completa fé en que si continúa con laboriosidad y empeño cultivando la novela, su nombre alcanzará a ser una de las mas relevantes ilustraciones de su patria. ¡Quiera Dios apartar de su alma la desesperanza y la duda y darla horas bonancibles y brisas perfumadas!

RICARDO PALMA.

Valparaíso, Octubre 28 de 1861.



ALBERTO EL JUGADOR.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO I.

LA CASA DE JUEGO.

I.

Era una noche del mes de setiembre, de ese mes primaveral de brisa tibia y aromática, de cielo puro y despejado, de ese mes que aparece a nuestra vista coronado de flores y cruzando por sopra una alfombra de verdura.

Era el 17, vispera del aniversario de la independencia de Chile. Esa noche la ciudad de Santiago presentaba un golpe de vista hermosísimo con sus calles rectas cortadas a escuadra por edificios mas o menos suntuosos, pero todos blancos como la nieve. Desde la casa de mas humilde apariencia hasta el palacio presidencial, todo parecia haber tomado cuerpo y animádose por una misma idea. El estuque, la cal, la pintura aparecian frescos, lucientes, exhalando ese olor agradable que da el aseo hasta a las cosas inanimadas.

La noche era oscura, precisamente a propósito para hacer resaltar la multitud de luces o *luminarias* que adornaban los edificios. No se encontraba una casa, un balcon que no ostentase brillante hilera de farolillos de formas y color caprichosos. La enseña simpática de la República pendiente de su hasta piramidal se elevaba sobre cada casa inclinándose con gracioso abandono y acariciando en sus ondulaciones las murallas de esa ciudad, an-

tes esclava, hora libre a la sombra del pabellon tricolor. Todo este conjunto daba un aspecto brillante, encantador a la ciudad de Santiago, de ordinario tan seria y fria.

II.

El reloj de la iglesia de la Compania daba las ocho y el sereno, atalaya de la noche, la anunciaba a los alegres paseantes con su religiosa cantinela « *Ave Maria Purísima!* ». Un mundo de curiosos se dirigia a la plaza de Armas, donde daban principio los fuegos artificiales.

Dos mujeres vestidas de negro tomaban la misma direccion, la una de aspecto humilde, la otra, aunque cubierta con espeso velo, dejaba ver por su traje y porte distinguido que pertenecia a la alta sociedad. Llegaron a la plaza confundidas entre la multitud que bulliciosa y alegre se precipitaba en masa al espectáculo.

Nuestras dos mujeres en vez de detenerse alli, como era natural, se escabullen ácia la calle de la Merced. En el momento que se ven libres del jentio, se detienen, y la que parece ser sirviente de su companera dirige a esta la palabra arreglándole al mismo tiempo el vestido, descompuesto por el roce de la jente.

—Señorita, ¿no le parece inútil ir mas allá? yo creo que el caballero se encuentra en la plaza.

—No, Ines, te engañas, sé que en vez de perder el tiempo en otra parte iria al instante a tranquilizarme. Mas no he podido resistir: la esperanza de encontrarlo en el camino, o como tú dices en la plaza, me ha hecho penetrar en ella y arrostrar la curiosidad insolente de la multitud..... Pero apresurémonos antes que las calles se vuelvan a poblar.

Y diciendo esto echan a andar mas que de prisa. Despues de haber caminado cerca de media hora se detienen al pié del cerro de Santa Lucia, calle de Breton, delante de una casa de facha antigua y apariencia conventual. Penetran en ella sin dificultad por estar la puerta principal completamente abierta. El patio parecia pertenecer a una casa inhabitada, tanto por la yerba que libre crecia entre la menuda piedra, como por el silencio que

allí reinaba. Las dos mujeres se dirijen a una puerta que daba a un pasadizo. La que hemos oído nombrar Inés llama cautelosamente, la puerta se abre y un hombre como de cincuenta años, con blanco delantal y gorro en mano, aparece en ella:

— Buenas noches, señorita, dice, dirigiéndose a la dama, la esperaba. Me dijo Inés esta mañana que la señorita vendría temprano.

— Siento, mi buen José, haberte hecho aguardar, dijo la señora encubierta, con una voz tan armoniosa que mas bien parecia un canto. ¡Cómo recompensarte este servicio!

— ¡Oh, señorita, estoi mui pagado! su señora madre fué tan buena conmigo!

Y diciendo esto, abre la puerta de una habitacion interior, en la que penetran las recién llegadas.

La dama encubierta hasta ahora, se sienta, echa su velo atras y deja ver a la luz suave de una lámpara un rostro interesante y conocido.

Es Luisa Alvarez, mujer de 24 años, tan bella como buena, casada hace un año con Enrique Maldonado.

III.

Luisa es hija única de D. Juan Alvarez, caballero respetado y querido por todos los que tienen la fortuna de tratarle.

D. Juan, como tantos otros, en 1830 habia sido arrojado de su patria por el huracan político. Partió desterrado al Perú, dejando en Chile una madre anciana y una jóven prometida suya.

D. Juan contaba solo 30 años, y sin mas caudal que su juventud, ni mas consuelo que la esperanza de regresar a su patria, se encontró en el extranjero sin familia, sin relaciones, ni medio alguno de subsistencia.

Dos años pasaron, dos años mortales de miseria y desesperacion para el jóven desterrado. En este tiempo tuvo la noticia de la muerte de su madre y del desposorio de su novia.

Y sin embargo, aquella alma noble y fuerte no maldijo una patria que tan cruelmente lo habia arrojado de su seno.

Al contrario, pasó a Méjico donde la suerte le fué mas pre-

picia. Allí se ocupó de estudios literarios, que mas tarde debían servir a sus jóvenes compatriotas.

Despues de diez años de ausencia, D. Juan desembarca en Valparaiso, trayendo a su patria una fortuna adquirida por su laboriosidad y constancia, un nombre sin mancha y una esposa digna de él, madre de una hermosa niña.

Esta es Luisa, que, como hemos dicho, hace un año contrajo matrimonio con Enrique Maldonado, joven bueno, interesante, de figura distinguida y maneras agradables, sin otro defecto que el de carecer de una educacion seria.

IV.

El joven Enrique, huérfano de padre, tuvo la desgracia de heredar desde temprano una fortuna bastante regular. Su madre, buena y santa señora, cuidaba mas de los altares de la iglesia que de la educacion de su hijo.

Enrique fué educado en el mejor colegio de Santiago; mas, embargaban preferentemente su atencion los placeres del campo y un gusto singular por el caballo, las trillas y rodeos, que habia adquirido desde pequeño en una hacienda de su familia situada a los alrededores de Santiago.

Esto era para él mucho mas agradable que el colegio con sus estudios áridos y su monotonia insoportable.

Sin embargo, a los 25 años Enrique era un joven completo. El poseia bastantes dotes naturales para ocultar los defectos de una educacion descuidada.

Veintiocho años cumplia cuando se encontró con Luisa. La vió y la amó. Luisa correspondió a este amor con su corazon y su mano.

El cielo parecia haber unido esta pareja tan bella, tan joven, tan amante. ¿Quién al verlos no les hubiese pronosticado un porvenir encantado por el amor y la dicha?

Y asi habria sido si el destino, ese fantasma misterioso que se complace en abatir el orgullo de los felices de la tierra, no se hubiese interpuesto entre Enrique y Luisa.

Seis meses despues de este matrimonio, la bella e interesante desposada era la mujer mas digna de compasion.

V.

Hoi la encontramos en una noche del 17 de setiembre, atravesando las calles de Santiago, sola, en compañía de una sirviente y ocultándose de todas las miradas.

Mientras el circulo en que antes ha brillado se divierte, ella llora y suspira; mientras sus amigas entran al teatro alegres, felices en compañía de sus esposos o rodeadas de sus amigos, ella llena de angustia y de temor entra a una casa retirada y al parecer sospechosa.

¿Qué va hacer? Como he dicho, José, antiguo sirviente de los padres de la joven, la introduce en una pieza de esta casa.

El buen hombre, compadecido de la desgracia de Luisa la dice en tono paternal y cariñoso.

—¿Quiere la señorita que llame al Sr. D. Enrique?

—José, he cambiado de resolucion, o mas bien, no tengo ninguna ya. Tiemblo a la sola idea de disgustar a mi Enrique. Creí haber tenido valor para sacarlo de esta casa; pero las fuerzas me faltan, me voi y que él ignore siempre que yo he dado este paso. Mas, espera... ¿cómo marcharme sin verlo un instante? ¿No puedes proporcionarme este placer sin comprometerte y sin que él me vea?

—Sí, señorita Luisa; inmediato al salon que ocupan los caballeros hai dos piezas que prestan todo seguridad. Sígame Vd.

Luisa fué introducida en una habitacion ricamente amueblada, alumbrada escasamente por el resplandor de una luz que penetraba al traves de una larga cortina de tafetan verde que cubria un tabique de vidrio.

Luisa se dirige instintivamente ácia este lado, entreabre con una mano la cortina y con la otra comprime los latidos de su corazon.

Una escena dolorosa hiere su vista: inmediato allugar en que ella se encuentra yacen cuatro hombres al redador de una mesa jugando los dados.

Dos de estos son mui conocidos de Luisa: uno era el marido

de una amiga suya, padre de nueve hijos, en el otro conoció al cajero de una de las casas de comercio mas fuertes de la capital.

Luisa aparta la vista con horror de aquellos semblantes escualidos y elementados para fijarla al otro extremo del salon. Allí, en una gran mesa ovalada cubierta con una carpeta de paño verde, forman grupos varios caballeros.

Estos ocultan en parte a los que están sentados alrededor y al otro extremo de la misma mesa; dos candelabros con fina esmeralda esparcen viva luz sobre esta escena.

Mudos e inmóviles parecen estos hombres inclinados sobre una tumba mas bien que sobre un tapete. De improviso un inmenso clamor resuena en la sala, uno de ellos levanta sobre todas las cabezas una sota de bastos... El silencio se vuelve a restablecer. Solo se oye el ruido de las cartas que una mano diestra desliza con lentitud. Aunque Luisa entiende poco de juego, bien conoció que era *monte* lo que allí jugaban. Ella busca en vano a su marido entre aquellas cabezas desgredadas y rostros palidos, y, en el momento en que va a retirarse para interrogar a José, se apartan dos hombres de la mesa de juego, y se dirigen a una mesita de escribir. Es Enrique con Alberto N... Alberto presenta una pluma a Enrique que escribe rapidamente sobre un papel y se lo presenta a este. Alberto no parece satisfecho y hace observaciones. Enrique vuelve a escribir, arroja la pluma y se deja caer en un sofá con muestras de la mayor desesperacion.

Luisa no puede resistir mas: lanza un jemido y cae sin conocimiento.

CAPITULO II.

EL JUGADOR.

I.

Alberto N..., en cuya casa se encuentra Luisa atraida por el amor que profesa a su marido, es uno de esos hombres difíciles hasta para ser descritos.

Por fortuna tales hombres aparecen mui a lo lejos entre no-

otros. Felizmente hombres con una alma como la de Alberto pasan como el rayo, aunque como este, destrozando cuarto encuentra en su camino.

¿Quién es Alberto N...? No se sabe. Chileno se le cree, mas nadie le conoce, no hai quien sepa dar noticia de su familia, o que le haya visto crecer. Apareció como una planta venenosa en medio de un desierto. Ninguna mano amiga la ha cultivado.

Su estatura es alta; sus movimientos vivos y desenvueltos. Posee una fisonomia franca y despejada que sirve de anzuelo para todo incauto que tenga la desgracia de caer en sus manos. En sociedad es entretenido, habla mucho y con desembarazo: tan pronto trata de historia como de ciencias, ora de metalurjia u horticultura. Todo lo sabe: mas, para las jentes sensatas y observadoras, es todo oropel, todo arte, siendo en el fondo un hombre lleno de vicios y pasiones desenfrenadas.

Su vocacion y oficio es el juego. Por este medio ha adquirido una fortuna considerable. La casa en que le hemos dejado es su casa de juego: especie de hotel donde se refugian algunos vagos de buena sociedad que forman parte de su séquito.

A mas de esta, tiene otra en la calle del *Estado*, linda y lujosa morada digna de mejor poseedor. Allí es donde se cree que vive, siendo la otra todavia un misterio.

II.

Cuando Luisa vuelve de su desmayo causado por tantas emociones dolorosas, se encuentra en un coche sostenida por Inés. El movimiento del carruaje y el fresco de la noche la reaniman, y deshaciéndose de los brazos que la sujetan, dice débilmente:

—¿A dónde vamos?

—A casa, señorita, ya hemos llegado..... Pára cochero.

Luisa encuentra en su casa a su padre que la esperaba. D. Juan Alvarez, al ver que su hija viene sostenida por su sirviente y al notar la palidez que desfigura su precioso semblante, se abalanza ácia ella con la lijereza de un jóven, la estrecha, le hace mil preguntas sosteniendo en su pecho aquella cabeza tan bella y tan querida.

Luisa no encuentra que responderle. ¡Cómo aflijir a un anciano amante y amado! ¡Como amargar los últimos años de su vida!

D. Juan la sienta en un sofá, hace una indicacion a Inés, quien se retira, pone un cojín a los piés de su hija, la cubre con su propia capa y se sienta a su lado.

—Luisa, dame tu mano, habla con franqueza a tu padre, a tu amigo. No me ocultes nada, hija mia. ¿Qué puede aflijirte tanto? Hace mucho tiempo te veo triste y abatida.

—¡Como, papá, Vd. lo ha notado?

—Mas que notarlo, lo he sabido todo. Hace seis meses que sufro junto contigo. He visto el esmero con que tú has procurado ocultarme tus pesares y no he querido con una esplicacion aflijirte mas aún. ¿A dónde has ido esta noche?

—A buscar a Enrique.

—¿Lo has visto?

—Sí; ojalá no lo hubiese visto jamas!

—¿En qué casa estaba?

—No lo adivina Vd., papá?

—Es que son varias las casas dónde se juega.

—Enrique está en una de las casas de Alberto N...

—¡Ah! ¿y te has atrevido a descender hasta allí, Luisa? ¿Y cómo es que no ha venido contigo?

—Cuando salí de aquí iba resuelta a sacarlo de esa casa; mas estando allí me faltó el valor, solo tuve fuerzas para divisarlo..... y despues no supe mas.

—Comprendo ahora por qué has llegado en ese estado. ¿Cuándo salió Enrique?

—Hace tres dias. Una tarde despues de la comida me abrazó, diciéndome: hasta luego, y no ha vuelto mas.

—Tres dias, tres siglos para tí, pobre hija mia! Y yo que creí ayer tu enfermedad una indisposicion natural, ¿y diré que tengo un corazon de padre? ¿y no he previsto toda la estension de tu desgracia?

—¡Mi querido papá!

—¡Oh, niña! es preciso que cobres valor para dar fin a este estado angustiado y tormentoso.

—¿Qué quiere Vd. decir?

—Escucha, Luisa, ha llegado el momento de explicarnos. Hace tres meses que hablé a tu marido sobre lo mismo que nos ocupa. Le hablé como a un amigo, le aconsejé como a un hijo. El me prometió no jugar mas, bajo su palabra. Me confesó la suma que ha perdido, que es mas de lo que tiene; todo se arregló entre los dos. Yo estreché su mano en la confianza que no volvería a tocar en adelante los naipes del jugador. Enrique no solo ha faltado a su palabra como hombre de honor.....

—¡Papá mio!

—Sí, te comprendo, no hablemos de él, solo se trata de tí en este momento, de tu felicidad. Si tu esposo, desconociendo los deberes de hombre y jefe de familia, te abandona como lo hace, te queda tu padre, Luisa, tu padre que te adora. Nos iremos de aquí, te haré viajar. Verás otro mundo, otras jentes, iremos á donde tú quieras y sino alcanzo a distraerte, llorarás en mis brazos, tus lagrimas correran con mas tranquilidad que aquí.

—¿Cómo podré separarme de Enrique, mi querido papá? ¡Es imposible! asi como jamas podria separarme de Vd.! Los dos me sois necesarios para mi felicidad. Amo a Enrique, soi su mujer, y, creedme, no tiene otra falta que la que lamentamos.

—Es verdad, todo lo olvido cuando pienso que no eres feliz, que tu porvenir es tan triste y oscuro como lo es mi pensamiento en este instante. Yo soi viejo, puedo morir pronto y ¡tú! ¡tú!.... Mas yo te aflijo inútilmente, no llores Luisita, mañana hablaré por segunda vez a Maldonado. Espero que esta entrevista tenga mejores resultados que la primera. Recojete, hija mia. Adios hasta mañana.

Luisa abrazó a su padre y se quedó inmóvil a la puerta de su habitacion hasta que se perdió en el espacio el último ruido de sus pisadas.

CAPITULO III.

LA CITA.

I.

Las doce dan las campanas de las iglesias, y al último golpe de los relojes de las torres, se levanta el clamoreo de los serenos que anuncian a la ciudad la hora de la media noche. Las calles están ya solas y oscuras. Una que otra luminaria se ve a lo lejos próxima a dar su último aliento.

El teatro salía mas o menos a la misma hora. La concurrencia habia sido numerosa y brillante. Esa noche se daba el *Hernani* por primera vez en Santiago.

La Rossi y la Pantanelli habian cantado divinamente. Sus notas puras y claras, sus aires, ya armoniosos ya tiernos, arrobaban el alma, influenciando poderosamente a la sorprendida concurrencia.

Parecia que esa noche se habia dado cita en el viejo teatro de la *Universidad*, todo lo que encanta, todo cuanto hace feliz: la gloria, la belleza, el amor, el lujo.

Las lindas santiaguinas, graciosamente instaladas en sus palcos, se asemejaban con sus vestidos de color blanco, rosa o celeste, a esas fantásticas nubes brillantes y áreas, que aparecen en el cielo de Santiago en las hermosas tardes del verano.

Unos de estos palcos llamaba sobre todos la atención y era objeto de las conversaciones de entre-acto.

Era el de D. Pablo Aramayo, a quien se podía ver arrinconado en una cómoda poltrona, al parecer indiferente a cuanto pasaba a su alrededor.

Dos mujeres le acompañaban y eran Carmela su esposa, y Valentina su hija.

Estas eran las que atraian las miradas de la platea y los anteojos de los palcos.

Carmela de Aramayo, hermosa y elegante, altiva e imponente, ha sido la mujer mas bella de su tiempo, y aun lo es. Mas

ya su belleza se encuentra en esa hora de lucha, como un bello día en la hora del crepúsculo, en el que la luz hace un esfuerzo supremo para no ser absorbida por las tinieblas. Así está Carmela en lucha con los 35 que le arrebatan su juventud y belleza. Mas esta reaparece reflejándose con todo su esplendor en su hija Valentina, jóven de 17 años, admirable retrato de su madre.

Las dos llevan trajes blancos; solo que Carmela ostenta una rica diadema de brillantes en su hermosa cabeza que le da un aspectoso berano, y Valentina una bella rosa blanca colocada con buen gusto en su gracioso peinado.

Si se juzga por las apariencias, bien se puede asegurar que estas dos mujeres son muy felices. Así aparece por la expresiva alegría de sus ojos, por la coqueta ondulación de sus cabezas por el agradable murmullo que forman con sus abanicos y sobre todo por sus hermosos ramos que llevan a cada momento a sus labios como para ocultar sus maliciosas sonrisas.

Mas, ¿quién puede penetrar en los insondables misterios del corazón de la mujer? ¿Cuántas veces esos mismos ramos en lugar de ocultar una sonrisa sirven para recoger una lágrima! ¿Qué de veces el abrir y cerrar de un abanico no se halla en perfecta armonía con los violentos latidos del corazón!

II.

La ópera tocaba a su fin cuando la familia de D. Pablo Aramayo salía de su palco, dejando en el proscenio a las distinguidas artistas envueltas en una nube de flores y palomas encintadas que el entusiasmado público les arrojaba con profusión.

Un jóven abandona su luneta al mismo tiempo que la familia Aramayo sale del palco.

Este jóven parece tener 24 a 25 años. Es pequeño y delgado; mas tiene un aire tal de superioridad y tanta fuerza en la mirada que hace olvidar su delicado porte y sus piés y manos de niña. Su rostro está en armonía con su cuerpo: no es menos delicado y airoso. Su vestido completamente negro hace resaltar la blancura de sus pequeños guantes.

Al subir la familia Aramayo a su carruaje, que esperaba a la puerta del teatro, este joven se acerca atrevidamente a la portezuela y ofrece la mano a Valentina para ayudarla a subir, dejando entre los dedos de la jóven un pequeño ramillete que esta oculta con prontitud. El carruaje parte con rapidez ahogando con su estrépito las reconvenciones que D. Pablo dirijia a su hija por aquel incidente.

Al llegar a su casa, Valentina se escusa para no acompañar a sus padres a tomar el té, abraza a su madre y se retira a su cuarto.

Al momento que se ve sola saca del seno el misterioso ramo donde encuentra, con gran sorpresa suya, un papel escrito con lapiz y al parecer de prisa.

Solo contenia estas palabras:

«Valentina: luego que puedas baja al jardin, allí te espera indefectiblemente tu amigo, tu esposo.....

Hermógenes.«

III.

Una lágrima se desprendió de los ojos de la jóven al leer estas palabras y se escapó de sus lábios esta exclamacion:

—¡Pobre Hermógenes, cuánto sufrirá! ¿Iré? No..... Sí..... es preciso que vaya!!

Y sin vacilar, con mano firme y ademán sereno, apaga la luz para que la crean dormida, echa llave a su habitacion y atraviesa dos grandes patios que separan la casa del jardin.

Valentina se introduce por una calle de naranjos y limoneros que termina al otro extremo del jardin, al pié de una muralla de once piés de alto.

La luna se levanta en este momento, no plateada y cristalina, sino mustia y opaca. El cielo se habia nublado, un aire húmedo y frio agitaba los árboles formando un ruido triste y monótono.

—Al llegar al extremo de la calle, Valentina lanza un grito involuntario: habia visto un bulto que se deslizaba por los árboles próximos a la muralla. Mas presto se repone y corre ácia

aquel lado, llegando al mismo tiempo que Hermógenes ponía los pies en tierra firme.

—¡Dios mío, Hermógenes! esclama la niña temblando. ¿Cómo te has atrevido, qué es lo que sucede?

Mas Hermógenes se habia quedado mudo, con los brazos cruzados y mirándola con aire amenazador.

—Díme, qué tienes? repitió Valentina en tono apasionado.

—Nada, contestó Hermógenes con imperio. Lo que tengo es rabia en el corazón y fiebre en la cabeza..... Lo que sucede tú lo sabes. Si me he atrevido a venir escalando murallas como un bandido, es para hacerte una sola pregunta: Valentina, ¿te casas con Alberto N...? Sí o no.

—No, dijo la joven, aturdida con lo que estaba escuchando.

—Pues bien, júrame por el Dios de verdad que, suceda lo que suceda, aunque tu padre te obligue, aunque tengas que morir mil veces, júrame que jamás consentirás en unirme con ese hombre.

—Te juro, Hermógenes, repitió la joven, te juro por Dios y por la Virgen que me protege que si no soy tuya jamás seré de otro.

Hermógenes cayó postrado a los pies de su amante, y con voz triste y conmovida exclamó.

—Valentina, te pido perdón por haber dudado de un ángel como tú. Te ruego por nuestro amor que tengas paciencia y valor, esposa mía. Si la felicidad no es para nosotros aquí, la iremos a encontrar allá.

Y Hermógenes señaló el cielo.

Poético y solemne era el cuadro que presentaban estos dos jóvenes, arrodillado el amante a los pies de la amada, en un huerto, a la media noche, haciéndose juramentos de amor y constancia, pero de un amor sublime, santo, ardiente, puro, de ese amor que traspasa el mas allá de la vida y eleva hasta lo infinito al corazón que subyuga.

IV.

Hermógenes y Valentina se sentaron en un banco de piedra que a pocos pasos encontraron al pie de un naranjo.

—¿Comprendes, vida mía, dijo Hermógenes, comprendes

ahora por que he sido imprudente hasta esponerte a las recon-
venciones de tus padres? Ellos han deshecho nuestro enlace en
vísperas de efectuarse; ellos me han cerrado las puertas de tu
casa, que ya era la mia, destrozando mi corazon de la manera
mas horrible. Nada hice, no dí un solo paso: era tu padre el que
nos heria a los dos de un solo golpe y yo lo quiero y lo respeto.
Amar y esperar, me dijiste, y he amado y esperado. Mas esta
noche un velo se ha descorrido ante mis ojos dejándome ver la
trama de esa maquinacion maquiavélica.

—Espícate, Hermógenes, exclamó Valentina con angustia. No
entiendo una palabra de cuanto has dicho.

—Es verdad, olvido que tú no sabes lo que pasa. Pero no
ignoras que tu padre juega.

—Sí, algo he oido a mamá, ¿y que tiene que ver...?

—Espera, Valentina, y lo sabrás. Tu padre, que al principio
jugaba solo por diversion o por lujo, tuvo la fatalidad de caer
un dia en las garras de Alberto el jugador. Tres meses harian a
que el Sr. Aramayo frecuentaba la tertulia de Alberto N... y ya
era otro hombre: ya no jugaba por entretenimiento, el vicio ha-
bia hechado raiz en su corazon, lo dominaba completamente. La
consecuencia es clara: *el hombre honrado no es feliz en el jue-
go*. Tu padre se ha arruinado, su fortuna ha pasado a manos
de Alberto. Para abreviar, te diré que este pide tu mano como
único medio de salvacion para tu padre, y que se le ha concedi-
do no solo con prontitud sino con reconocimiento.

He aquí el motivo por el que fué roto nuestro matrimonio.
Ahora lo comprendes. Al retirarme una noche de esta misma
casa contento y feliz, esa noche en que estuvimos solos, tu ma-
má, tú y yo...

—Y nos ocupamos de los preparativos de nuestra boda, añadió
Valentina.

—Pues bien, esa noche, al llegar a casa encontré una carta
de tu padre en la que me decia, que este matrimonio era imposi-
ble ya; que circunstancias imprevistas lo hacian cambiar de
resolucion mui a su pesar; que renunciase a verte y no pensase
mas en tí; y en fin, que esperaba encontrar tan buena voluntad

en mí, como la encontraba en su hija. Despues de eso se ha negado siempre a darme mas esplicaciones. Tú acudíste en mi ausilio, Valentina, tus cartas me han sostenido, ¡gracias, gracias amor mio!

—¿Y qué va a ser de nosotros, Hermógenes, dijo Valentina, mirando a su amante con desaliento? Un porvenir mui borrascooso entreveo, me parece un sueño todo lo que acabas de decir. ¿Yo, prometida a un hombre a quien desprecio con todo mi corazon, mi padre desgraciado, y yo, solo yo puedo salvarle? Esto es para volverse loca.

—Valentina, no vaciles porque creeré que no me amas. Comprende todo el valor del juramento que acabas de pronunciar. Desde este momento no eres ya la señorita de Aramayo, eres Valentina de Monrion.

Hermógenes pronunció estas palabras con tal fuerza de pasion, que la jóven fascinada y conmovida inclinó la cabeza sobre el hombro de su amante. Muda quedó la escena, solo se siente la brisa de la noche sacudir los follajes del huerto formando un ruido melancólico; una lluvia de azahares, desprendida del árbol que les servia de pabellon, formó en la cabeza de la vírjen la corona nupcial.

CAPITULO IV.

LA CARCAJADA.

I.

Son las diez de la mañana del dia 18 de setiembre. Alberto se encuentra en su casa, calle del *Estado*: como he dicho antes, esta es magnífica. Su primer poseedor, al regresar de un viaje a Europa, no queriendo perder sus ideas de arte y arquitectura, puso en pié ese pequeño modelo que comparaba, de la mas buena fé, a los palacios de la culta Europa. Alberto ha aglomerado alli cuanto hai de lujoso, rico y brillante; mas nada de simetria, nada de gusto.

En una de las piezas del primer piso se ve al dueño de casa sentado en una cómoda poltrona de bronce al frente de un escri-

torio incrustado de rosa y concha de perla. Alberto se halla ocupado en arreglar algunos papeles, haciendo apuntes sobre ellos y poniéndolos aparte. Una sonrisa de triunfo se dibuja en sus labios a cada pieza que examina. Al doblar cada uno de estos rollos esclama en voz alta para tener el placer de escucharse.

—¡Enrique Maldonado! pobre hombre! Al menos sabe perder. ¿Quien lo creyera? este pequeño papel contiene la suerte de una mujer bonita. ¡La orgullosa Luisa, la virtuosa señora! Mas tarde nos veremos; por ahora me basta con el marido.—¿Y este perillan? Ah! en cuanto a este es preciso ejecutarlo pronto. Estoy cierto que me cubrirá con los fondos de la casa N. y Ca.—¿Y esta escritura? Esta representa el porvenir; cuatro años tiene que esperar para ver la luz y hacer esplosion.

II.

Un golpe dado a la puerta interrumpió a Alberto; un sirviente se presentó con dos esquelas y las puso sobre el escritorio.

—Que he salido: entiendes?

—Si señor, y ¿si se presenta el Sr. Aramayo?

—Solo para él estoy en casa.

El doméstico desapareció cerrando tras sí la puerta.

Alberto tomó una de las cartas, la abrió y leyó: Invitación para el baile de la Sra. Ana D..... ¿Como se han dignado esos señores aristócratas abrirme sus salones? ¡Qué singular! Los hombres me temen, las mujeres creen despreciarme y solo logran..... Mas..... Esta otra es de Aramayo. Alberto leyó:

«Amigo mio: Lo que al fin se ha de hacer, que se haga pronto. Si a Vd. le parece, la ceremonia puede tener lugar el sábado de la próxima semana. Valentina está dispuesta, lo mismo que toda la familia. Vuestro afectísimo.

Pablo Aramayo».

Calma, Sr. D. Pablo, exclamó Alberto sonriendo y dejando ver sus dientes blancos y agudos como los de una serpiente. Ya se cree entre las garras del alguacil y oye rechinar las puertas de la cárcel que se abren para sepultar su honra y su crédito. No hai

talisman mas prestijioso que un mandamiento ejecutivo. ¡Ah, Portales, yo te bendigo! De todas tus obras la que produce mas bellos frutos es tu famosa lei de ejecuciones: una mujer hermosa y un matrimonio de conveniencia..... Mas, no hai que alarmarse, mi Sr. D. Pablo, la cárcel no es para Vd., porque tiene un tesoro que vale mas que un mandamiento de embargo. Este matrimonio nos conviene a entreambos y..... Un segundo golpe se dejó oir en la puerta.

III.

¡Demonio! ¿Por qué vienes sin que te llame?—El sirviente anunció con voz fuerte y clara a la Sra. Carmela de Aramayo.— ¡La señora! dijo Alberto con sorpresa, al momento hazla entrar aqui.—Y dejando su asiento con la mayor lijereza fué a mirarse a un espejo que tenia a su espalda. Su exámen fué rápido y satisfactorio. Alberto era de fierro: la vida de jugador que llevaba desde muy joven, no habia dejado tan profundas huellas en su semblante como era de esperar. Su cara gruesa y redonda, su cutis blanco y terso, parecian pertenecer a un hombre mucho mas joven; y si se añade unos ojos vivos y penetrantes, una boca grande fresca y burlona que parece dasafiarlo todo al traves de un bigote negro y sedoso, nadie podria decir que este hombre no es jóven, mas sí podria decirse que posee el secreto para hacer envejecer a los demas y de una manera asombrosa.

Vestia sobretodo de paño café y pantalon a la francesa de casimir plomo claro. Un gorro de terciopelo negro bordado de oro completaba su vestido de mañana.

Carmela se presentó en el dintel de la puerta, no ya como la hemos visto en la ópera orgullosa y bella, risueña y al parecer feliz. Su semblante pálido y triste, casi severo, indica que ha sufrido mucho en pocas horas. Va vestida de negro y cubierta con un gran manto desde la cabeza hasta los pies.

Alberto le presenta su mano con toda la franqueza del hombre de mundo, e indicandole un sofá toma asiento a su lado con el aplomo propio del que todo lo puede y que nada tiene que

temer. La Sra. de Aramayo, mujer de talento, comprendió todo esto de una mirada.

IV.

Carmela, afectando valor, miró a Alberto fijamente y le dijo con perfecta tranquilidad: «Caballero, asunto mui serio me trae hoy a su casa.»

—Señora, estoy a las órdenes de Vd.

—Se trata de mi hija.

—Ya lo creo!

—Segun lo convenido entre Vd. y mi marido, Valentina será su esposa dentro de tres dias.

—Señora, tales son los deseos del Sr. Aramayo y tambien los mios.

—Pues bien, vengo a decir a Vd. que este matrimonio es imposible!

—¡Imposible! repitió Alberto maquinalmente, ¿qué ha dicho Vd., señora?

—Digo que este matrimonio es imposible, porque para nada se ha consultado a mi hija y porque ella no consiente. Esto es mui natural, señor.

Alberto se levantó, tomó una carta del escritorio y sin pronunciar una palabra se la presentó a Carmela.

Ella se la devolvió sin leerla.

—Leed, señora, leed esa carta.

—Es inútil, sé su contenido. En ella se dice que los deseos de Valentina y de toda la familia son que la ceremonia se haga pronto. Esta carta se le ha remitido a Vd. estando yo presente, y yo, madre de Valentina, vengo a decir a Vd. que mi hija no consiente y a deshacer un error del cual es Vd. víctima quizá.

Otro que no fuese Alberto se habria desconcertado con esta franca rebelacion, mas él solo hizo un ligero movimiento de impaciencia.

—¿Y qué puedo yo hacer, señora? Explíquese Vd., dijo cruzando los brazos y mirando fijamente a Carmela.

—¡Oh! caballero, todo lo puede Vd. en estas circunstancias. Solo Vd. puede salvarnos; por eso no he trepitado un instante

en llegar hasta aquí, en nombre de esa pobre niña y en el mío, a suplicarle que rompa un compromiso que solo desgracias puede traer para Vd. Como hombre, tenga compasion de dos mujeres aflijidas. Como caballero, su honor le prohíbe unirse a una mujer que solo cede a la violencia de un padre estraviado.

—¿Sabe Vd., señora, lo que me está pidiendo? ¿No sabe Vd. que lo que de mí exige es la ruina y la deshonra de su marido? ¿Que si cedo, Aramayo es perdido? ¿Que me debe sumas que le es imposible pagar y que como único medio de transaccion hemos acordado este matrimonio, que tanto aflige a Vd. como a la señorita su hija? A la verdad señora, que es mucho confiar en mí. ¡Suponga Vd. que me dé por ofendido con tan estraña repulsa! ¡Calcule Vd. las consecuencias! Mañana mismo se veria Vd. despojada de todo lo que hace agradable la vida: su esposo seria conducido a la carcel!....

—¡A la carcel! repitió Carmela horrozida.

—¡Oh! si, porque yo no tendria compasion con los suyos. Y en pos de eso la miseria! Hé aquí lo que Vd. me pide para su esposo y su hija.

—¡Dios mío! murmuró la pobre madre aterrada por las amenazas de aquel hombre, en cuyo rostro se leia, al traves de la siniestra espresion que acababa de tomar, que era mui capaz de todo.

—No puedo comprender que es lo que Vd. se propone. Si este contrato es favorable para Aramayo no lo es para Vd. El cariño no tiene parte ninguna en este enlace y aun veo por sus palabras que es el odio el que a Vd. lo inspira.

—Sea, señora. Imitaré su franqueza, diciéndole que hace cuatro años a que juré vengarme y que me vengo.

—Y de quien se venga Vd?

—De Vd. Carmela!

—¿De mí? ¿que mal he podido yo hacerle?

—Voi a decírselo.

V.

Alberto atrajo ácia sí un almohadon, lo colocó entre él y Carmela, y apoyándose con atrevida familiaridad, dijo:

—¿Recuerda Vd. haberse encontrado cuatro años há en un baile a bordo de una fragata francesa en la bahia de Valparaiso?

—Sí, dijo Carmela, en efecto; mas no veo qué tenga que ver esto con el asunto que nos ocupa.

—Veo, señora, que Vd. no se acuerda que yo me encontraba en ese baile, y que tambien ha olvidado la impresion que tuve la desgracia de causar en Vd.

Carmela se quedó pensativa; no sabia dónde iria a parar este hombre extraordinario.

—En esa época la amaba a Vd. con delirio....

—¿Que dice Vd.? exclamó la señora mirando a Alberto con asombro.

—Digo que amaba a Vd., y que en cambio de tanto amor solo he recojido siempre desprecios que harian sonrojar al mas vil de los hombres. Jamas he podido obtener de ese orgullo indomable una mirada como la que se le arroja a un perro, en cambio de un saludo respetuoso o de una humilde atencion. Desde el encuentro del baile de que hablo a Vd. he cambiado mucho, señora. No diré que he vuelto a Vd. desprecio por desprecio, pero sí odio por odio.

—Créame Vd., señor Alberto, dijo Carmela atemorizada a su pesar, jamas he tenido intencion de ofenderle.

—Es que una mujer hermosa cree que nunca ofende. Juzgue Vd. por sus propias palabras, por esas palabras que salieron de sus labios cayendo como hirviente lava sobre mi corazon. Me dirigí a Vd. para pedirle un baile, Vd. me lo negó. Esto no me fué extraño, y todavia feliz por encontrarme en un mismo lugar con Vd., fuí a situarme tras de su asiento. Una amiga que estaba a su lado preguntó a Vd. por qué no bailaba; Vd. contestó: «preferiero lanzarme al fondo del mar antes que bailar con ese hombre.» Su amiga agregó no sé qué, y Vd. replicó: «mancha hasta el traje de una señora.»

Lo último que oí fué mi nombre pronunciado por Vd. de este modo: «¡es Alberto el jugador!»

En ese momento salía Vd. a bailar con un marino de alta graduacion, mientras yo hacia el juramento que hoy cumplo.

Bien conoció Carmela que de un hombre como este nada tenía que esperar; mas la imájen de su hija desesperada, a quien debía salvar a toda costa, la dió valor para hacer el último esfuerzo, y con voz suplicante dijo: «por favor vénguese Vd. de mí sola; mas no de una niña que no tiene culpa de nada.»

—¡Oh! en cuanto a Valentina, ella me conviene. Sí, dijo Alberto, como hablando consigo mismo: a su paso se me abrirán todas las puertas; ella será mi guía, mi escudo. Veremos si es despreciado aun Alberto el Jugador. ¡Vive Dios! que entonces haré que sea temido!!

—Valentina se morirá, dijo Carmela desesperada. Es tan delicada, tan sensible. No va a resistir.... Y la pobre madre se cubrió el rostro para ahogar sus lágrimas. En seguida, haciendo un esfuerzo por recobrar su calma, dijo: «Creia, señor, que su corazón estaba adormecido, mas no cerrado a los sentimientos generosos.»

—Carmela, dijo Alberto apróximándose tanto que su aliento ardiente quemaba el rostro de la señora, Carmela ¿quiere Vd. que Valentina quede libre?

—¡Oh, sí, lo quiero! ¡Dios mio! esclamó la madre radiante de alegría.

—Pues bien, corresponda a mi amor, a este amor noble, respetuoso, inmenso, que ni el tiempo ni el desprecio han podido destruir.

Carmela le miró indignada y se puso de pié para retirarse. Alberto la detiene, toma un paquete de los que antes habia examinado, y continúa impávido:

—Estos papeles encierran su fortuna. Mas aun, toda su felicidad está aquí. Pues bien, una palabra de Vd. y caerán en pedazos a sus pies. Carmela ¡por piedad! esa palabra! Deje de ser para mí una ilusion querida: un fantasma adorado. ¡Oh! por favor, realice Vd. el sueño de toda mi vida!

VI.

La señora de Aramayo se paró otra vez con esa calma reconcentrada del volcan antes de la erupcion. Alberto, en su frenesí,

habia estrechado maquinalmente el extremo del manto de Carmela. Asi es que al incorporarse la ofendida matrona, cayó el velo hasta la cintura, dejando descubierta la cabeza y parte de su elegante talle. Hermosa estaba la señora; su cabellera negra como su traje caia abundante suelta y risada sobre los hombros, sirviéndole de espeso encaje para medio encubrir un tesoro de perfecciones. Su semblante mas pálido aun que cuando entró en la habitacion de Alberto, le daba el aspecto de una Magdalena de Alabastro. Sus grandes ojos negros, de ordinario lánguidos y distraídos, habian tomado un brillo y una animacion febril estraños. Lo que pasaba en su alma en ese instante solo Dios lo sabe. Lo cierto es que Carmela echó una mirada a su alrededor, una de esas miradas de verdadera mujer, grave, sublime, se volvió ácia Alberto (que permanecia medio de rodillas con el semblante encendido, la respiracion entrecortada, casi jadeante) y la altiva dama, sin poder reprimirse, lanzó una carcajada histérica tan aterradora que Alberto se hizo atras como impelido por un impulso galvánico. Carmela se dirigió a la puerta con paso firme y aire majestuoso, dejando a Alberto con los puños crispados y el semblante livido de rabia.

—¡Señora! prorrumpió Alberto, juro a Vd. que las consecuencias van a ser terribles!

Carmela sin volver la cabeza lanzó una segunda carcajada aun mas horripilante que la primera y desapareció.

Alberto, sofocado de ira y de vergüenza, se dejó caer sobre el sofá murmurando.

—¡Mujer, mujer, pobre de tí!....

CAPITULO V.

LA ESPOSA DE UN JUGADOR.

I.

Hemos dejado a Luisa en la noche del 17 triste y abatida. Su padre al retirarse le habia encarecido el reposo.

Ella procuró obedecerle. Llamó a Inés, dió sus órdenes de

costumbre y se acostó. Mas en vano, que el sueño siempre se aleja del que sufre. La infeliz no podia apartar de su pensamiento la casa de juego. Su noche fué una larga velada interrumpida de vez en cuando por ese sueño nervioso precursor de horribles pesadillas. Por fin, llegó el dia y con él la esperanza, que jamas abandona al desgraciado. Luisa esperaba, como en las noches anteriores, que tal vez esa aurora tan plateada y pura le traeria a su querido Enrique.

Esta vez no se engañaba. Antes de las cinco de la madrugada llamaron a la puerta. Ella misma fué a abrir. Toda la jente de la casa dormia aun. Era él.....

—¡Enrique!

—¡Luisa!

Tales fueron las palabras que resonaron en el abovedado pasadizo. Enrique se dirigió sin decir mas palabra a su cuarto, que es el mismo de Luisa. Al entrar se quitó el sombrero y lo arrojó lejos de sí. Luego se puso a pasear por la estancia con aire irritado.

La pobre niña se quedó aterrada. Si bien estaba acostumbrada a las frecuentes ausencias de Enrique, no lo estaba a verlo regresar de esta manera. Muí al contrario, siempre que pasaba la noche fuera de su casa volvia cariñoso y arrepentido, prometiéndole no frecuentar mas las casas de juego.

¿Qué sucedia pues? Su imaginacion ardiente y apasionada la martirizaba cruelmente; un momento estuvo por creer que el corazon de Enrique ya no le pertenecia, que talvez una odiosa rival se lo habria arrebatado. Mas rechazó esta idea lejos de sí como indigna de ella. Entonces vino a su memoria la escena que habia presenciado en la casa de juego y se acordó de aquel papel que firmó Enrique con tanta desesperacion.

II.

Deseosa de saber lo que pasaba, temerosa, y presintiendo una nueva desgracia, se acercó a Enrique y con tono firme le dijo:

—¿Que tienes?

A esta sencilla pregunta se sintió Enrique turbado y balbució:

—¿Qué es lo que tengo?

—Sí: ¿qué tienes? ¿qué te preocupa tanto, mi Enrique? repitió Luisa con ternura.

—¿No me has preguntado por mi salud?

—¡Mira! he estado enferma, he sufrido mucho desde que no te veo.

—¿Y tú?

—¿Yo? Ya lo ves ¿te parezco feliz?

—No, Enrique, debes ser muy desgraciado cuando no te sientes complacido al encontrarte a mi lado despues de tres dias de voluntaria ausencia.

—¿De voluntaria ausencia has dicho, y solo por ti he vuelto a casa de Alberto? La esperanza es la que me ha perdido otra vez. Sí, esperaba poder decirte al volver a tu lado: «Luisa, ya estamos salvos, jamas volveré a aflijirte.» Sí, soi muy desgraciado por ti, pues te arrastro al abismo en que me he precipitado.

—Enrique, tu amor me hará feliz. ¿No te basta el mio?

—El amor es muy dulce, Luisa, cuando la conciencia está tranquila, cuando el honor no está amenazado. De otro modo el amor es un martirio mas.

—¡Dios mio! que amargura vierten tus palabras.

—¿No cuentas con mi padre?

—No.

—Sin embargo.....

—No: es imposible, solo hacen tres meses a que pagó mis deudas y le prometí no volver a jugar.

—Y ¿por qué has faltado a tu promesa, Enrique?

—¡Oh, Luisa, tú no sabes lo que es el juego! Como pasión es la que mas domina; como distracción es la mas agradable; como profesión.....

—La mas degradante! se apresuró a decir Luisa.

—Sea: pero mas de una vez he envidiado la suerte de esos jugadores de profesión. Ellos no sienten la fiebre que me está abrasando; ellos no tiemblan como yo a la sola idea de faltar a un compromiso, aunque sea contraído en una mesa de juego.

—¡Gracias! Enrique, gracias! Tus palabras me devuelven la esperanza. Aun no está perdida para siempre mi dicha, veo que has

sido estraviado solamente, mas el espejo de tu alma lo está empañado, pues que al traves de esa desesperacion, que no es otra cosa que un saludable remordimiento, te veo, te reconosco aun.

El pálido semblante de Enrique se tiñó de color grana. ¿Seria de vergüenza? ¿Tendria la conciencia de que Luisa se engañaba? O se veria pequeño, humillado ante aquel corazon tan noble y elevado?

III.

Hubo un momento de silencio entre los dos esposos; Luisa lo rompió diciendo:

—¿Dijiste que la esperanza te llevó a casa de Alberto?

—Sí, una loca esperanza. Hará dos semanas que recibí una esquila de Alberto.....

—¡Siempre ese hombre! murmuró Luisa.

—Me llamaba con ese modo insinuante y persuasivo que tan bien sabe emplear. Fuí: era para reconvenirme por mi falta de enerjía, por mi debilidad, como dice. El cree me contengo por temor a tu padre. La broma siguió rodando sobre este terreno. Se me invitó a jugar; no fué posible negarme. En dos horas llevaba perdido mas de lo que tu padre había desembolsado: la quinta, esta casa, todo estaba comprometido y cien onzas por añadidura. ¿Levantarme en esta situacion? ¡Imposible! Seguí, pues, como un desesperado. Y ¡oh capricho de la fortuna! la suerte cambia, principio a ganar, y desde las nueve del 2 de setiembre, memorable para mí, hasta el amanecer del siguiente dia fuí el niño mimado para unos y la presa apetecida para otros. Hubo un momento en que quise retirarme, creí prudente hacerlo; pero la mirada de Alberto me contuvo. Tan pronto como comprendió mi pensamiento, se levantó de su asiento, ocupó el del banquero, y me dijo: vamos a enterdernos los dos, yo tayo. Los naipes se ajitaron en su mano como se ajita el caballo bajo la mano diestra del jinete. Desde ese instante ¡Luisa! todo acabó para mí. ¿Qué mas puedo decirte? Salí de allí estenuado, abatido: habia perdido mas de lo que horas antes contaba como mio, y por segunda vez la quinta, único recuerdo de mi madre.

La voz de Enrique temblaba al pronunciar las últimas palabras.

—¡Mi pobre Enrique! ¡Cuánto has sufrido!

—Sí: compádeceme, Luisa, porque hoy sufro todavía mas.

—Prosigue, y que tu corazón se desahogue en el mío.

—Desde ese día no he tenido un momento de reposo. Tu lo habrás notado tal vez. Encerrado en mi escritorio he luchado con fuerza sobrehumana para vencer una pasión mas fuerte que la razón misma. He huido de mis amigos, he evitado tus miradas, Luisa mía, hasta que fuera de mí, vencido por aquel vicio irresistible, mezcla de placer, de venganza y, como he dicho, de esperanza, por que esperaba por los mismos medios recobrar mi fortuna, me precipité a casa de Alberto. Y para qué? ¡Gran Dios! para undirme de nuevo en el abismo! ¡Oh, parece que he soñado! Mas, qué despertar tan horrible!

IV.

Enrique se dejó caer desesperado sobre la cama y ocultó la cabeza en los mismos almohadones que horas antes, la desgraciada Luisa había empapado con sus lágrimas.

Pero esta amante criatura habia ya olvidado, no tres noches de insomnio, tres días de ansiedad. Aun mas, habia olvidado seis meses de dolor y llanto, no de ese llanto que se palpa y se vé, a la manera que vemos caer el rocío en una mañana de invierno; no, de ese otro llanto mudo, reconcentrado, que cae gota a gota sobre el corazón hasta que lo ahoga.

Sí, Luisa se olvidaba de sí misma, solo tenía alma para sentir por Enrique, ojos para mirarlo, oídos para escuchar hasta su menor palabra, su mas leve suspiro. Habría dado toda su sangre por una lágrima de sus ojos, su propia felicidad por devolverle la tranquilidad que, lejos de ella, habia perdido.

Dejémosla, pues, al lado de su marido. No interrumpamos a este ángel de amor y de consuelo en el noble ejercicio de su misión de paz. Dejémosla representar el papel que Dios ha confiado a la mujer al hacerla sublime intermediaria entre el cielo y el mundo!—

CAPITULO VI.

LA REVELACION.

I.

La casa de Carmela se hacia notar en Santiago por la riqueza y buen gusto del mueblaje, la buena distribucion de los salones y sobre todo por las tertulias con que sus dueños obsequiaban frecuentemente a la buena sociedad de la capital. Por otra parte, la encantadora amabilidad de Carmela, la gracia y belleza de Valentina fresca y colorida como flor naciente, la fama de hombre rico que gozaba D. Pablo, todo contribuia para que fuese esta casa la mas respetable y de mejor tono en aquella época.

A la sazon, Carmela se encuentra en una pieza-costurero; mas está mui distante de ocuparse de labor. Con la cabeza apoyada en su mano derecha, los ojos entrecerrados, parece sumerjida en el mas cruel abatimiento.

En frente de ella está Valentina sentada a la oriental sobre la alfombra, ocupada en concluir un traje de baile. Raro contraste forma la silenciosa apostura de las dos mujeres con lo pintoresco de la habitacion.

Los muebles tapizados de damasco de seda azul claro, y colgaduras del mismo color, se destacan sobre un papel blanco y oro; dos mesas de jacarandá arrimadas a la muralla sostienen grandes jarrones de porcelana de Sevres con variadas y frescas flores; una mesa redonda al medio de la habitacion ostenta una verdadera esposicion de trabajos de mano, todos obra de Valentina; los sofaes se hallan cubiertos de blondas, cintas y flores, y Valentina misma se vé perdida entre esa porcion diáfana y trasparente de nevado tul que horas despues debe adornar su graciosa figura.

Carmela, despues de mucho meditar en silencio, levantó penosamente la cabeza, y miró a su hija que trabajaba con esa indiferencia propia de toda niña que tiene una madre que vela por ella y piensa en su porvenir.

II.

—¡Valentina! dijo Carmela.

A esta voz, la niña alzó su rostro y sonrió a su madre.

—Ven, tengo que hablarte, necesito que me prestes toda tu atención.

Valentina se levantó y fué a tomar asiento al lado de su madre.

—¿Qué tiene mamá? No he querido mostrarle mi vestido porque me ha parecido mui preocupada.

—Es verdad: tu casamiento me pone fuera de mí.

—Pero eso es un proyecto de papá solamente, contestó la jóven poniéndose encendida.

—Ya no es un proyecto, debes casarte en breve.

Valentina se puso tan pálida como habia estado de encendida.

—Sí, conozco a tu padre, su resolucion es invariable. Yo he tocado todos los recursos que me han sido inspirados por el cariño que te profeso, mas tu padre me ha cerrado todas las puertas diciéndome que serás la mujer de Alberto a pesar de mi repugnancia por él.

—Mamá, prefiero la muerte, exclamó Valentina con ese romanticismo exaltado que tiene una niña a los 17 años.

—Tranquilízate, hija, y dá gracias al Todopoderoso por haberte conservado a tu madre; mientras yo esté a tu lado nada tienes que temer.

—Toma ejemplo de mí. Tú estás ya en estado de comprender lo que voi a decirte.

Cuando perdí a mi madre, prosiguió Carmela, contaba solo seis años. ¡Aun me acuerdo de la fúnebre noche en que me abrazó por la postrera vez! Crecí al lado de mi padre amada y feliz, hasta la edad de dieziseis años. Yo era para él su único consuelo y él para mí el único amor. Mas mi Padre era jóven todavia. Una mañana me llamó a su cuarto y me dijo: «Carmela, vamos a separarnos: acabas de cumplir dieziseis años y es indispensable que tomes estado.» Yo le miré abriendo tamaños ojos. «Entiendes?» me dijo con áspero tono, «te vas a casar.» No sé co-

mo no me ahogó el sentimiento. Todo lo que comprendí de pronto fué que mi padre me habia retirado su cariño: lo demas me importaba poco. El tomó mi silencio a su favor, y con mas cariño me dijo: «Voi a presentarte al que va a ser en breve tu marido.» Yo, hija mia, quedé clavada en mi asiento sin darme cuenta de lo que pasaba. Mi padre fué a una pieza inmediata y volvió con Aramayo, a quien veia por la primera vez. Pasados los primeros cumplimientos, mi padre disculpó mi timidez; y mas tarde me retiré a mi cuarto a llorar amargamente el abandono en que me veia. Esperé la noche para suplicar a mi padre me dejase por algun tiempo mas permanecer a su lado, o que por lo menos difiriese mi casamiento hasta el siguiente año. Mis súplicas y lágrimas le irritaron hasta el punto de que me llamase «hija sin corazon, añadiendo que «con mi resistencia me oponia a su felicidad; que si llevaba mi capricho adelante lo condenaria a una vejez triste y desgraciada, y en fin, que solo esperaba que yo me desposase para hacerlo él tambien.»

Al oir a mi padre espresarse en estos términos se operó en mí un cambio extraordinario. Las lágrimas se secaron en mis ojos, el despecho y los celos hirieron mi corazon, la timidez huyó de mí y con voz firme le dije: «Señor, habia creido que solo se trataba de mi felicidad; mas desde que es de la de Vd., disponga de mí, estoi pronta.» Y me retiré dejándole admirado de un cambio tan repentino. Ocho dias despues el mismo sacerdote que bendijo su union bendijo la mia.

Dios, que siempre vela por los desgraciados y en particular por los que imploran su proteccion, te puso a mi lado como en recompensa de tanto sacrificio. Quiso que mi vida fuese, si no feliz, por lo menos tranquila. Que cumpliese santamente mis deberes de esposa. Si he llenado los de madre, tú lo puedes saber, hija mia.

III.

Valentina se arrojó llorando en los brazos de Carmela y ocultó la cabeza en el seno maternal.

—Una coincidencia estraña y fatal, continuó Carmela, va a

decidir de tu suerte. Yo no lo puedo evitar. Tú debes, como yo lo hice, someterte resignada a la voluntad de tu padre; talvez, como en mi caso, la felicidad de éste dependa de tu union con.....

—No, no mamá, se apresuró Valentina a esclamar, eso no puede ser, he jurado a Hermógenes no casarme con ese hombre.

—¡Cómo! ¿Hermógenes sabe? ¿Tú le has jurado? ¿Dónde le has visto?

Valentina, sorprendida por la revelacion que se le habia escapado, por toda respuesta inclinó la cabeza.

—¡Valentina! ¿será posible? ¿secretos para mí?

La niña se cubrió el rostro con ambas manos y prorrumpió en llanto.

—¡Niña! tú me ocultas algo por la primera vez en tu vida, lo que me dá mucho pesar. Ya sabes que la Providencia nos regala en nuestra madre a la única amiga con quien debemos contar. ¿No lo soi ya para tí?

—¡Oh, mamá, todo se lo diré! dijo Valentina, arrojándose en los brazos de Carmela, que la estrechó llena de angustia.

—Habla: ¿Dónde has visto a Hermógenes?

—En el jardin.

—¿Cómo? ¿a que hora? ¿cuando? ¿dime todo por Dios!

—Anoche despues del teatro.....

Carmela rechazò a su hija y se paró espantada.

—Ya lo sé, he hecho mal, balbuceó Valentina cayendo a los pies de su madre.

Esta, rápida como el pensamiento, la levantó diciendo con voz entrecortada:

—No, tú eres buena, hija mia, ¿por qué dudar de tí!

Las dos estaban de pié, tan parecidas, tan jóvenes y tan interesantes la una como la otra en su profunda emocion.

Carmela tenia a su hija asida de ambas manos, mirándola con esa mirada investigadora, penetrante y fija, de quien pretende traspasar mas allá de lo posible. Valentina sostenia esta mirada, que se reflejaba en su pupila clara y serena, con todo el candor de la inocencia.

De súbito Carmela, satisfecha de haber leído en lo interior de

la conciencia de su hija, la estrechó contra su corazón y mas tranquila la dijo:

IV.

—Siéntate Valentina, y dime cómo ha pasado todo, ¿de qué modo penetró Hermógenes en el jardín? ¿qué es lo que te dijo?

La joven refirió entonces la escena del huerto, repitiendo a su madre con alma y candor el juramento que Hermógenes le hizo pronunciar sobre que jamas se casaria con Alberto.

Cuando Valentina dejó de hablar, Carmela con tono grave y sosegado la dijo:

—Has hecho mui mal, Valentina. Jamas una niña debe pronunciar tan graves juramentos, porque toda se debe a sus padres. Lo que mas extraño en tí es tu silencio y reserva, que te hayas olvidado que en mí tienes una madre que se interesa de corazón en tu felicidad y con quien tú debieras contar siempre y principalmente en los trances difíciles o desgraciados de la vida.

—¡Querida mamá! dijo Valentina juntando las manos ¡cuánto la quiero! jamas la ocultaré nada. ¡Qué contenta me siento desde que Vd. lo sabe todo!

—Yo tambien estoi contenta de tí, hija querida, porque, aunque has cometido una falta grave, tu arrepentimiento sincero y espontáneo y la franca revelacion que me acabas de hacer, me hace olvidar tu loca imprudencia..... Ahora ve a ocuparte de tu traje. Yo me encargo de destruir ese fatal proyecto, aunque fuera a costa de mi vida o de mi felicidad. Tu padre, hija mia, es nuestro jefe, nuestro señor y dueño, le debemos toda sumision, bien lo sé; pero ¿cómo consentir que te arranquen de mis brazos para arrojarte en los de un malvado? ¡a tí, mi anjel que has sostenido mis pasos! ¡a tí, mi compañera para quien habia formado un cielo de felicidad! ¡Oh, no, jamas! apelo al corazón de todas las madres!

Carmela enmudeció: ya era tiempo, los sollozos embargaban su voz.

Valentina, cual débil caña doblada por la primera tempestad, se estrechaba contra su madre que la sostenia en sus brazos como

a un niño. Mas ésta también se sentía desfallecer, necesitaba un apoyo y solo podía encontrarlo en Dios.

CAPITULO VII.

EL BAILE.

I.

No se habrá olvidado que estamos atravesando esos días simpáticos para todo corazón chileno; esos días de gloriosos recuerdos, que a la par que nos llenan de orgullo y entusiasmo trasportándonos ácia el pasado, nos obligan a detenernos con satisfacción en el presente y a dilatar con fe la vista al porvenir; esos días, únicos en que latén los corazones bajo la influencia de un mismo sentimiento, únicos en que los partidos dejan de serlo, y en que los chilenos se reúnen como hermanos bajo la sombra de un mismo pabellón. ¡Cuántas veces hemos visto en estos días surcar por las mejillas de un viejo patriota una lágrima que cae lentamente en su temblorosa mano! ¿Qué es lo que conmueve así al hombre que ya está próximo a abandonarnos? Es el recuerdo del 18 de setiembre de 1810: sí, llora de alegría y sus ojos buscan a quien comunicar su emoción. Tal vez su mirada se detiene en un pequeño niño, que también a su vez ha dejado de jugar para escuchar el ruido del cañón que resuena en lontananza; de un niño que busca, no a quien comunicar, sino a quien preguntar la causa de esa emoción nueva que el sentimiento naciente de la patria despierta en él instintivamente. Tal vez las miradas del uno y del otro se encuentran, se sienten atraídos por un nuevo amor y la criatura pasa talvez a las rodillas del anciano que le esplica, con el ardor de la juventud, lo que quiere decir ese cañón, y de cómo éramos antes esclavos y cómo somos hoy libres e independientes.

Así, en esos días gloriosos, no solo las edades se confunden, sino que las clases todas de la sociedad se conmueven, esforzándose cada cual por contribuir con su alegría a solemnizar el gran día de la patria.

Con este motivo se daba un baile en la casa de la señora Ana

D**, casada en segundas nupcias con el jeneral B..., uno de los pocos héroes que aun quedan en pié, y que nos muestran el tipo y carácter elevado de los promotores de la gran revolucion

El jeneral B... es uno de esos hombres a quienes no se puede mirar sin que forzosamente atraigan nuestra atencion. Aunque ya la nieve se cierne sobre sus cabellos y algunas arrugas surcan su rostro, conserva todo el atractivo de la juventud. Interesante para los hombres, simpático para las mujeres, posee el don de agradar en todas circunstancias, sea en una mision diplomática, ora en el campo de batalla rodeado de sus soldados, ya en un salon en medio de las damas, siempre la misma gracia fascinadora, siempre su cabeza sobresale y su voz de mando, sonora y vibrante, se eleva sobre todas las demas.

II.

Aunque aun no eran las diez y media de la noche, ya los salones de doña Ana eran invadidos por la sociedad mas selecta de la capital. La orquesta, colocada en un gabinete contiguo al salon, invisible a la concurrencia, preludiaba la harmonia grave y melancólica de la oficial contradanza. El jeneral como dueño de casa, presidia, en compañía de Luisa Alvarez, esta ceremoniosa mas que entretenida danza.

Concluida que ella fué, se notó una conmocion estraña del lado de la antesala. Todas las miradas se dirijian a una puerta por la cual se vió aparecer a Alberto el jugador.

Alberto, magníficamente ataviado, deslumbrador, cobijado por decirlo asi de diamantes, entraba en el salon como un principe. Todos se apartaron dejando un espacio, en el que quedó solo en medio de la multitud. Esto duró un segundo, porque Alberto, adivinando mas bien que viendo el sitio donde estaba doña Ana, se dirigió a aquel lado atravesando la sala con aire altivo y desenvuelto como si le fuese familiar aquel salon que pisaba por primera vez. Llegó hasta la señora de la casa y se inclinó ante ella.

En ese momento entraba la familia de Aramayo y todas las miradas se alejan de Alberto para fijarse en Carmela y su hija.

Imposible seria reconocer en esta brillante dama a la madre

desolada que desespera por la suerte de su hija; a la mujer que no ha conocido otra dicha en su vida que la de ser madre de una niña adorada, y que se ve herida en esa única felicidad, en ese solo cariño.

Carmela vestía un traje de muaré color rosa, guarnecido con encajes de Inglaterra, lo que la hacia parecer mas jóven y hermosa; solo que la profusion de rica pedrería que adornaba su cabeza, brazos y cuello, apagaba un tanto el mágico brillo que despedían sus ojos. Valentina, esbelta como su madre, hermosa como ella, vestida de blanco, encantadora, feliz en ese momento, parecia una gota de rocío dorada por los primeros rayos del sol. Sea de intento o casual, Carmela fué invitada por su marido a tomar asiento precisamente ácia el punto del salon donde se encontraba Alberto; mas ella ni aun sospechaba que tal hombre pudiese encontrarse en la sociedad de doña Ana. Grande fué su sorpresa al ver que este se sienta a su lado. Su primer impulso fué pararse; pero reflexionó que esto seria dar un escándalo, porque muchas personas la observaban.

Alberto lo notó y se puso encendido de despecho.

—Señora, la dijo en voz baja, siento obligarla a que me escuche un momento: la felicidad de su hija lo exige; el lugar me es indiferente, elíjalo Vd.

—En cualquier sitio menos aquí, contestó Carmela en el mismo tono. Por favor retírese Vd., caballero.

Alberto se levantó, y al inclinarse para saludarla, la dijo: «dentro de un momento en el jardín,» y desapareció.

Estas últimas palabras fueron oídas por Hermógenes que pasaba de intento por atras de los asientos de las señoras Aramayo.

III.

El baile continuaba cada vez mas animado. Solo Hermógenes no tomaba la parte que le pertenecia en esa locura deliciosa. Solo él, entre todos sus compañeros, no danzaba.

Valentina se había engañado: la apasionada niña contaba con bailar aquella noche con su amante. Mas éste la amaba mas seriamente de lo que ella podia comprender. ¡Cómo sus piés se pres-

varian a cabriolas cuando su corazon estaba agobiado de pesar! El no culpaba a Valentina, no eran celos los que le atormentaban; pero divisaba su felicidad como un ligero vapor que el mas débil soplo, la mas pequeña muestra de debilidad de parte de su amada podia disipar para siempre. Por otra parte, Hermójenes era altivo, tenia la esquisita delicadeza de una alma superior y un corazon honrado, y no podia soportar que el nombre de su amada, unido con el de Alberto el jugador, se repitiese en todos los círculos de la sociedad.

Hermójenes, pues, no tomaba parte en la alegria de los demas; solo se habia propuesto observar.

Oyó las últimas palabras de Alberto y lo siguió.

Este salió al jardin, que estaba en el segundo patio, y el cual se habia iluminado para que sirviese de recreo a los concurrentes.

Alberto se colocó en el sitio mas oscuro que encontró, a la sombra de los naranjos y arrayanes.

Hermójenes, por su parte, tambien buscó otro sitio sombrío cerca de Alberto, tras de un laurel-rosa. El corazon de Hermójenes latia con fuerza: no podia creer que Carmela accediese a una cita, aunque fuese por amor a su hija.

Diez minutos despues un ligero roce de vestido se hacia cada vez mas perceptible. Carmela pasó junto a Hermójenes casi tocando al jóven con su traje. Ella tambien por instinto natural, se habia dirigido ácia la parte mas oscura del jardin. Alberto le salió al paso y se paró silencioso a contemplarla.

IV.

—En nombre del cielo, caballero, concluyamos, dijo con rapidez Carmela. He cedido a su invitacion por mi hija.

—Lo sé, señora. Tambien en nombre de su hija estuvo Vd. en mi casa antes de ayer... ¿No es así?

Un ligero movimiento en las ramas del laurel-rosa hizo volver la cabeza a Carmela.

—¿Y a qué hablar de eso? Hágame Vd. el favor de.....

—Seré breve: le traigo la felicidad de Valentina. Si, Carmela, se la traigo a Vd.: pero con la condicion de que me perdone, de

que olvide para siempre que fui un cobarde al abusar de su situación, faltándole a un respeto tanto mas sagrado cuanto mas confiada habia ido Vd. a mi casa.

Las ramas del laurel se agitaron con mas fuerza. Esta vez Alberto volvió la cabeza, y creyendo que era el viento, continuó:

—Solo un amor satánico; porque, lo confieso, mi amor para Vd. nada tiene de santo, es infernal, terrible, no habria crimen que no consumase, ni virtud de la que no me sintiese capaz por alcanzar de Vd. una sola mirada de amor.....

—Caballero, esto es demasiado: me retiro, y quede Vd. con su negra intriga.

Carmela le volvió la espalda.

No, señora, no se irá Vd., dijo Alberto oponiéndose a su paso, antes de haberme escuchado, y antes de que yo haya reparado mi falta asegurando la suerte de dos jóvenes que se aman.

—¿De quiénes habla Vd.?

—De Valentina y Hermógenes, que ya debian estar unidos si Aramayo, tan loco como yo, no los hubiese separado.

—¿Será posible? exclamó Carmela, asombrada de aquel cambio tan repentino.

—Lo que parece imposible, continuó Alberto, es que yo sin quererlo, sin saberlo siquiera haya estado a punto de hacer la desgracia de toda una familia. Desde este momento no estaré satisfecho hasta que se hayan unido esos jóvenes. Y si tengo la dicha de obtener su perdon.....

—Lo tiene Vd., mas todavia, mi eterna gratitud, exclamó Carmela conmovida por la jenerosidad de aquel hombre.

—¿Y su amistad? murmuró Alberto con voz temblorosa.

Carmela reflexionó, y luego dijo con tristeza:

—No, no, Alberto.

Este se estremeció de placer. Era la primera vez que Carmela lo llamaba así.

—La amistad, continuó ésta, es un sentimiento mui sagrado, es un lazo superior a todos los demas. Este no puede existir entre los dos. Yo guardaré en mi corazon el recuerdo de su noble proceder; a Vd. le quedará la satisfaccion de haber hecho

una accion digna de una alma noble. Adios, Alberto, que el cielo le bendiga!

—Y ¿nada mas, Carmela, nada mas? dijo Alberto en tono de reconvencion.

Esta le alargó su mano. Alberto se echó de rodillas y estampó en aquella mano un beso tan ardiente, prolongado y sonoro que fué oido distintamente por las alegres parejas que se paseaban por aquel recinto embalsamado. Algunos jóvenes aturdidos corrieron ácia aquel lado para gozar del placer de descubrir una aventura, y se encuentran con Alberto triunfante y risueño.

—Afortunado Alberto, dijeron unos, ¿quién es ella?

—Alli está, retirémonos, exclamaron otros, que descubrian una sombra entre unas ramas.

Cuál fué su sorpresa al ver a Hermógenes que se acercó a ellos riendo con el mayor aturdimiento, y que mirando a Alberto, le dijo: los hemos chasqueado completamente. Figúrense Vdes. que nos encontrábamos aquí conversando con el señor D. Alberto, y al verlos a Vdes. pasearse con tanta gravedad, quisimos intrigarlos y picar su curiosidad. Para esto me ha bastado imitar un beso.

Todos se rieron a pierna tendida de aquel ingenioso chasco. Solo Alberto se mordió los labios hasta hacerce sangre y repitió maquinalmente: ¡Los hemos chasqueado!

Y se alejó murmurando en voz baja:

—¡Maldito muchacho! el infierno te puso allí. ¡Oh, qué bien he hecho en pensar mas de lo que debia en tu suerte!

V.

Cuando Alberto volvió al salon estaba despoblado. Miró a las pocas personas que allí se encontraban, y no viendo entre ellas a ningunas de sus víctimas, se retiró junto a una ventana para cabilar con mas libertad.

De improviso siente la presion de una mano en el hombro, se dá vuelta y se encuentra con Enrique, esposo de Luisa.

—¡Alberto! Hombre, pareces un candidato para la presidencia. ¡Qué aire tan meditabundo has tomado!

—Y tú, ¿qué te has hecho? No te he visto en toda la noche.

—Vengo de la casa de juego. Tenia allí que arreglar algunos asuntillos; porque has de saber que me marchó a Valparaíso para no pisar mas el suelo de Santiago.

—¿Cómo es eso! ¿y yo?

—Tu te quedas, a no ser que quieras venir con nosotros.

—¿De humor estás! Yo no estoy para bromas. Hablemos formalmente. ¿Qué garantías me das para el pago de mi crédito?

—Mi suegro se queda. El te dará la que quieras. Pero, chiton Alberto, ya sabes que muriendo él, todo es tuyo. Entre tanto, no digas ni hagas nada. Nos perderíamos los dos..... Y dime, hombre feliz, ¿no piensas pasar tu luna de miel en Valparaíso?

—No: ya no me caso.

—¿Cómo!

—Que renuncio a la hija, porque prefiero cancelar cuentas con la madre.

—Piensas, por ventura casarte con la mujer de Aramayo?

—Lo mismo da, dijo Alberto mirando su reloj..... Las dos, ya las señoras salen de la mesa. Bueno será que nos acerquemos.

—Sí, preciso es que te alegres por que estás de un jenio infernal, dijo Enrique, encaminándose con Alberto a la sala del ambigú.

VI.

Cuando Alberto y Enrique penetraron en el comedor, solo quedaba una que otra mamá, que no podían resolverse a abandonar la mesa sin llevar de ella un dulce recuerdo. Pronto fué ésta invadida por el bullicioso coro de los hombres. Al solemne murmullo de las damas, había sucedido la algazara de los famélicos. En cinco minutos los decorados pavos y brillantes jamones, que, gracias a su belleza, habían sido respetados por el sexo, no eran mas que feos esqueletos. El rechinar de las copas, el estampido de las tapas que se cruzaban cual flechas por la sala y el clamor de los aturdidos que pedían versos a algún desgraciado bardo en mal hora reconocido, todo anunciaba que había llega-

do el momento supremo del entusiasmo, el cuarto de hora de un banquete.

El jeneral B., que ocupaba la cabecera de la mesa, tomó la palabra y dijo:

—Señores, el año de 1810 marca la grande época de la América del Sur.

De Méjico a Chile, de Bolivia al Plata, una misma idea, un solo movimiento impulsó a estos pueblos a la conquista de su independencia.

Esta uniformidad de pensamiento y de accion revela que la inspiracion por la libertad vino de mui alto. Los que dimos cima a la gloriosa empresa, no fuimos mas que los ejecutores de un plan providencial.

La Providencia, señores, que nada hace, que nada inspira en vano, reserva a la América un rol importante en el progreso universal.

Que los libres Estados que surjieron de la gran revolucion tengan fé en las miras reveladas del Omnipotente.

Que la prueba difícil de organizacion por la que hoi pasan y han pasado todas las naciones de la tierra, no baste a desmayarlos. Que se tengan en guardia contra la impaciencia democrática y el federalismo disolvente.

Que la union y perseverancia que los hizo alcanzar la independencia, les dé fuerza para fundar la república constitucional y la libertad civil. Tales son los votos de un viejo patriota. Señores: a la independencia, a la libertad de América!—

—A la independencia! a la libertad!— repitieron con ardiente entusiasmo cien voces viriles que apagaron las armonias de la orquesta y paralizaron las parejas que bailaban en el salon.

Movida por la curiosidad, D.^a Ana invitó a Carmela a presenciar este espectáculo desde una pieza contigua al comedor.

Despues del brindis del jeneral se sucedieron muchos otros, en los que se prestaba el debido homenaje a O'Hinggs, San Martin, Carreras, Freire, Portales y a tantos otros fundadores u organizadores de la patria.

Entre tanto; D.^a Ana y Carmela, olvidadas de sí mismas o cre-

yendo no ser notadas, habían asomado sus cabezas para mejor escuchar. Uno de los concurrentes que las observaba, propuso en el acto un brindis por la señora de la casa, la digna compañera del jeneral B.

Estas palabras dieron un nuevo jiro a las improvisaciones, y el recuerdo del bello sexo exaltó la imaginación de los concurrentes. Un entusiasta, de pié sobre la mesa, con voz enronquecida, reclamó la atención y dijo:

—Señores: bebamos por la mitad de nuestra vida. Por nuestras mitades, por todas las mitades!

Una explosión de risas saludó este extravagante brindis.

Alberto N., que había divisado a Carmela, pidió la palabra y dijo:

—Séame permitido, señores, beber una copa por la felicidad de dos jóvenes que pronto van a unirse con los lazos sagrados del himeneo.....

—Sus nombres! sus nombres! repitieron todos.

—No sé si deba, dijo Alberto.

—Sí, sí, los nombres!

—Don Hermógenes de Monrion y la señorita Valentina Aramayo.

Un hurra estrepitoso acogió este impertinente brindis.

D. Pablo, padre de Valentina, estaba al lado de Alberto y como buen patriota participaba del entusiasmo jeneral. Pero al oír las últimas palabras de aquel desalmado, el pobre hombre se quedó estático. Un rayo que hubiese caído a sus pies no le habría causado mas efecto. La copa se le cayó de la mano y se paró de la mesa murmurando:

—¡Soi perdido!

Carmela al mismo tiempo, loca de alegría, corrió al salón, con gran sorpresa de D.^a Ana que la seguía de atrás, buscó a Valentina y la dijo en voz baja, enajenada de placer:

—¡Te has salvado!

En seguida abrazó a D.^a Ana, llamó a D. Pablo y se alejó del baile.

CAPITULO VIII.

EL CAJERO DE LA CASA N. Y C.^a

I.

Dos dias despues del baile dado por la señora doña Ana D^a, entre las diez y once de la noche, un hombre de arrogante apostura, envosado hasta los ojos en una larga capa de paño azul con vueltas de terciopelo lacre, entraba a la casa de juego de Alberto, calle de Breton. A un lijero golpe que dió en una de las puertas del primer patio se abrió ésta como por encanto para dar paso a nuestro desconocido.

Era éste un hombre como de 30 años, alto y delgado, de una calva precoz hija de las veladas, ojos azules, fisionomia franca y agradable conjunto. Fácil es conocer por su traje y maneras que pertenece a esa clase de jóvenes que el siglo XIX ha bautizado con el nombre de *Leones*.

—¿Está Alberto? preguntó al sirviente.

—Sí, señor.

—¿Hai mucha jente en el salon?

—La de costumbre, señor Adriano.

—Mui bien, ahora necesito que traigas aquí una taza de té o café, lo que esté mas pronto.

El doméstico salió, volviendo al instante con lo que se le habia pedido.

—¿Juega Alberto esta noche?

—No, señor.

—¿Pues qué hace?

—Está en su cuarto.

—¿Solo?

—Sí, señor.

En efecto, Alberto estaba solo, solo con sus pensamientos, solo con sus proyectos de seduccion de intriga y de venganza. Sus facciones contraidas, las pupilas salientes y el blanco del ojo cruzado de rayas rojas, cierta sequedad en las mejillas, todo en él

demuestra la terrible elaboracion de pasiones encontradas y maléficos sentimientos. Entre los pocos muebles que adornaban la habitacion habia una caja de fierro. Alberto tomó la llave y sacó de esta caja un papel que guardó en el bolsillo de su levita. ¡Oh! dijo, hablando y paseándose por la estancia, si esto se ejecuta con maestria y audacia esta familia cae para siempre. ¡Pobre de ti, Carmela! No tardará en llegar el momento en que vengas a suplicarme. Solo el infortunio puede arrastrarte ácia mí. Sí, por que mientras permanezcas feliz y rodeada de adulacion, no seré yo para tí mas que un objeto despreciable. Te conozco mujer altanera: cuando te ofrecia tu fortuna pidiéndote por recompensa una palabra, una mirada de amor, solo merecí de tí una carcajada insultante. Para conocerte mas aun, para saborear mi venganza dejé en libertad a tu hija, y me ofrecí a cooperar a su felicidad. Tu no comprendiste que te intrigaba, me creiste, y sin embargo, gran señora, aun no era digno de llamarse tu amigo el hombre que te sacrificaba su fortuna y su venganza. ¿Por qué te dejé correr como corsa herida cuando besé tu mano en el jardin? ¿por qué no te detuve entre mis brazos para esponerte a la vergüenza y humillar tu orgullo? ¡Necio de mí! Yo fuí el humillado por ese muñeco a quien aplastaré en mi venganza. Alberto tiró con fuerza el cordon de la campanilla: un sirviente se presentó.

—José, ¿ha venido Adriano?

—Sí, señor.

—Dile que deseo verle. Pocos instantes despues entraba Adriano.

Adriano es uno de esos hombres de carácter débil que se influencian con la misma facilidad en el bien o en el mal, que caminan por la vida como la hoja del árbol a impulso del viento que la ha de embolver en su torbellino para arrojarla mas tarde en hondo precipicio. Nacido por su mal en el seno de una de esas familia de Santiago distinguidas y buenas, pero en las que, la abuela abregaba las horas de su día en la inocente distraccion de la *Básiga*; en las que la madre pasa la noche en las recreativas combinaciones de la *Malilla*; en las que la hermana se divierte

con sus amigas en el *Viva mi amor* prefiriendo como juego de prendas; al *Carga-burro*, y en las que el padre corona la última hora de la noche atrayendo a su alrededor a todos sus parientes y tertuliantes para proporcionarles las estimulantes emociones de un *Montecito* sencillo, en el que él mismo se hace el único banquero: Adriano, nacido en una familia semejante, hizo desde temprano el fatal aprendizaje del juego y arraigó en su alma esa afición inmoderada que mas tarde debía convertirse en insaciable pasión. Gracias a la fortuna de su padre, Adriano adquirió una educación esmerada, pero que no corrigió sus pervertidos instintos; porque en nuestros colejos no se cuida de morijerar y dirigir las costumbres ni se enseña a los niños la moral en acción. Merced a las buenas relaciones de su familia, Adriano fué introducido, cuando se hizo jóven y elegante, en las primeras casas de la capital; consiguiendo tambien, por los influjos de su padre, una colocación ventajosa en la casa de comercio de N. y Ca., una de las mas fuertes de Santiago en aquella época. A la edad de dieziocho años, Adriano, muerto su padre, se encontró en el mundo entregado a sus propias pasiones y en posesión de un patrimonio regular que derrochó en poco tiempo en casa de Alberto el jugador.

II.

—Aquí estoy, preocupado como siempre por el mal estado de mis negocios, dijo Alberto así que vió a Adriano. Hace tiempo que tengo una suerte fatal. Mis socios pierden o no tienen a quien ganar. De Lima me escriben anunciándome el jiro de fuertes libranzas en mi contra. Ya tu comprendes: para pagar es preciso cobrar a su vez....

—Alberto hizo una pausa; pero Adriano guardó completo silencio. Alberto continuó:

—¿Cuando te pusiste a jugar con hombres que contaban con un capital, cuál era el tuyo, Adriano?

—Tenia quince mil pesos de mi herencia y ahorros de sueldos.

—Sí, justamente: ¿Y los cinco mil que has perdido en estos últimos días pagándolos al contado?

—Esos.....

—Esos los sacaste de la caja de N... y Ca.

—¿Qué significa ese lenguaje?

Alberto guardó silencio y continuó paseándose.

—¿Y por que este interrogatorio? dijo Adriano entre tímido y enfadado

—Es que estoy arreglando mis cuentas y, entre otras, he visto la tuya que asciende a veinte mil pesos.

—Y, dijo Adriano cambiando de color, ¿con qué te pago?

—Quien ha sustraído cinco mil, bien puede sustraer veinte, dijo Alberto con cachaza y encarándose con Adriano.

—No hables tan alto, dijo Adriano completamente sorprendido y cortado. Tú no sabes lo que dices: esa cantidad se echaría de menos al día siguiente. Además, ya no soy yo el cajero; hace pocos días que me ha reemplazado Hermógenes de Monrion; yo he quedado por pocos días en la casa para arreglar los libros.

—Todo eso lo sé, dijo Alberto parándose delante del joven. Si no hubiese habido ese cambio, no te diría, como ahora te digo: anda y no temas. Como tú dices, hai cosas que no se deben hablar, ni aun en voz baja. Lee ese papel; en él está todo previsto... lo demás depende de tí.

Cuando Adriano acabó de leer aquel escrito, su fisonomía había cambiado; una palidez mate invadió su rostro.

—No, balbuceó pasándose un pañuelo por la frente inundada de sudor por la emoción, yo no haré esto; lo que me pides aquí es superior a mis fuerzas. Hermógenes es querido en la casa, su honradez es muy conocida y jamás se sospecharía de él.

—Enhorabuena, exclamó Alberto; tú eres el más interesado en este asunto y te pones como una beata a declamar tus escrúpulos. Siento, pues, haberme ocupado de tí; pero te advierto que mis necesidades son apremiantes y que necesito mi dinero.

—Puedes hacer de mí lo que quieras. Bien sabes que no cuento con nada.

—¿Sabes, Adriano, lo que haré de tí si no ejecutas el plan que te he trazado?

—¿Me ejecutarás?

—Te engañas.

—¿Pues qué?

—Te entregaré a la justicia por haber sustraído fondos de la casa N. y Ca.

—Tú no harás eso, no es posible, exclamó Adriano levantándose de su asiento y dejándose luego caer desesperado. Mas, recobrándose dijo, ¿con qué pruebas cuentas para denunciarme sin quedar tú como un impostor?

—Las tengo.

—¿Cuáles son?

—Las pruebas las darán personas respetables a quienes les bastaría una palabra para ser creídos y tú condenado. Esas personas son mías, las tengo en mi poder. Te nombraré una para que me comprendas. D. Pablo, a quien tuviste la inocentada de decirle: «He perdido el último real ¡no sé lo que haré para pagar mi deuda de esta noche!» Y a la siguiente te presentas aquí con cinco mil pesos pagando tus pérdidas e invitándolo a él mismo a jugar. Te nombraré otra por si aun no es bastante: Enrique Maldonado, quien se fijó en esta circunstancia, y te preguntó maliciosamente si habías hecho algun alcance.

—Todo eso no conduce a nada, exclamó Adriano haciendo el último esfuerzo. ¿Quién tiene derecho para pedirme cuenta de mis acciones? ¿Hai quien me haya visto sustraer ese dinero? ¿Hai entre ustedes alguno que se atreva a afirmarlo?

—Yo y todos mis amigos, dijo Alberto con energía. Veremos eso una vez que la causa se haya entablado. Curioso será ver cómo se descarga de esa acusacion un jugador arruinado que no cuenta con otra entrada que su sueldo de cajero. Veremos cómo prueba el modo como se ha proporcionado cinco mil pesos en el espacio de 24 horas. La casa N. y Ca. revisará judicialmente sus libros y ¡cuidado, Adriano! mucho me temo que la cantidad sea mas fuerte.

Adriano se tapó la cara con las manos y exhaló un suspiro sordo y prolongado, fiel traduccion de lo que pasaba en su alma.

—Alberto continuó: pero suponte por un momento que no se te puede condenar por falta de pruebas ¿seria por eso

mejor tu condicion? No: estas causas demoran mucho entre nosotros, y despues de sufrir una larguísima prision serias talvez absuelto, pero tendrias sobre tu cabeza la condenacion jeneral. La opinion pública, inexorable siempre, te señalaria con el dedo de la deshonra; te verias obligado a espatriarte. ¡Y a dónde irias que no fuese en pos de tí la fama de tu baldon, el deshonor y la miseria?

—¡Qué horror! ¡Madre mia! murmuró Adriano con voz tan débil que parecia salir de un pecho moribundo.

—¿Tienes madre? dijo Alberto con marcado interes, no lo sabia.

—Sí, tengo una madre anciana a quien he reducido a la escasez desde que he perdido en tu casa lo único que teniamos para vivir.

¡Pobre madre! pronto dejarás de sufrir, y habré sido yo, tu propio hijo, quien te habrá conducido a la tumba. Adriano se enjugó dos gruesas lágrimas que corrieron por sus pálidas mejillas.

Alberto, conmovido a la vista de aquel sentimiento extraño para él, le dijo suavizando la voz:

—Feliz tú que tienes una madre a quien consagrar tus lágrimas! Yo ni aun ese bien he conocido!

Luego, como arrepentido de haber dejado entrever un rasgo de sensibilidad, exclamó con dureza:

—Concluyamos: te he mostrado con franqueza, como tu amigo que soi, los riesgos a que te espones con tu insensata obstinacion; piensa que solo se trata de mayor cantidad y que hace tiempo a que has dejado de ser lo que llaman un hombre honrado. Déjate conducir por mí, tengo bastante conocimiento de este pícaro mundo. ¡Oh, me rio de él! Desde niño me he fijado en la vida que arrastra un hombre con sentimientos de honor y recto de corazon. Cuántas veces he visto hombres como éstos, destinados a barrer el pavimento! Los mas felices pasan sus dias ennobrados en un escritorio ganando un mezquino sueldo y sucumbiendo al fin bajo el peso de un constante trabajo. Sin ir tan lejos, fijate en tí mismo: anda y dile a tu patron que te aumente el

suelo, que tienes una madre a quien sostener, etc., y verás como te tacha de exigente; desde ese momento habrás dejado de ser un buen dependiente, y el resultado de tu demanda seria talvez la destitucion. Y cuidado que la casa N. y Ca. es la que cuenta con mas capital en Chile.

—Basta, Alberto, soi tuyo, exclamó Adriano ajitando la cabeza como para deshechar la última esperanza que hasta entonces lo habia alimentado de poder reparar su falta.

Este *basta* fué la suprema despedida de su conciencia vacilante, el postrer lamento, lastimero, desgarrador, de una alma que se unde en el abismo para no reaparecer jamas.

—¿Te convences? le dijo Alberto.

—Sí.

—¿Estás resuelto?

—A todo.

—Bueno, Adriano, eso es mostrarse hombre; así es como te habia comprendido. Ahora, olvidémoslo todo. Talvez me he dejado llevar demasiado lejos por la vivacidad de mi carácter; soi así, tengo este maldito jénio. Por ahora no pensemos mas en negocios. Vamos al salon, los amigos estarán jugando y talvez haré falta.

—Sí, vamonos de aquí, dijo Adriano levantándose con presteza.

—¿Quieres dinero? porque de otro modo haces un triste espectador.

El semblante de Adriano se iluminó.

Alberto conoció que habia tocado la cuerda sensible, y abriendo la caja de fierro y volviendo la espalda le dijo:

—Saca de alli lo que necesitas.

A la vista del oro desapareció todo sentimiento bueno en aquel hombre. La sola perspectiva de poder en adelante entregarse al juego sin ningun obstáculo, lo transformó de una manera tan marcada y repugnante que Alberto, que lo observaba de reajo, se sonrió de una manera diabólica.

Acababa de encontrar al hombre que necesitaba, o mas bien, el vicio habia encontrado el instrumento del crimen.....

Solo faltaba la víctima.

CAPITULO IX.

EL DESPOSADO.

I.

Un mes habia trascurrido despues de los últimos acontecimientos: era el 24 de octubre. Para este día se habia aplazado el matrimonio que, por fin, debia unir a Hermógenes y Valentina. Con este objeto la familia Aramayo se habia retirado a una preciosa quinta que don Pablo poseia a tres millas de la ciudad.

Todo estaba allí tranquilo. Las puertas y ventanas permanecian cerradas, solo uno que otro doméstico atravesaba por los patios interiores con esa calma acompasada que les es propia. A juzgar por las apariencias de la casa, nadie habria sospechado que pocas horas despues iba a tener lugar en su interior un acontecimiento tan solemne.

Pero entremos en los salones, atravesemos los corredores y patios, penetremos en el jardín. ¡Oh! allí es otra cosa; allí está la naturaleza, la vida y el amor. El sol de octubre, con sus rayos tibios, ilumina la escena. Parecia que el ángel de la primavera habia pasado rozando sus alas por la cima de sus árboles y trasformado, como por encanto, las secas rāmas en follajes floridos. Las flores del jardín aun conservan en sus pétalos las gotas de rocío que el céfiro, su amante, les habia traído en la mañana, y exhalan, como en suspiros, aroma delicioso.

Las aves, que, a la manera de los hombres, tienen sus épocas de tribulacion y de bonanza, se encuentran allí retozando de árbol en árbol, bebiendo en el cáliz de las flores y publicando sus amores en trinos melodiosos.

Procesiones de avejas y mariposas de colores caprichosos y esmaltados jugueteaban al alcance de la mano del hombre; esparciéndose despues para ir a depositar el fruto de sus amores en los capullos de las rosas y margaritas.

Este conjunto natural y encantador habria parecido incom-

pleto si la presencia de la pareja nupcial no hubiera venido a derramar en el cuadro la poseía del amor. La jóven Valentina vestida de mañana, en bata de muselina blanca, con un canastillo en una mano y un par de tijeras en la otra vagaba cual mariposa de flor en flor, cortando sin piedad la que le parecia mas bella. Hermójenes, a su lado, seguía sus movimientos haciendo vanos esfuerzos por ayudarla, pues la jóven, mas rápida, cojia maliciosamente la flor en que él habia fijado su atencion. El canastillo estaba lleno y el sol principiaba a fatigarles. Hermójenes, tomando el cesto, condujo a su amada bajo la sombra de los árboles.

II.

Es tan cierto que la mujer, aunque dotada de esquisita delicadeza, es mas vehemente en sus pasiones, que Valentina, desahogando su pecho en un dulce suspiro, exclamó la primera:

—¡Hermójenes, cuánto te amo!

Los ojos del jóven lanzaron rayos de placer.

—Mia al fin, para siempre mia, le dijo él, besándola las manos.

—Sabes, Hermójenes, que creí por un momento que nos separaban para siempre!

—Yo tambien lo creí, vida mia; pero todo lo sobrellevaba con valor pensando que era amado, que jamas el infortunio dura tanto como la fé de una alma apasionada.

—Nunca me habrias olvidado ¿es verdad? — preguntó Valentina con la mayor injenuidad.

—¿Puedes creerlo? ¡Cómo olvidarte! Mi corazon jamas ha latido por otra mujer; digo mal, tú no eres para mí una mujer, eres la bella fantasía que idealiza mis sueños, eres la poesia de mi pensamiento. Estoy cierto que te he amado mucho antes de conocerte. Tú estarias aun en el colejio cuando yo escuchaba ya tu acento que, como ahora poco, me decia: ¡te amo! Era una música vaga que resonaba en mi oido cual melodía celeste. Si miraba al cielo, mi imaginacion me dibujaba al traves de una nube blanca y diafana, la imájen pura y bella de la mujer que he encontrado en ti.

—Ya ves, Hermógenes, estaba aquí y solo para amarte.

—Sí, estás a mi lado y para no separarte jamas. ¡Vas a ser mi mujer! ¡Oh palabra, gran Dios, que me hace traspasar el porvenir y ver en tí a la madre de mis hijos, a la compañera idolatrada de toda mi vida! Me asusto, Valentina mia, de tanta felicidad. Un vago presentimiento me hace temblar; paréceme que, siendo indigno de poseer un tesoro como tú, se me ha de arrebatara todavia.

—¡Qué locura, Hermógenes! desecha esas ideas, te lo suplico, vé que yo tambien soi supersticiosa.

—Dices bien, es locura pensar así cuando te estrecho contra mi corazon. Hermógenes rodeó con su brazo el talle de su amada. Ella, con un movimiento casto y suave, se deslizó de aquel dulce lazo y se inclinó para recojer su canastillo, mas era en realidad para ocultar su emocion.

III.

—¿Tan pronto me dejas?—dijo Hermógenes notando el movimiento de su prometida. ¿Te he disgustado Valentina mia?

—¡Disgustarme tú, Hermógenes! ¿Habrá algo en tí que pueda parecerme mal? Si defectos tuvieras yo los respetaria. Toma esta rosa, ella te dirá lo que siento y que en este instante mis lábios no aciertan a espresar.

—Blanca y bella como tú, es tu perfecta imájen, dijo Hermógenes tomando la flor y llevándola a sus lábios. ¿Qué sientes? veamos si adivino. ¿Estás muí feliz?

¡Oh, mucho! exclamó Valentina con acento apasionado. Quisiera que este dia tan hermoso no terminase jamas. Y a pesar de que gozo, tengo el corazon oprimido hasta el punto de llorar; pero es de felicidad. ¡Soy tan dichosa hoy! y la jóven se enjugó dos lágrimas que en vano se esforzaba por ocultar.

—¿Y lloras querida mia? ¿Es solo la felicidad la que te hace verter esas preciosas lágrimas? Repítemelo, Valentina.

—Sí, es la dicha y el amor, un tanto mezclados con el sentimiento de dejar a mamá.

—No la dejarás, todos viviremos juntos.

—Lo sé; pero temo ser ingrata olvidándola por tí, mi Hermójenes.

—No, querida mia, no temas: el amor a la madre es el único sentimiento que no es absorbido jamas por otro alguno. Yo sé los inmensos sacrificios que esta sublime mujer ha hecho por tí, cuánto le ha costado desbaratar los proyectos de tu padre, desarmar a esa fiera de Alberto.....

—No, Hermójenes, Alberto se ha portado con mucha jenerosidad. Sin su intervencion, papá no habria consentido en nuestra union. ¡Si tú hubieses visto a papá la noche siguiente al baile de setiembre! ¡Gran Dios, qué enojado estaba! Se me partia el alma al ver su desesperacion. Mamá hacia estraordinarios esfuerzos para tranquilizarlo. Todo era en vano. Por fortuna, Dios condujo a Alberto ese dia a casa. Este Habló con papá largamente, y despues de aquella entrevista, una transformacion singular he notado en todo lo que me rodea: Alberto es amigo de casa y se trata de nuestra union con tanto gusto como si jamas hubiese sido desaprobada. Y todo por Alberto y su influencia con papá....

Iba Hermójenes a responder cuando divisó a Carmela que venia ácia ellos. Valentina corrió al encuentro de su madre, quien la dijo en tono de cariñosa reconvencion:

—Preciso ha sido que venga a recordarles que es tarde, que es tiempo se preparen para recibir a los amigos.

—Justa reconvencion, mamá. Hermójenes tiene la culpa, ya Vd. sabe que es un gran hablador.

—Y ella una regalona: en este momento lloraba porque cree que la separo de su mamá.

—No, Valentina, hija mia, nunca me dejarás, exclamó Carmela abrazando a su hija, Hermójenes me lo ha prometido.

—Y lo cumpliré, madre mia, dijo el jóven estrechando la mano de Carmela.

IV.

En seguida se dirijieron los tres a las habitaciones. Poco despues, el ruido de un carruaje que entraba al patio anunció la

llegada de D. Pablo. Traia en su coche a Alberto N. y dos convidados mas. Sucesivamente fueron llegando otros carruajes; de manera que a las cuatro de la tarde se encontraban reunidos todos los invitados a la ceremonia nupcial. El número era reducido. A pesar de D. Pablo que, aconsejado por Alberto, quería que los novios se desposasen en la ciudad con la pompa correspondiente, Carmela, con su instinto doble de madre y de mujer, se opuso a ello, prefiriendo a la vana ostentacion, la quietud suave y apacible de la quinta, mas en armonia con sus pasadas emociones. Al efecto, solo habia invitado a sus amigos mas íntimos. Estos, como sucede siempre, eran bien pocos: D. Juan Alvarez con Luisa y Enrique, el jeneral B. con su esposa y un anciano eclesiástico. Carmela y Hermójenes hacian los honores de la casa. Valentina no debia mostrarse hasta el momento de ir a sentarse a la mesa. A las cinco se tocó la campanilla: deseado timbre cuando el movimiento del carruaje o del caballo y el aire fresco del campo despiertan la alegria y el apetito! En la puerta del comedor esperaba la jóven novia a los convidados apoyada en el brazo de Luisa su futura madrina.

La comida fué exquisita, revelándose en todo el buen gusto y elegancia propios de los dueños de la quinta.

La alegria no desmayó un punto. En todos los semblantes se reflejaba la mas completa satisfaccion. Concluida la comida pasaron al salon. Yluminaba a todos un rayo de felicidad. D. Pablo, tranquilizado por Alberto respecto a su deuda, habia recobrado su natural jovialidad. Carmela veia colmados sus deseos por completo y respiraba confianza y buen humor. La feliz pareja se encontraba en ese éxtasis del primer amor parecido a un sueño delicioso, del cual por desgracia se suele despertar demasiado pronto. Alberto mismo se veia revestido de una aureola de bondad y honradez, estraños en un hombre de su temple. A poco, Alberto indicó a Luisa su deseo de oir la cavatina del Hernani; Luisa, amable y complaciente, cantó en el piano lo que se le pedia, con una voz tan dulce y melancólica que hizo estremecer a los dos amantes. Valentina, sensiblemente afectada, se retiró de la sala para ocultar su emocion.

V.

Entre tanto el solemne momento se acercaba. Alberto recorrió a D. Pablo que en la calle de Breton eran esperados, que estaban a una legua de la ciudad y que eran ya las diez de la noche. D. Pablo dijo al oído a su mujer:

—«Ya es tiempo.» Esta se levantó pálida, y con paso vacilante fué en busca de su hija. Luisa la siguió también. Carmela antes de penetrar en el cuarto de Valentina se detuvo fuertemente conmovida, y arrojándose en los brazos de Luisa prorrumpió en llanto:

—Valor, amiga mía, la dijo esta, enjugando sus lágrimas, ¡es preciso!

Carmela mas serena, abrió la puerta y se queda sorprendida del cuadro que se le presenta.

Valentina, cubierta con el velo de las desposadas, yacía arrodillada ante la imagen del Redentor como una virgen consagrada al altar. La joven tenía las manos cruzadas sobre el pecho y la cabeza inclinada a la tierra. Solo su cuerpo estaba allí; su espíritu puro y virjinal había volado al cielo y se postraba ante el trono de Dios.

Valentina daba la espalda a la puerta y no se apercibió de la presencia de su madre y de Luisa, que se habían arrodillado penetradas de religiosa ternura y la acompañaban en su mental plegaria.

Cuando acabó de orar lanzó un suspiro y se levantó. Al ver a su madre y a Luisa comprendió que venían a buscarla, y les dijo sosegada y sonriendo:

—Estoi pronta.

Carmela y Luisa conmovidas, se dirigieron en silencio al salón conduciendo en medio a Valentina. Todos se pusieron de pie con religioso respeto así que vieron a la novia, como si el sacramento que iba a consumarse hubiese trasfigurado a esta de artemano.

El sacerdote adelantándose preguntó, quiénes eran los padri-

nos. D. Pablo, que era el único de la familia que conservaba su serenidad, indicó a D. Juan Alvarez y su hija. D. Juan con semblante severo y paso grave condujo a Hermójenes al lado de Valentina delante del sacerdote. Entre tanto Alberto no apartaba los ojos de Carmela. Esta se hallaba profundamente afectada como bajo la influencia de un penoso presentimiento. El digno sacerdote, despues de hacer las interrogaciones de costumbre, levantó su mano a la altura de la frente de los jóvenes y bendijo su union ligándolos con lazos indisolubles.

Un extraño rumor de armas y un siniestro cuchicheo se dejó oír, a poco, del lado de la antesala. Era un oficial y dos soldados de la jendarmeria que, no habiéndose atrevido a interrumpir la santa ceremonia, esperaban afuera su término para cumplir su mision.

CAPITULO X.

LOS EJECUTORES DE LA JUSTICIA.

I.

Los guardias de policia penetraron en la sala. Suspensos quedaron todos ante aquella inesperada aparicion.

—D. Hermójenes de Monrion?—preguntó el oficial paseando sus miradas por sobre los concurrentes.

—Yo soi, dijo el joven adelantándose ácia el oficial.

—Señor, traigo orden de prender a Vd.

—¿A mí? exclamó Hermójenes asombrado.

—¡Preso! repitieron todos.

—¿No se llama Vd. D. Hermójenes de Monrion?

—Ese es mi nonbre.

—Es a Vd. a quien debo conducir esta noche a la ciudad.

—Es un error, exclamó Hermójenes impacientado.

—Bien quisiera que así fuese, contestó el oficial mirando a Valentina con benévola espresion; pero, hé aquí el decreto del Sr. Juez del Crimen, agregó poniendo un papel en manos de Hermójenes.

—Díganos Vd., dijo D. Pablo, ¿qué motivo tan grave ha po-

dido dar este jóven para que así se le arreste sin considerar la hora, el lugar, ni las circunstancias.

—Señor, solo tengo orden de prenderlo donde quiera que lo encuentre y a cualquiera hora del día o de la noche.

—Está bien, yo me presentaré mañana, doi a Vd. mi palabra de honor,—dijo Hermójenes con marcada indignacion, así que acabó de leer el auto de prision.

—Es imposible, contestó secamente el oficial.

El jeneral B. llamó entonces aparte al agente de policía, cruzó con él algunas palabras en voz baja, y luego dirigiéndose a Hermójenes le dijo en el mismo tono:

—Es mas prudente que se deje Vd. conducir sin mas estrépito: la prolongacion de esta fatal escena podría afectar gravemente a Valentina y Carmela. Despídase de ellas como para volver pronto.

Despues dirigiéndose a la concurrencia dijo en voz alta:

—El Sr. de Monrion, Señores, no va en calidad de preso; va simplemente a presentarse al llamado de un juez, y va bajo mi fé y palabra, en mi compañía, en mi propio coche.

En seguida presentando a Hermójenes su jeneroso brazo, como para escudarlo contra la culumnia, le dijo:

—Vamos, mi buen Hermójenes, vamos a deshacer un lamentable error de que sin duda es Vd. víctima. Pronto tal vez seremos con Vdes., señoras—dijo en tono cariñoso y persuasivo a Carmela y Valentina que permanecian de pié, pálidas y sin fuerzas para articular una palabra.

—¿Con qué es verdad?... pudo solo esclamar Valentina, deshecha en lágrimas, estrechando la mano que le tendia su amante y arrojándose en seguida a su cuello como para detenerlo.

—Madre mia, en sus brazos la entrego, consuélemela y no tema.

—Yo no temo nada, Hermójenes, confio en tí como en mi propio hijo.

Carmela pronunció estas palabras en voz alta y firme. Luego, arranca a Valentina de los brazos de Hermójenes, al mismo tiempo que el jeneral impele a este con dulce violencia y lo arrastra ácia su coche.

La inteligente Luisa comprende el pensamiento de Carmela, y a una señal de esta conduce a Valentina fuera del salon.

II.

Entretanto, la confusion se habia apoderado de todos los concurrentes. Cada cual prometia a Carmela hacer por que Hermó-jere; volviese pronto a reunirse a ellas, protestando a cual mas y mejor contra aquel inaudito abuso. Todos se apresuraban a partir. La hora era avanzada y la situacion de los dueños de casa dificil: en aquel instante la mejor muestra de simpatia que podia manifestarseles era la de acompañar hasta la ciudad al desgraciado prisionero.

Carmela soportó con afable dignidad las palabras de consuelo que la dirijian al despedirse aquellas personas a quienes habia convidado para que la acompañasen en su completa dicha. En ese momento entró Luisa seguida de su padre y de Enrique.

—Mi querida Carmela, la dijo aquella, vengo a felicitarte: Valentina nos ha dejado admirados. Queda en su habitacion dócil y resignada pensando solo en no aflijir a su mamá.

—Es admirable, agregó D. Juan, encontrar tanta grandeza en esa alma que se abre a la vida.

Carmela llamó en su auxilio todo su valor para no demostrar la tortura que le causaban aquellas tiernas palabras.

—Nos vamos con el pesar de no poder dar a Vd. un verdadero consuelo en tan penosas circunstancias, dijo a su vez Enrique.

—Mañana se lo traerás, añadió D. Juan. Por mi calidad de majistrado me será fácil indagar lo que hai de cierto en este desagradable asunto, y espero.....

Un sirviente anunció que el carruaje estaba listo.

—Hasta mui luego, se dijeron Luisa y Carmela cambiando una última mirada que contenia el mas sentido adios. Aquellas dos mujeres se comprendian: la desgracia simpatisa con la desgracia.

III.

No bien habian salido cuando Carmela cayendo de rodillas es-

clamó: ¡Dios de bondad! ¿que es lo que he hecho para merecer que así me castigueis en mi inocente hija?

—Dirijios a mí, señora, contestó Alberto, apareciendo por la puerta del patio interior.

—Sr. Alberto, ¿que me dice Vd. de esto? ¿que es lo que Vd. sabe? exclamó la infeliz levantándose y aproximándose a éste.

—Lo que yo sé, Carmela, es que Vd. hace la desgracia de los suyos. Sí, señora, aunque Vd. me dijese en este instante: «Alberto, me someto a las condiciones que Vd. me imponga con tal que liberte a Hermógenes de la prision y de la infamia», ya no seria tiempo de contener los estragos de esa lava hirviente que Vd. ha derramado en mis entrañas y que arrasará a Vd. y a su familia.

Carmela sobrecojida de espanto miró a su alrededor.....

En ese momento el ruido de muchos carruajes que se mueven a la vez hizo temblar el pavimento.

—¿Oye Vd.? dijo Alberto, se lo llevan. Este ruido va a herir el corazon de Valentina. Todo está concluido. Yo soi quien separa a su hija de su marido para no juntarlos jamas. Esta es mi.....

Un grito horrible de Carmela detuvo en los lábios la *ven-ganza* de Alberto.

Carmela cayó desplomada al suelo: habia perdido el conocimiento.

A este lamento contestó otro mas desgarrador: era Valentina que atravesaba por la antesala para precipitarse al patio y enviar a su amante el último adios. Oyó el grito de Carmela y se detuvo un instante, miró rápidamente por la postrera vez al patio y se lanzó al salon para socorrer a su madre.

Así que cayó Carmela desmayada, Alberto se aproximó a ella y la contempló con siniestra alegría: jamas su espresion habia revelado tanta ferocidad.

—Mamá se muere, dijo Valentina, levantando la cabeza inanimada de su madre. Sr. Alberto, pida Vd. socorro, pronto.

Alberto no se movió. Valentina corrió a la antesala; pero no encontrando a nadie alli, vino al salon y abrió las ventanas. Por mui rápida que anduvo la jóven, Alberto tuvo tiempo para inclinar-

se hasta rosar con sus lábios el oído de la enferma y decirle: «Carmela, hoy principia mi venganza y tu castigo, te tengo en mi poder.»

La accidentada oyó sin duda esta maldición, porque hizo un movimiento como para apartar una visión. Alberto, satisfecho de haber sido comprendido, salió como el ángel malo inflexible y soberbio.

IV.

Cuando D. Pablo penetró de nuevo en el salón, ya Carmela había vuelto en sí. Su mirada empañada aun por el fuerte sacudimiento que acababa de sufrir, vagaba por la estancia como buscando algún objeto. Luego fijándose en Valentina, que permanecía arrodillada a su lado, la preguntó:

—¿Quién ha estado a mi lado?

—Nadie, mamá, yo sola he permanecido con Vd.

—¿Es extraño! Creí haber oído su voz! ¡Y esas palabras! ¡Qué horrible pesadilla he tenido!—¿Aramayo aquí? exclamó apercibiéndose de la presencia de D. Pablo.

—Sí, señora, ¿lo extraña Vd.?

—No, dijo Carmela con timidez; creí que podías haber acompañado a Hermógenes.

—¿Eso mas todavía? ¿Quiere Vd. que me haga cómplice de un malandrín? ¿Qué tenga consideraciones con un hombre que, engañándonos con la máscara de la hipocresía, ha deshonrado mi casa? ¿Quiere Vd. señora?....

—Basta..... repara en Valentina, no hables así en su presencia. Déjanos, hija mía, y tranquilízate: mañana nos iremos a reunir con él.

La niña, triste y preocupada por las palabras que había oído a su padre, se alejó sin atreverse a decir una palabra.

—Su obra está terminada, señora: ¿está Vd. satisfecha? exclamó don Pablo luego que estuvieron solos.

Un profundo jemido fué la contestación de Carmela.

—Con ciega obstinación has abusado de mi bondad hasta terminar este matrimonio a pesar mío, prosiguió D. Pablo. Me has

espuesto a romper con Alberto, mi mejor amigo, y a que por esta causa una catástrofe en mis intereses amargará mis últimos días. Has tejido con tus propias manos la desgracia de nuestra hija. Compare Vd., señora, el porvenir de Valentina, si, en lugar de casarla Vd. con ese muchacho, que el infierno confunda, la hubiese yo unido con Alberto! ¿Qué me dice Vd. ahora? ¿Que es un jugador? ¿Y que no sabe Vd. que este jugador tiene en su poder la honra de varias familias y que dispone a su arbitrio de muchos grandes señores? Si Alberto tiene por apodo el *jugador*, también se le llama el *millonario*.

—Disculpo tu injusticia, exclamó Carmela con dulzura; la sorpresa de esta noche te ha irritado. Solo así comprendo el tratamiento que usas para con Hermógenes.

—No me lo nombres, dijo D. Pablo con voz de trueno.

—Al contrario, debemos ocuparnos de él aunque solo sea porque es desgraciado. Puedo asegurar que Hermógenes es inocente, que solo es víctima de alguna calumnia. Su arresto me asombra, piérdome en conjeturas, mas con la convicción de su inocencia te ruego que aplaces tus juicios; esperemos a mañana.

—¡Mañana! Mañana todo Santiago sabrá que el hombre a quien has entregado tu hija es..... ¿Qué sé yo? Algun falsificador o petardista.

—Ultrajas sin piedad al hijo de tu amigo; a un niño que ha crecido a nuestro lado y a quien su padre al morir confió a tu lealtad. Le acusas sin conocer su falta; me reprochas de haberle desposado con Valentina, habiendo sido tú quien ahora dos años, conociendo el cariño que germinaba en sus tiernos corazones, formaste el proyecto de unirlos. En este espacio de tiempo ellos se han amado reposando confiados en nuestro tácito asentimiento. Les habíamos prometido por fin hacerlos felices: preciso ha sido cumplirlo.

—¡Felices! cuando el uno por su mala conducta es arrastrado a una cárcel y la otra llora en este instante sin comprender su desgracia.

—Se engaña Vd., padre mio, exclamó Valentina apareciendo en el dintel de la puerta; no pierdo el tiempo en estéril llanto, comprendo mi deber; las lágrimas que aliviarían mi corazón no servirían en este momento para mejorar la situación de Hermógenes: vengo a pedir a Vdes. permiso para partir a la ciudad ahora mismo. Mi lugar está señalado donde quiera que la suerte conduzca a mi esposo.

D. Pablo y Carmela quedaron atónitos.

Valentina se había transformado. Ya no era la joven tímida y enamorada, aquella niña que prestaba vida y animación a todo cuanto la rodeaba; era una mujer, y una mujer santificada ya por el dolor. Su blanca vestidura se había trocado en un traje de luto. El timbre de su voz, poco há variado y flexible, ahora era grave y firme como su paso.

D. Pablo, sarcástico y altanero con su mujer, enmudeció ante el dolor y grandeza de alma de su hija.

Aquel padre egoísta, frío de sentimiento; aquel hombre déspota hasta creerse con derecho para cambiar a su hija por una deuda y confiar a los azares de una carta la felicidad de su propio hogar, se sintió humillado ante la sublime abnegación de una niña transfigurada por el sacramento del matrimonio, y salió cabizbajo y mudo del salón.

Carmela, entonces se arrojó en brazos de su hija, la besó con efusión y la dijo:

—Comprendes tu deber y Dios te ha inspirado el valor para cumplirlo. Si, la esposa no está bien sino al lado del esposo: ven, yo te conduciré al lado de tu Hermógenes.

Y diciendo esto, salen en busca del carruaje que debe conducir las a la ciudad.

CAPITULO IX.

EL REO.

I.

Hai un día en la vida del hombre en que el reloj del infortunio le marca inexorable la hora fatal de su caída. En vano estiendo su brazo para proteger su corazón. ¿Podrá acaso contener el reflujo de la oleada marina? ¿Podrá evitar que un rayo caiga a sus piés y lo destruya? Asi tan impotente y débil será el hombre para detener la hora de su ruina.

Para Hermójenes habia llegado ese día fatal. Arrebatado, como hemos visto, a la felicidad, separado de Valentina, a quien amaba como se ama a los 25 años; destruido su honor, muerto su porvenir; encerrado en una cárcel, acusado de un delito infamante: Hermójenes, puesto incomunicado esa misma noche de su arresto, se sintió sucumbir al peso de su desgracia.

En vano su familia y sus amigos intentaron, al día siguiente, penetrar en su calabozo; éste no debía abrirse hasta que el señor juez del crimen llamase a su presencia al acusado. A la una de aquel mismo día compareció Hermójenes ante el juez. El joven estaba sereno, aunque mui pálido; su traje de novio, en extremo elegante, contrastaba con el lugar en que habia pasado la noche; y su melena de ébano, lustrosa y rizada, demostraba bien que el sueño no habia doblegado su cabeza.

—¿Cómo se llama Vd.?, le preguntó el juez.

—Hermójenes de Monrion.

—¿En qué se ocupa Vd.?

—Soy cajero de la casa N. y Ca.

—¿Qué tiempo hace que está Vd. en esa casa?

—Dos años.

—¿Hace dos años que tiene Vd. la caja a su cargo?

—No, señor: solo hace poco mas de dos meses.

—¿Sabe Vd. de lo que se le acusa?

—Lo ignoro.

—Quisiera, jóven, que me evitase Vd. el pesar de decírselo. Una franca revelacion de su parte le haria a Vd. mas honor, y a mí me dispondria mas en su favor.

—Aseguro, señor, que no sé por qué motivo me encontró aquí en este momento.

—Siento que Vd. principie por negar: eso se comprende en un reo ordinario, mas no en un hombre como Vd. que tiene que considerar el escándalo que orijinaría un proceso ruidoso.

—No comprendo, señor; no sé de qué quiere hablarme.

—Del dinero que Vd. ha sustraído de la casa N. y Ca. Explíquese Vd. sin rodeos, ¿Qué uso ha hecho Vd. de esa cantidad?

El acusado dió un paso ácia el juez, que le miraba fijamente; mas, deteniéndose dijo:

—Olvidaba que es un juez el que me arroja esta injuria.

—Acabemos: ¿qué uso ha hecho Vd. de ese dinero? repitió el juez impasible.

—Jamás he tomado dinero que no me pertenezca.

—¿Luego el que reclama la casa N. y Ca. le pertenecía a Vd.?

—No tengo ninguna cantidad en la casa, y por consiguiente, no he podido tomar la que se supone.

—¿Niega Vd. todo?

—Sí, señor, o mas bien, nada tengo que agregar.

—Está bien! ¿Adónde habita Vd.?

—En la misma casa de los Sres. N. y Ca.

—¿Tiene Vd. su departamento por separado? ¿Duerme Vd. solo?

—Tengo una pieza esclusivamente para mí.

—¿Todos los objetos que se encuentran en esa pieza le pertenecen?

—Todos, contestó el acusado despues de reflexionar un segundo.

—¿Adónde acostumbra Vd. guardar la llave de la caja en que está el dinero de la casa?

—Unas veces la traigo conmigo, otras la pongo en un cajon de la cómoda.

—¿Nadie, a mas de Vd. toma esa llave?

—El señor N., mi patron, rara vez.

El juez abrió un cajon de la mesa, y sacando una bolsa de seda ricamente bordada, se la mostró a Hermójenes, diciéndole:

—¿Es suya esta bolsa? y al mismo tiempo clavó sobre el reo su mirada de águila.

El jóven se puso encendido y solo pudo articular:

—Es mia.

—¿Cuánto dinero ha puesto Vd. en ella?

—La tenía sin dinero en un cajon de mi cómoda.

—Contiene ochocientos pesos, dijo el juez colocándola sobre la mesa. ¿Son suyos?

—No, señor.

—Está bien: ¿Conoce Vd. esta cajita? continuó el juez quitando un paño que cubria un pequeño escritorio de ébano.

—Es mia, contestó el acusado sin turbarse.

—Contiene dos mil pesos. ¿Qué dice Vd.? Faltando de los fondos que le están confiados treinta y dos mil y tantos pesos, segun los libros que presenta la casa, y encontrando en su poder parte de esa cantidad, espero que declare Vd, qué es lo que ha hecho de los treinta mil restantes?

—Puede Vd. preguntarme, señor, que yo nada contestaré. Esos objetos son mios, mas no el dinero que contienen. Si Vd. no me cree me encerrarè en mi silencio.

—Vea Vd., jóven, que está en su conveniencia el confesarlo todo. Tiene Vd. amigos que piden induljencia para Vd. Abandone esa tenacidad que le será fatal; confíe Vd. en mí que aunque juez, soi hombre y padre de familia, y su desgracia me causa vivo interes.

—Soy inocente del crimen que se me imputa; ¿que puedo hacer, señor, para que me crea?....

Pronunció estas palabras el desgraciado con tal sentimiento y desesperacion, que el juez quedó suspenso por un momento.

—Veo que Vd. maneja el disimulo de una manera admirable, añadió el juez ajitando una campanilla.

Un oficial se presentó:

—Decid al señor N. y a los testigos que pueden entrar.

II.

Cuando Hermógenes vió al señor N., su patron, acompañado de los empleados de la casa, entre los que se encontraba el exajero Adriano, con voz trémula y entrecortada le dijo:

—¿Puedo creer, señor, que sea Vd., a quien jamas he dado motivo de reproche, el que me haya hecho sacar de mi casa como a un criminal y entregádome a la justicia como a tal? ¡Oh, con cuanta injusticia me hace Vd. sufrir!

Quiso todavia hablar, pero se lo impidió la fuerza de la emocion; dobló su cabeza y cubrió su cara con un pañuelo.

—¿Lloras, desgraciado? le dijo el señor N.

Y dirijiéndose al juez:

—¿Qué es lo que ha declarado?

—Niega absolutamente.

—¿Como!

—Sí, señor.

—¿Y las pruebas?

—A eso vamos. De que el dinero se ha sustraído es incontable, prosiguió el juez en conversacion particular con el señor N., y en vista de los hechos no tengo la menor duda de que él es el autor. Solo se trata de convencerle de su delito con pruebas evidentes, a fin de que confiese el paradero de la suma sustraída.

Hermógenes, que alcanzó a comprender las últimas palabras del juez, levantó la cabeza y con voz firme y resuelta exclamó:

—Repito delante de todos lo que ya he dicho al señor juez: jamas he tomado cantidad alguna que no me pertenezca.

—El juez tocó la campanilla y dijo al oficial que se presentó: que se vuelva al reo a su prision. Luego mandando despejar la sala y quedándose solo con el señor N., comenzó a interrogarle así:

—¿Dónde se encontraba el reo cuando se le tomaron estos objetos?

—Se encontraba en una quinta a una legua de esta ciudad.

—¿Quién descubrió este dinero?

—Don Adriano P. a quien habia yo encargado, desde que se notó el déficit, que vijilase a D. Hermójenes.

—Segun declara el acusado, su pieza la tenia cerrada y guardaba consigo la llave, ¿como se ha penetrado en ella?

—Con mi autorizacion D. Adriano mandó hacer una llave, y yo con los empleados de la casa hemos entrado en su habitacion. Los muebles se encontraban con llave y preciso fué descerrajarlos. Abierta una cómoda, se encontró esa caja con el dinero que encierra. Una esclamacion de júbilo se escapó de todos los que allí estábamos, creyendo encontrar en ella toda la suma. Vana esperanza. Despues de muchas investigaciones solo se encontró esa bolsa y algunos dados, lo que prueba que el acusado pertenecia a alguna compañía de jugadores.—

Concluido este acto el señor N. se retiró.

Despues de esta declaracion que fué rejistrada competentemente, el juez hizo llamar a los empleados D. Adriano P. y D. Carlos K., quienes confirmaron bajo la forma acostumbrada todo lo que su patron, el señor N., habia espuesto.

Adriano dirijiéndose al juez:

—Tengo encargo del señor N. de pedir al reo la llave de la caja.

El juez hizo conducir al reo a su presencia y le ordenó la entrega.

El acusado sacó esa llave y la puso en manos de Adriano, quien palideció a su contacto.

—Tiene Vd. hasta mañana para reflexionar, dijo el juez al reo; si Vd. me necesita en este tiempo, hágame avisar, sea a la hora que fuere. Ahora, señores, retiraos, el interrogatorio está terminado.

III.

Hermójenes, desfallecido bajo el peso de su vergüenza y desfigurado por el sello de la desgracia, se dejó conducir de nuevo a su prision sin proferir una palabra.

Cuando la puerta del calabozo se volvió a cerrar, sepultando al reo como a un cadáver en su fosa, Hermójenes se desesperó.

—¡Deshonrado! murmuró dando vueltas por su prision. ¡Dios de los buenos! ¿a dónde me conducís? ¡Yo que ayer rebosaba de esperanza y de felicidad, me encuentro hoy acusado de fraude, confundido con el mas ínfimo de los criminales! ¡Yo, el último descendiente de una familia ilustre, he venido a infamar la memoria de mis antepasados! ¡Oh, padre querido, exclamó prorumpiendo en sollozos, cuán grande sería tu dolor si aun existieses! Descanza feliz en el seno de la eternidad, y si tu severa mirada puede alcanzar hasta mí, no me maldigas, antes consuélate, mi querido padre, tu hijo es.....

La puerta del calabozo se abrió de improviso, dejando penetrar un hermoso rayo de luz que fué a caer de lleno sobre el semblante de Hermójenes.

El infeliz jóven quedó un momento deslumbrado y sin poder ver quién entraba en su triste estancia. Pero antes de ver oyó una voz que le hizo estremecer de alegría, y que dijo al carcelero:

—Déjanos solos.

—¡El jeneral!—exclamó Hermójenes.

—¡Hijo mio!—dijo éste tendiendo los brazos al jóven que se precipitó en ellos.

El jeneral B., que, desde la noche que condujo a Hermójenes en calidad de preso, no habia cesado de influir en favor del yerno de Carmela, venia a verlo, despues de haber hablado con el juez, quien le impuso de la criminalidad del reo y del mal estado de su causa.

Empero el jeneral no era hombre que se detenia en la primera barrera que se le presentaba. El habia prometido a Carmela

y a su desconsolada hija vencer imposibles por salvar al jóven. y con esta disposicion de espíritu pidió al juez que le concediese hablar con el preso.

La primera pregunta de Hermógenes fué por Valentina.

—En su nombre me tienes aquí. Espero que podrás verla algunos minutos antes de partir.

—¡Yo partir! ¿A dónde, señor?

—Lejos, tan lejos que no pueda alcanzarte el brazo de la justicia.

—¡Yo huir de la justicia!

—Escucha, Hermógenes, replicó el jeneral sentándose en la única silla que encontró e indicando al jóven que hiciese lo mismo al borde de su lecho. Tú comprenderás que con una causa como la tuya, la única salvacion se encuentra en la fuga. No te ocultaré que la empresa es árdua; mas he tomado mis precauciones y no temo que fracase mi plan. Solo falta que nos pongamos de acuerdo, y a eso vengo.

—¿Olvida Vd., señor, que el huir es hacerme criminal de hecho? Agradezco, jeneral, pero no acepto.

—Sí, aceptarás, Hermógenes, porque la tranquilidad y el honor de la familia en que acabas de entrar así lo exigen.

—Pero, señor, ese honor, esa tranquilidad, serian altamente comprometidos con mi fuga. El que huye el fallo de la justicia es culpable, y yo nada tengo que temer.

—No temer la sentencia del tribunal, es como no temer sepultarse bajo los muros de la Penitenciaría y resignarse a arrastrar las cadenas del presidiario. Jóven, este es el primer golpe que Vd. recibe y confía demasiado en su buena estrella, sin profundizar lo sério de su situacion. Acabo de saber que no habrá induljencia para Vd., porque se supone que el juego lo ha impelido a ese esceso: esta es una desgracia mas, pues la justicia y la sociedad, cansadas y conmovidas diariamente por las iniquidades que produce ese vicio, piden en alta voz que cese de una vez un azote que hace tantas víctimas inocentes, y bajo pretexto de escaarmiento pronto será Vd. severamente castigado. Huya Vd., Hermógenes, no vuelva Vd. jamas a pisar el suelo de Chile, y cuente con el tiempo que todo lo borra.

—¿Y mi Valentina? Ella lleva mi nombre. La abandonaré vilmente, y por todo recuerdo, como único dote, le dejaría un nombre mancillado? No, jeneral: sea cual fuere la suerte que la injusticia de los hombres me prepara, no debo apelar a la fuga. Mi honor, mi conciencia y mi amor por Valentina, se sobreponen a todos los temores posibles.

—¡Hermójenes! toda la esperanza de Carmela y Valentina está en que puedas, antes de treinta horas, atravesar los Andes. Compadécete de ellas, mañana tal vez sería tarde. Todo debía quedar concluido esta misma noche, y al despuntar el nuevo día debía alumbrarte, hijo mío, un sol de libertad.

—¡Jeneral! ¿si fuese un hijo de Vd. el que se encontrase en mi situación, qué haría Vd.? ¿Le aconsejaría lo que a mí? Contésteme, señor, con la hidalguía del caballero, con la franqueza del hombre de bien.

El jeneral se demudó a esta pregunta y respondió tristemente:

—Dios me perdone, Hermójenes, lo que voy a decirte. Si uno de mis hijos se hallase en tu caso, le diría: muere, hijo mío, antes que vivir infamado!

—¿Y si este hijo le dijese a Vd: padre, soy inocente, jamás mis manos se han manchado con el juego, jamás el feo delito que se me imputa ha rosado mi conciencia, ni empañado mi alma! Si le dijese: soy el juguete de alguna trama inicua, o víctima de algún funesto error! ¿Qué diría Vd.?

—¡Oh! buscaría, aunque fuese bajo las entrañas de la tierra, a los autores del crimen.

—Mas a qué hablar así cuando yo no tengo un padre que....

—¡Hermójenes, hijo mío! ¿Por qué no he de serlo yo para ti? Pero antes, júrame, por la memoria del que te dió el ser, que eres inocente.

—¡Lo juro! exclamó Hermójenes sin trepidar, estrechando con mano firme la noble diestra del jeneral, que fijó en su rostro la penetrante mirada con que Dios escudriña la conciencia del hombre.

El jeneral escuchó este único testimonio que podía darle el preso con viva ansiedad y, conmovido hasta derramar lágrimas,

estrechó a Hermógenes entre sus brazos, y salió de la prisión jurándole a su vez hacer por él lo que haria por su propio hijo.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO I.

¡TRIBULACION!

I.

Un año despues de los últimos y desastrosos acontecimientos que se leen en la Primera Parte, la sociedad se habia olvidado de Hermógenes, ya sus desgracias estaban sepultadas bajo el espeso polvo del pasado. Solo alguno que otro corazon sensible suspiraba de vez en cuando al recuerdo de aquel hermoso jóven arrebatado en la primavera de su vida al amor, al honor y a la felicidad.

El jeneral B., único protector del jóven, se habia visto precisado a abandonarle en lo mas fuerte del proceso para ir a Francia, donde lo destinaba el gobierno. Tuvo, pues, el sentimiento, al dejar a Chile, de no haber podido hacer nada por su malogrado amigo. La partida del jeneral en los momentos en que se seguia con mas actividad la causa, era una nueva desgracia para Hermógenes; mas, le quedaba D. Juan Alvarez, quien, preciso es decirlo, concilió con admirable delicadeza la severa integridad del juez con la paternal abnegacion del amigo.

Don Juan puso en juego todo su influjo en favor de Hermógenes, convencido por el jeneral de la inocencia de éste. Hizo inauditos esfuerzos para demostrar a sus cólegas de la Suprema Corte la inculpabilidad del jóven; pero todo fue inútil. El noble anciano tuvo el dolor de inclinar la cabeza ante la lei y la evidencia judicial de los hechos, y firmar la condena que tanto repugnaba a su conciencia. Afectado en demasia por este hecho, se retiró de la vida pública y se contrajo a hacer la felicidad de Luisa por medio de la rehabilitacion de Enrique. ¿Tendría este consuelo? Mas tarde lo sabremos.

Pero, entretanto, ¿Qué es de la familia de Aramayo, a quien dejamos desolada por la desgracia de Hermójenes? ¿Qué es de Carmela? ¿Qué es de la interesante Valentina, casi viuda antes de ser esposa? Nada se dice de ellas en ese mundo elegante en que vivieran; es verdad que ha pasado un año, largo espacio de tiempo para que la sociedad olvide hasta la sombra de una familia desgraciada!

II

En un barrio triste y poco frecuentado de Santiago se vé una casita de humilde aspecto, pero notable entre las de aquella calle por el misterioso encierro con que se rodean las personas que la habitan. Muchos son los comentarios que forman los vecinos y grande su curiosidad y enojo porque, contra la costumbre de aquellas curiosas jentes, las puertas y ventanas de esa casa permanecen a toda hora del día y de la noche herméticamente cerradas. Penetremos en el interior.

Cuatro son las piezas habitables; las otras están ruinosas. En un gran patio interior, que se halla relegado a sirvientes y oficinas, se ven dos viejos castaños y al pié de éstos una acequia nauseabunda. Sin pormenorizar el menaje de esta morada, se puede decir que reina en ella una mezcla de lujo y escasez, sorprendente para el que no conozca el pasado de las personas que la habitan.

Dos lechos se divisan en la pieza de dormir, y en una de ellas reposa una jóven pálida y enflaquecida. A su lado está sentada una mujer, jóven aun y hermosa.

Era la hora en que la tierra y todo lo que tiene vitalidad se anima para dejarnos sentir sonidos misteriosos y perfumadas emanaciones, y en que la madre de familia, al oír el tañido de la campana, se postra de rodillas balbuceando con labio reverente: ¡la Oracion!

Pocos segundos despues ya nada se distinguía en ese humilde y silencioso dormitorio.

La luna nueva que poco há penetraba por la ventana, acariciando con su ténue resplandor el semblante de la enferma, ha-

bía desaparecido dejando allí en su ausencia una indecisa oscuridad. La señora permanecía inmóvil a la cabecera del lecho, sumergida al parecer en una profunda meditacion, pues no vió que la puerta se abría lentamente dejando libre entrada a una señora. Esta, con la mayor cautela, se aproximó a la cama, guiada por la penosa respiracion que exhalaba el pecho de la jóven. Una exclamacion de sorpresa y dolor se escapó de la recién venida al distinguir el grupo que formaban en medio de las tinieblas aquellas dos mujeres. Madre es sin duda la que vela a la cabecera de la enferma, porque solo una madre pone, con la lijereza y espresion que ella, su dedo en el labio para recomendar el silencio. Esta se inclinó sobre la jóven, que permanecía dormida, y besándola en la frente con ternura y juntando las cortinas del lecho, salió a la otra pieza que estaba iluminada a media luz.

—¡Carmela, amiga querida!—esclamó la recién-llegada arrojándose en los brazos de aquella, que no era otra que la señora de Aramayo.

III.

—¡Luisa! ¿Tú aquí? ¿Cuándo has llegado? ¿Cómo no te he reconocido al instante?

—Yo he querido darte esta sorpresa, y la oscuridad me ha hecho prolongarla. ¿Cómo se encuentra Valentina? ¿Qué me dices de esa querida niña?

—Hoi está tranquila; mas no podré decir lo mismo mañana. ¿Qué de acontecimientos se han sucedido desde la última vez que nos separamos, Luisa mia! Mas, hablemos de tí ¿Cómo está Enrique? ¿Cuándo has llegado?

—Solo hoi, Carmela; pero Enrique hace un mes que se vino de Valparaiso.

—¿Es posible?

—Sí, mi pobre padre, creyendo que una vida activa y laboriosa seria conveniente para Enrique, empleó la poca fortuna que nos ha quedado en establecerlo en Valparaiso en una casa de comercio. Pocos meses han sido bastantes para desalentar a

Enrique y para que, desoyendo mis ruegos y consejos, abandonándolo todo, se viniese en compañía de.....

—Acaba Luisa; ¿temes acaso aflijirme pronunciando el nombre de Alberto el jugador?

—Sí, amiga mía, soi imprudente; mis desgracias al lado de las tuyas ¿qué son? Dime, querida Carmela, todo cuanto te ha sucedido desde que me fuí. ¿Cómo vives, con qué recursos cuentas, qué esperanza te sostiene?

—¡Oh! en cuanto a esperanzas, replicó Carmela, la sola que me queda es que mi hija recobre la razon.

I diciendo esto fué a asomarse a la pieza en donde dormia Valentina.

—Su respiracion es menos fuerte, dijo volviendo al lado de Luisa; parece mas dulce su sueño.

—¿Qué tiempo a que está enferma? preguntó ésta.

—Hoi hace cuatro meses.

—La última vez que la ví antes de marcharme a Valparaiso me pareció resignada.

—En efecto, pero su resignacion era hija de una esperanza que le ha sido funesta. ¿Cómo no creer que Hermógenes fuese absuelto? ¿Cómo no confiar en los inauditos esfuerzos que hizo el jeneral B. para probar su inocencia? ¿Cómo no esperar que tu padre, siendo majistrado, no influyese en la Suprema Corte para apartar de la cabeza de este desgraciado un fallo ignominioso? Todas estas esperanzas alimentadas de hora en hora, fecundadas con abundantes lágrimas, saboreadas en medio del dolor mas intenso, debian por fin desvanecerse y sumir a Valentina en una postracion fisica y moral peor que la muerte. Cuando salió la sentencia que condenaba a Hermógenes, tomé las mayores precauciones para ocultársela.

Un dia oigo un grito que me traspasa el alma; corro ácia ella y la encuentro con un diario en la mano, la vista fija en el párrafo que marcaba la confirmacion de la sentencia que condenaba a su esposo. En el acto arranco de sus manos aquel papel, que no sé cómo ni de dónde se habia proporcionado; pero ella con su vista clavada en el mismo punto, como si aun devorase aquellos

caractéres, sin voz, sin accion, parecia una estatua, se habia quedado como petrificada. Su semblante no espresaba emocion alguna. Asustada al verla en ese estado, le prodigo las caricias mas tiernas, pero sin obtener de ella una palabra. ¿Es posible Valentina, le dije, sacudiéndola para llamar su atencion, es posible, hija mia, que no haya en tu corazon un lugar para tu madre? ¿Amas tanto a Hermógenes que yo a tu lado no soi nada para consolarte?

Estas últimas palabras la impresionaron, me miró, se puso de pié, y cuando creí que iba a llorar y arrojarle a mi cuello, lanza una estrepitosa risotada. Helada de espanto retrocedí dos pasos, mientras la desgraciada se reia con una alegria infantil.... ¡estaba loca!

Carmela dejó de hablar, y por algunos instantes solo se oyó en la pieza los sollozos de las dos amigas.

IV.

—¿I todavia en pos de esta terrible desgracia, el cielo te preparaba otra mas? le dijo Luisa enjugando su llanto.

—En menos de seis meses he visto caer a mis piés mis mas queridas esperanzas: Hermógenes en la Penitenciaría, mi hija atacada de una locura periódica, y su padre errante, fujitivo, huyendo de la obstinada persecucion de Alberto. ¡Cuántas veces me habrá maldecido como la causa de todas sus desgracias!

—¡Gran Dios! y qué injusto seria, exclamó Luisa con asombro.

—No le culpemos, Luisa; es desgraciado y lo perdono.

—¡Quién habla de perdon! exclamó una voz arjentina, tras de las dos amigas: era Valentina, que se habia levantado de su cama y con paso leve y suave se aproximaba sin ser sentida al sitio donde conversaban las dos amigas. Luisa se estremeció y una súbita palidez tiñó su semblante. El aspecto de la jóven no chocaba, pero la impresion que causaba, no solo en las naturalezas nerviosas y sensibles como la de Luisa, sino hasta en las mas fuertes, era profunda.

Valentina, cubierta con una tunica blanca, los piés des-

nudos, el cabello flotante sobre los hombros, el mirar triste y vacilante como su sonrisa, semejaba una sonambula, una sílfide, un ser fantástico. La locura de la jóven era pasiva. Su carácter dulce no la habia abandonado.

Carmela hizo señas a Luisa para que guardase silencio, y Valentina, sentándose en medio de ambas, continuó:

—¡Perdon! Esta palabra resuena en mi corazon como en otro tiempo... pero ese recuerdo es tan lejano que se me desaparece al instante. Desde que Hermógenes emprendió su viaje he quedado tan triste que no puedo pensar: él se ha llevado mi pensamiento..... ¿Quién eres tú? exclamó, fijándose en Luisa; dime, ¿quién eres tú que tanto te pareces a mi Hermógenes? ¿Le amas? dímelo, para amarte yo tambien.....

—¡Valentina! exclamó Luisa, estrechándola sin poder contenerse; ¡quién pensara que en este estado habia de verte!

—Tu eres buena como esta otra, continuó la bella loca señalando a su madre. Esta me abraza llamándome *hija* cuando yo no tengo madre. Hermógenes se la llevó con mi pensamiento. Jamas he podido saber por qué me abandonan cuando yo no puedo vivir sin ellos..... ¡Los amaba tanto! No llores, le dijo en seguida a Carmela, me das pena. ¡Siempre llorando! ¿Por qué no cantas como yo?—La jóven se puso a entonar con esa voz propia del alma que no tiene parecido ni en las misteriosas melodias de la naturaleza, ni rival en los admirables triunfos del arte. Cantaba Valentina una cancion española mui gustada de Hermógenes en otro tiempo. De improviso se detiene y escucha:

—¡Ah! exclama; ya viene..... ¿No oyen Vdes.? Es el coche que me trae a mi Hermógenes; y la jóven se lanza a la ventana, palmeando de júbilo.

Ningun ruido se dejaba sentir. La calle estaba solitaria, aunque solo eran las nueve de la noche; uno que otro ventero interrumpia con su monótono grito el silencio de aquel barrio.

V.

Algunos segundos despues, pára un carruaje a la puerta. ¡Admirable era el doble oido de la enajenada!

—¿Quién puede ser? exclamó Carmela.

—Es mi coche, contestó Luisa. Había olvidado que dejé orden en casa para que viniesen por mí. Es el único lujo que conservo. Esto me recuerda que tienes que otorgarme un favor, mi querida Carmela.

—Habla, Luisa soi tuya.

—Si bien no cuento con todo lo que quisiera mi cariño para ayudarte en tu situacion.....

—¿I bien? añadió Carmela, notando la turbacion de Luisa.

—Puedo disponer de mis alhajas, y te ruego que las aceptes, amiga mia. Sé que careces de todo, y con su producto vivirás en otra casa mas conveniente para la salud de Valentina. No me niegues este favor Carmela.

—Bueno y noble corazon, exclamó ésta, te comprendo; pero tranquilízate Luisa; por ahora, todo lo que me hace falta, todo lo que ánsio, es la salud para mi hija y la libertad de Hermójenes.

—Por la salud de Valentina no debes desesperar, pues como me has dicho los enajenamientos que sufre son tardios y cada vez mas cortos. No tardará en volver la calma a su fatigado espíritu.

—Todas son esperanzas, dijo Carmela, meneando la cabeza. Hoi está mas ajitada y, como ves, dura mucho su histérico.

—No, no Carmela, ¡mira! I Luisa, señalaba a Valentina que desde que sintió el ruido del carruaje se había quedado apoyada en el marco de la ventana, con la cabeza inclinada sobre el pecho y en actitud meditabunda.

Carmela se aproximó a la jóven y con voz tierna y persuasiva la rogó volviese a su cama a descansar. Al sonido de aquella sentida voz despertó Valentina como de un sueño. Un suspiro dolorido y prolongado se escapó de su pecho, sus brazos languidieron, su cuerpo, antes tieso y nervioso, se dobló como un lirio, y cayó media exánime en brazos de su madre.

Luisa, tan pálida por la emocion como la misma enferma, creyó que Valentina se moria.

—No te alarmes Luisa, la dijo Carmela. Este síntoma es el término del ataque, pronto la veremos buena.

En efecto, pocos segundos despues la jóven abrió los ojos, y notando que otra persona estaba allí, teñido el semblante de un ligero rubor, atrajo ácia si la capa con que su madre habia cubierto sus piés.

—Es Luisa, hija mia, la dijo Carmela.

—¡Luisa! repitió ella tratando de incorporarse, mas en vano porque su linda cabeza cayó pesadamente sobre el brazo que la sostenia. ¿Ha venido Luisa?

—Sí, Valentina, estoi aquí. No he querido irme antes de haberte abrazado.

—¡Qué agradable es despertar así! continuó Valentina tendiendo la mano a su amiga. Cuando te creia tan lejos, vienes como una aparicion a sorprenderme.

—¿Cómo te sientes? la interrumpió Luisa.

A esta pregunta, la jóven miró a su madre y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Llora, sí, llora la dijo ésta, que es mui saludable el llanto para tí.

—Me aflijo por Vd., mamá. La pregunta de Luisa me hace pensar que he sido víctima otra vez de uno de esos ataques en los que la hago sufrir tanto.....

—I en los que me haces tan feliz viéndote como ahora volver a la vida, viendo brillar en tu frente la luz de la razon, en tus ojos reflejarse la ternura y oyendo de tus labios espresiones llenas de santa resignacion. Doi, hija mia, fervientes gracias al Todopoderoso porque se ha apiadado de mí y no me ha quitado este último consuelo. ¿No es cierto, Luisa, que puedo aun ser feliz? exclamó la pobre madre estrechando a su hija contra su seno.

—¿Por qué dudarlo? contestó ésta, esforzándose por aparecer serena, mas en realidad se hallaba aterrada ante ese cuadro de miseria y tribulacion.

VI.

Poco despues Luisa acompaña a Valentina hasta su lecho, y estrechándola con el mas tierno interes, la dió el beso de despedida y

dejó la estancia seguida de Carmela con direccion ácia su coche.

Penetrada de la mas respetuosa admiracion por su infeliz y resignada amiga, Luisa quiso manifestárselo comprometiéndola con mas empeño a que aceptase sus joyas. Carmela, delicada y sensible hasta el extremo, rehusó por segunda vez con la mas sentida espresion de gratitud. Se deslizó en seguida de los brazos de su jenerosa amiga y se retiró a un aposento apartado del de Valentina a ahogar los sollozos que le arrancaba el noble y desprendido interes de Luisa.

La pobre madre no podia ni aun dar expansion a las bellas emociones de su alma, temiendo impresionar con ellas y herir una vez mas la débil organizacion de su hija.

¡Terrible situacion a que, sin merecerlo, ha sido conducida Carmela por las consecuencias desastrosas que acarrea en las familias el mas peligroso de los vicios, la mas indomable de las pasiones: EL JUEGO!

CAPITULO II.

UNA CARTA EN ALTA MAR.

I.

El que por primera vez vaya a visitar la cárcel Penitenciaria en Santiago, creyendo encontrar allí la miseria, el dolor y toda clase de horrores inventados por el ingenio humano para oprimir al débil y desgraciado, se engaña. El que crea que al penetrar en ese imponente recinto le azotará al rostro una atmósfera impregnada de degradacion por una parte y de opresion por la otra, se engaña. Si al dirigirse allí prepara su ánimo a recibir la impresion de ese espectáculo triste y repelente de hombres medio desnudos y enflaquecidos bajo el peso de un trabajo superior a sus agotadas fuerzas, se engaña. Si se horripila bajo la sola idea de que allí irá á escuchar jemidos lastimeros y desesperantes imprecaciones unidas al rechinar acompasado de las cadenas que entorpecen la marcha del prisionero, se engaña. Si su imaginacion le ha sugerido el fantasma de Spilberg en la Peni-

tenciaria de Santiago, y en ella un Silvio Pellico elevando al cielo sus desgarradoras lamentaciones, desde una celda cavernosa y mal sana, ¡cuánta no será su sorpresa cuando al poner el pié dentro de los muros de esa casa, y al tender la vista por aquellos patios espaciosos y aseados, ve hombres vestidos con decencia, sin esposas ni cadenas, alegres unos, y tranquilos los mas! ¡y cuando, al ligero toque de una campana, les ve presurosos abandonar su recreo para ir a los talleres a entregarse al trabajo, no a la manera de criminales detenidos, sino como operarios de una gran fábrica, y ve en ellos hombres que se convierten en miembros útiles de esa sociedad que han ultrajado en un momento de miseria y abandono!

• Volvemos a repetirlo: no es la Penitenciaria un instrumento de venganza; no solo opone valla al crimen y evita las condenas al patíbulo, sino que tambien es la madre compasiva que tiende sus brazos al desgraciado que en su seno encontrará la paz, una industria y el olvido de un pasado borrascoso.

II.

Penetremos, pues, sin desagrado en esa pequeña ciudadela, Bastilla rejenerada por el triunfo de las nuevas ideas.

El reloj de la capilla acaba de dar las siete de la mañana, hora en que los presos, entregados a sus laboriosas tareas, dejan una parte del edificio en completo sosiego. En uno de los patios del primer orden se ven dos hombres paseándose bajo el alero de la muralla.

Uno de ellos tiene aspecto de anciano, a pesar de que su cuerpo todavia se tiene derecho y su paso es firme como el de su compañero. Una barba blanca y copíosa le cubre parte del rostro, descendién-dole hasta el pecho, lo que le dá un aire imponente y raro. Su compañero, jóven, hermoso y bien vestido, forma contraste con aquel viejo que es alto y enjuto, vestido con pobreza y aseo, camisa blanca, pantalon de jerga y chaqueton de lana. El jóven parece abatido y de vez en cuando levanta sus hermosos ojos al cielo, pero al bajarlos se encuentra con la mirada pater-

nal del anciano, que le repite con dulzura: *paciencia, y mas que todo, valor!*

—¡Oh, si yo fuese solo en el mundo, ese consejo me seria mui útil. Ya he dicho a Vd. que padezco porque la persona a quien amo sufre como yo y por mi causa. Su vida corre peligro, y su cabeza está a punto de trastornarse; solo yo puedo salvarla, y sin embargo debo dejarla morir o enloquecer, encerrado como estoi entre estas murallas inquebrantables!

I al decir esto, el preso levantó la vista ácia el muro donde se paseaba impassible el centinela.

—¡Cuántas veces, continuó, he estado a punto de arrojarme y ahogar entre mis brazos al carcelero, correr en seguida por este patio, con solo el objeto de que los centinelas hagan fuego sobre mí y acaben de una vez con esta existencia arto pesada ya!

—Cálmese Vd., hijo mio, y permítame aliviar un tanto sus pesares con la narracion de los mios. Soi como Vd. un preso, infeliz anciano que solo me queda del mundo y de los hombres un lejano recuerdo, lo bastante sin embargo para desgarrar mi alma. Lo mismo que a Vd. me agovió la desesperacion; como Vd., quise morir; este deseo me llevó hasta cometer mil locuras que empeoraron mi situacion porque, creyéndome capaz de cometer un crimen, me encerraron en celda solitaria, haciéndome sufrir una clausura estricta hasta que por fin vino ácia mí la resignacion. El abatimiento de mis fuerzas, la incomunicacion y la reflexion, operaron en mí, como un milagro de la gracia divina, un cambio súbito en mi espiritu. Un dia amanecí sereno, levanté la frente inclinada hasta ese momento a la tierra, y por primera vez pensé en la posibilidad de otra vida donde no haya lágrimas que sequen el corazon y dolores que hagan cambiar en un segundo el color de nuestros cabellos. La relijion, hijo mio, que cuarenta años hace no reglaba mi vida, vino a ser desde ese instante la fuente mansa y dulce a cuyo borde pienso beber y reposar hasta que Dios me llame a su lado.

He dicho a Vd. antes, que la puerta de esta casa se cerró tras de mí para no abrirse hasta pasado diez años; esta fecha espiró. Antes de concluir mi condena, se me anunció que estaba libre,

gracia especial que se me hacia en recompensa de siete años de buena conducta.

—¿I puede Vd. permanecer aquí estando libre? exclamó el jóven.

—Comprendo su asombro; mas, ¿qué haria yo en el mundo? Seria entre los hombres un extranjero inútil, mientras que aquí soi la Providencia. Este es el nombre que me dan los presos; yo los consuelo, los acompaño y reanimo, pido y obtengo la induljencia para con ellos, desato sus cadenas poniéndolos bajo mi garantía y custodia. Aquí soi amado, y mas que todo, necesario a esos infelices.

—Sí! cuán cierto es que Vd. se ha constituido en la providencia de esta cárcel! ¿qué seria de mí, si Vd. me abandonase en esta situacion? ¿Quién comprenderia mis pesares y daria a mi alma la fuerza necesaria para resistirlos?

—Gracias, mi pobre amigo, si Vd. me cree necesario permaneceré mas tiempo a su lado, y si los consejos de un viejo no le importunan, se los prodigaré con todo mi corazon. Sus desgracias me son conocidas; la fiebre que traia Vd. cuando entró aquí, y el delirio en que cayó poco despues, me enteraron de los últimos sucesos de su vida.

—Jamás olvidaré, le interrumpió el jóven, los cuidados que me prodigó en esos primeros dias. Se me ha dicho que a ninguna hora se separaba Vd. de mi cabecera.

—¿I cómo no hacerlo así? Si hago lo mismo para con los demás por humanidad, cómo no habia de prodigarle mis cuidados a Vd., que desde que le ví me interesó, tanto por su juventud, como por íntima simpatía? Mas de una vez, hijo mio, durante su fiebre y mientras yo velaba su sueño, he visto correr sus lágrimas hasta empapar la almohada; entonces he caido de rodillas implorando la justicia del cielo en favor de su causa.

—Ruegue, señor, tambien por Valentina, por ese ángel de mi amor. ¿Qué seria para mí la desgracia y toda clase de martirios, si no estuviese lejos de ella; si la pasion que me inspira no devorase mis entrañas? Ella bulle en mi mente bajo todas formas: la veo en mis sueños como la dejé hace un año en la quinta de sus

padres; otras veces se me aparece revestida de todos los encantos de la mujer que nos pertenece, la veo inclinarse sobre mi almohada, posar sus lábios sobre los míos, y una nube de fuego envuelve mi corazón, tiendo los brazos para estrecharla, y aparece tras de ella la figura airada de su padre que le dice con voz de mando: aparta, desgraciada! ¡es un presidario! Un grito de rabia y de dolor me hace despertar. Entonces se apodera de mí la desesperación, y si Vd., como el ángel bueno, no hubiese estado a mi lado en esos momentos de delirio, yo habría estrellado mil veces mi cabeza contra los muros de mi prisión.

—¿Qué es la vida mi querido Hermógenes? le interrumpió aquel patriarca, con acento unjido y penetrante. ¿Por qué tan poco valor para atravesar ese punto que se nos presenta en medio de la inmensidad? Así como no debe preocuparnos el deseo de prolongarla, tampoco debemos apresurarnos por alijerarnos de esta carga y arrojarla en la mitad del camino. Mas, en vez de palabras filosóficas que acabarían por cansarle, voy a poner ante sus ojos un ejemplo palpitante de desgracia y resignación. Voy a referir a Vd. la cadena de sucesos que me condujeron aquí; en ellos encontrará alguna coincidencia con sus recientes infortunios, y tal vez una lección provechosa y un serio consuelo en su desesperante situación.

—Se anticipa Vd. a mis deseos, señor, muchas veces he querido suplicarle lo mismo que me ofrece hoy; y diciendo esto, el joven se asió del brazo de su amigo y le condujo a su celda.

III.

—Mi historia es trágica pero corta, Hermógenes; voy a referírsela en pocas palabras. Mi verdadero nombre es Rudecindo San Roman. El lugar de mi nacimiento es Buenos Aires. Venido a Chile en 1810 con el Sr. D. Gregorio Gomez, asociado a la comisión estraoficial que el gobierno independiente de Buenos Aires enviaba a los patriotas chilenos para preparar aquí la revolución, fui preso por el gobierno de Marcó y estuve a punto, como el Sr. Gomez, de ser fusilado. Término glorioso habria

sido, a tan atrevida empresa. Mas tarde me enrolé en el ejército de D. José Miguel Carrera, que hizo la gran campaña de 1811 a 1814. Seguí despues la suerte de mi jefe, a quien profesaba una ciega admiracion y amistad, trasportándome con él a la otra banda, despues de la fatal jornada de Rancagua. Allí, fiel y decidido, lo acompañé en todas sus desgraciadas pero gloriosas aventuras hasta dejarlo en Mendoza, en las gradas del patíbulo. A consecuencia de la persecucion obstinada que el gobierno argentino desplegó contra los partidarios de Carrera, tuve que emigrar a Méjico. Allí cesó mi vida política y me entregué con ardor a empresas mercantiles, que en pocos años me hicieron rico. Sí, Hermójenes, por mi mal fuí poseedor de una gran fortuna. Poco tiempo despues me casé, fuí feliz, tambien me dormí placentero entre los brazos de una compañera divina. ¡Recuerdos deliciosos que aun embriagan mi yerto corazon!

Entre el amor y la opulencia que me rodeaban, me creí dichoso. El cómo cayó esta dorada venda de mis ojos, voi a decirlo, Hermójenes.

Tenia yo por Chile una afeccion natural a un pais por cuya independencia habia derramado mi sangre. Asi, pues, mi casa estaba siempre abierta para los chilenes.

Entre estos, la frecuentaba con mas asiduidad un jóven que por su viveza y gracia particular era el héroe de nuestra sociedad. No faltó quien me hiciese notar que aquel jóven no observaba una conducta que le hiciese acreedor a mis atenciones; tambien recibí de Chile avisos sobre el mismo tema. Mas me creia con toda fatuidad hombre de mundo, y, desatendiendo estos avisos amistosos, estreché mas y mas la amistad con él. Le comuniqué con idalgúia los rumores que vagaban; él me confió la verdad con toda sencillez, y concluí por creerle y tomarle un cariño sincero y fraternal desde ese dia.....

—¿I qué le confió a Vd.? le interrumpió Hermójenes impaciente.

—Que jugaba. Este era el único motivo porque la sociedad le miraba de reojo. Mas ¿qué era esto en una época militar en que el juego imperaba en las costumbres y sobre todas las distrac-

ciones? El abuso lo miraba yo como pernicioso; pero mi amigo era joven, dócil y me complacia en la idea de influir en sus costumbres y cambiar su inclinacion.

IV.

Mas me olvidaba de hacer conocer a Vd. a mi mujer, añadió el preso, enjugándose el sudor que humedecía su frente.

Era una buena criatura: como esposa, tierna, modesta, afectuosa, una mujer modelo. Sin ser bonita, agradaba por su dulzura y candor. Contaba 23 años y aparentaba 16. Yo vivia orgulloso de llamarme dueño y señor de aquella mujer. La amaba tanto, que no tardé en notar que se ponía triste, que buscaba la soledad. La sonrisa habia desaparecido de sus labios y empalidecía notablemente. Dos meses antes me habian hecho un robo considerable y de la manera mas misteriosa, yo atribuia a este desagradable incidente la melancolía de Marcela. Puse en juego todo mi cariño para distraerla. Los paseos, las tertulias en nuestra casa se sucedian unas tras otras con el objeto de divertir a la señora.

Una noche me recojí alegre; estaba encantado de Marcela. Ella, comprendiendo mis deseos, se habia dibertido, me habia colmado de caricias ¿qué mas podia yo desear? ¿qué dicha igualaba a la mia? La noche de baile y tal vez la felicidad no me permitieron tomar sueño.

Eran las cuatro de la mañana y yo aun leia para matar el insomnio. El aposento de mi mujer estaba separado del mio por una pieza-escriptorio. En ella tenia yo una gran caja, obra maestra por su solidez y seguridad, lo que no habia impedido, no obstante, que de ella me sustrajesen la cantidad que he dicho a Vd.

Mandé colocar reservadamente una máquina en la cerradura, de modo que al dar la primera vuelta a la llave, el tañido de una campanilla diese el aviso de alarma; para que la llave jirase silenciosa yo comprimía un cierto boton. ¡Cuál seria mi sorpresa al sentir, en la alta noche, mi campanilla, triste y plañidera como el anuncio de una calamidad! Saltar de la cama, tomar unas

pistolas y lanzarme al escritorio fué todo uno. ¡¿qué es lo que veo? ¡gran Dios! A Marcela con luz en mano apoyada aun sobre la caja, pálida, temblorosa y trasformada su figura de ángel en el fantasma del crimen. La pido una esplicacion y se arroja a mis piés implorando perdon.

El averno que se hubiese abierto bajo mi planta no me habria aterrado tanto como aquel descubrimiento. La interrogo, confiesa ser ella el autor del robo perpetrado dos meses há. Mi felicidad, la ilusion de toda mi vida cayó por tierra junto con el cuerpo de aquella mujer. Era evidente que tenia un cómplice; súplicas, amenazas, promesas, todo fué inútil. Ella encerró en su pecho ese nombre por el que yo hubiese dado toda mi sangre.

¿Qué me quedaba? En la noche me había recojido radiante de placer, ufano con mi dicha, y el primer rayo de sol iluminaba mi frente livida y rugosa y heriamis ojos turbios de furor.

La primera persona que se presenta en casa al siguiente día fué mi jóven amigo; me arrojo en sus brazos desesperado, le suplico que me ayude a buscar al cómplice de Marcela; me lo promete y logra calmar un tanto mi dolor.

Desde ese instante solo él fué mi consuelo y mi inseparable compañero.

V.

Aquí el preso dejó de hablar inclinando la cabeza sobre el pecho..

Hermójenes guardó silencio por algunos instantes, pero la sangre del jóven hervia en sus venas y ansiaba por saber el fin de las desgracias de aquel noble anciano a quien una casualidad fatal le habia hecho conocer y por el que sentia un cariño irresistible. Al fin se aventuró a decir:

—¡¿por qué se encuentra Vd. en la Penitenciaría?

Nuestro hombre levantó la frente y echando ácia atras su nevada cabellera, continuó:

—Desde ese día mi casa quedó cerrada para siempre. Al bullicio sucedió el silencio; al placer, el dolor. Seguí viviendo, en

concepto de todos, con aquella mujer, mas hice completo abandono de ella. Esto no duró mucho: seis meses mas tarde, Marcela me hizo llamar a sus habitaciones; la encontré muriendo. Una con-suncion rápida la libraba de una existencia de pesares y remordimiento. A la vista de aquella sombra de mujer, me sentí conmovido y apesarado de mi conducta. A la primera palabra de *¡perdon!* que pronunció caí de rodillas al lado de su lecho, tomé su mano helada ya por la muerte, y la cubrí de besos. Ella me miraba con una dulzura inefable. Hizo señas que queria hablarme, mas la voz no salía de su pecho o se apagaba en su garganta como en un instrumento que se rompe. Acerqué mi oído a sus labios para escuchar su último acento y pude comprender estas palabras.

—*En el peinador... toma una carta... para tí... no la leas... hasta que estes fuera... de este pais... ¿Lo prometes?... ¿Me lo juras?...*

—Lo juro, Marcela mia. Prometo y juro cuanto quieras, pero vive, vive para mi, exclamé regando con mis lágrimas el rostro cadavérico de mi mujer. *¡Perdon!* repitió por última vez, y su alma se exhaló de su cuerpo con tanta suavidad como un suspiro del aire.

La muerte de Marcela me dejó sumido en un abatimiento moral inesplicable, en razon a los antecedentes que la habian ocasionado.

VI.

Insensible e indiferente a todo, me encontraba una mañana en mi cuarto, cuando veo entrar de sopeton a mi amigo el Chileno, pálido y desesperado, suplicándome que lo salve. Dos caballeros, acompañados de dos agentes de policia, venian tras él y entraron a un tiempo en mi habitacion. En el acto, y minutos antes de penetrar los perseguidores, impelo a mi amigo ácia otra pieza que cierro con llave, y en seguida me vuelvo a los nuevos huéspedes y les pido esplicacion de este atentado contra el sagrado de mi domicilio. Los dos sujetos, que eran personas de mi conocimiento, se escusaron y me hicieron saber, con gran

asombro mio, que perseguian a ese jóven como falsificador de unos documentos. No trepido, sin embargo, en salvarlo: llamo a parte a aquellos señores, me muestran los documentos, y al pié de cada uno de ellos el endoso con la firma del perseguido. La cantidad era fuerte; mas ¿para qué queria yo dinero? ¿Qué me ligaba ya a las riquezas? ¿No principiaron mis desgracias tal vez al mismo tiempo que mi fortuna? Recojí, pues, aquellos papeles pagando por mi protegido.

Al poco tiempo arreglé mi viaje para Chile, con el proyecto de dar un adios a este país, y pasar en seguida a reclinar mi cabeza en el seno de mi amada patria.

Mi amigo no quiso abandonarme, tal era el reconocimiento y cariño que me profesaba, segun él decia entonces. Nos embarcamos en el puerto de Acapulco con direccion a Valparaiso. El viaje prometia ser magnífico. Yo sentia un bien estar placentero a medida que perdía de vista las ardientes playas de Méjico.

Cuando se hizo noche, obligados por el frio, mi amigo y yo bajamos a nuestro comun camarote. Yo me recosté en mi lecho y mi inseparable compañero se echó en el suyo. Mientras mi cuerpo se entregaba al descanso, mi espíritu vagaba libre por la rejion de mis recuerdos, y a poco me vino a la memoria y pronto a las manos la carta que me confió al morir mi desgraciada Marcela.

Rompo el sello con mano temblorosa, y a los pocos renglones arrojo un grito como tigre herido; aquel miserable que tenia delante era el autor de mis desgracias, el cómplice de Marcela. La sangre me cegó, solo ví mi venganza en aquel hombre. Tomo mis pistolas y le arrojo una sobre la cama, gritándole: ¡desfíndete infame! Junto con mi palabra se descargó el arma que le habia arrojado. A la detonacion acude jente al camarote. Viendo yo mi venganza comprometida, le disparo un tiro a boca de jarro. El miserable cayó a mis piés retorciendose los brazos: la bala le habia atravesado el pecho. El capitan y algunos pasajeros me prendieron y desarmaron. Luego formaron entre ellos un consejo alli mismo, ante el cuerpo de mi victima que parecia haber dado el último aliento. Dictaminaron unos fusilarme y

lanzar mi cadáver a la mar; pero al fin la mayoría decidió mantenerme con esposas y grillos en la bodega hasta entregarme en Valparaíso a la justicia. Así lo hicieron.

Inútil es, Hermógenes, que me detenga en referirle todo lo que sufrí durante aquel largo y penoso viaje.

VII.

A nuestro arribo a Valparaíso se me siguió causa criminal, y al fin de dos meses fui sentenciado a muerte, sin que pensase en una inútil cuanto desdolorosa defensa. Debí salvar el honor póstumo de mi infortunada esposa, y lo salvé con mi absoluto silencio; le debía esta reparación, y espío en esta cárcel mi crueldad que ocasionó su muerte. Confesé llanamente que mi intento había sido matar a mi compañero de viaje. Preguntado: ¿porque motivo? me negé a dar una esplicacion satisfactoria, alegando que mediaban secretos de familia que no debía revelar.

Mas como aquel hombre no murió y los médicos certificaron de que salvaria, el Consejo de Estado me conmutó la condena en diez años de Penitenciaría.

Esta es mi historia, Hermógenes, y el por qué me encuentro en este sitio.

—Pero, señor, Vd. debió haberse defendido, exclamó Hermógenes conmovido.

—¿Cómo, y para qué? Comprenderá Vd. el desaliento que se apoderó de mi alma desde que leí la carta de Marcela, de Marcela mas desgraciada que criminal, a quien amaba apesar de todo y al traves de la fria losa que la cubria. Si con la esperanza de conservar una existencia que me era odiosa, hubiese publicado mi propia deshonra, habria sido un villano, sin que mi cobardía hubiera cambiado mi posicion; no se me habria comprendido, ni creído, ni hecho justicia. La sangre pide sangre, y mui lejano se encuentra el dia en que deje el hombre de exigir muerte por muerte.

—Y ese infame, señor, ¿qué es de él, cuál es su nombre?

—Ese hombre se encuentra aquí gozando de una alta posicion. Como es Vd. el único de su clase, querido Hermógenes,

que despues de tan largos años se ha ligado a mi por un interes verdadero, voi a decirle su nombre, para que si alguna vez lo encuentra Vd. en su camino, huya presuroso de tan venenosa criatura. Su nombre es Alberto N.

—¡Alberto el jugador! exclamó Hermójenes estupefacto. ¡Gran Dios! hasta cuándo sufres que ese jenio infernal hunda inocentes victimas en la miseria o en la infamia! Lanza tu rayo y hierre.....

—Ten tu maldicion, Hermójenes le interrumpió el anciano; la virtud perseguida y resignada es la sola digna de la piedad del Altísimo. Esperar! esperar! y mientras tanto que se haga la voluntad de Dios.

CAPITULO III.

LA SED DE ORO.

I.

En tanto que Hermójenes, sumerjido en la desesperacion, era sostenido y consolado con paternal ternura por el anciano de la Penitenciaría; en tanto que Carmela abandonada, jemía de angustia viendo a su hija marchar lentamente al sepulcro bajo el peso de una lastimosa enfermedad, careciendo aun de los recursos mas precisos para precurarle la salud; en tanto que Luisa y su padre, ocultándose mutuamente su dolor, por temor de aflijirse el uno al otro, observaban con espanto los funestos estragos que hacia el vicio del juego en los sentimientos y costumbres de Enrique: mientras todo esto sucedia, Alberto, elevado sobre su pedestal de jugador enriquecido, desafiaba con sonrisa sarcástica las maldiciones que le lanzaban sus víctimas y el rujido sordo que levantaba a su alrededor la sociedad.

Segun la voz pública, Alberto habia llevado su bárbara crueldad hasta perseguir al jefe de la familia Aramayo con un mandamiento de prision, hasta embargar los muebles y aun las ropas de Carmela, en los momentos mismos en que Hermójenes era puesto en la cárcel.

Mas ¿de qué no es capaz aquel corazon ávido de emociones, insaciable de oro y de venganza?

Bien quisiéramos encontrar en ese hombre alguno de esos rasgos que muestran de vez en cuando aun las naturalezas mas perversas, pero nada, ni aún una de esas pasiones terribles que impulsan y justifican hasta a los grandes criminales.

Alberto habia visto a la señora de Aramayo y la belleza de ésta le impresionó a su manera. En el extravío de sus pasiones él concibió la esperanza de que Carmela, sin fortuna y falta de brillo social, se nivelaria a él. Es verdad que este hombre no podia comprender cuál era la verdadera distancia que lo separaba de Carmela; no podia comprender que la delicada virtud de una mujer jamas va sujeta a las vicitudes de la vida ni a los acontecimientos materiales; no podia comprender que ese aroma celeste que perfuma el alma de la mujer, que la hace fuerte aunque débil, casta a la vez que amante, que ese puro aroma que, bajo el dulce nombre de virtud, recibe con el primer hálito que le da la vida, solo se estingue en ella con el último aliento que exhalan sus lábios.

Esto no comprendia el corrompido corazon de Alberto; por eso es que su espíritu viciado traspasaba aun el santuario de la infortunada matrona.

II.

En este instante se encuentra Alberto, despues de la comida, en su magnífico salón echado con abandono entre muelles almohadones. Adriano, cerca de él, recostado con enfática satisfaccion sobre una ondulante poltrona, aspira con delicia el humo de un rico habano que ha tomado del repertorio de Alberto.

—¿Con que la de Aramayo suele ir a ver a tu madre? dijo Alberto a su amigo.

Este, despues de arrojar una bocanada de humo y de seguir con la vista sus espirales hasta que se perdieron en el aire, contestó:

—Si.

—Hace tiempo que te he suplicado indagues y pongas en mi

conocimiento todo lo que concierna a esta familia.

—Nada he sabido digno de llamar tu atencion.

—Siendo amiga de tu madre, ya tú habrás trabado conocimiento con Carmela.

—Me huye como a Lucifer, y ademas nunca se detiene mas de diez minutos en casa. Pero, lo que sí es cierto es que desde que ella se ha ido a vivir a nuestro barrio, yo me descuido con mi pobre viejecita: la de Aramayo se ha constituido en su enfermera.

—¿La ves con frecuencia?

—No. Solo un dia la he contemplado a mis anchas. Acababa yo de entrar al dormitorio de mi madre cuando diviso a la linda vecina que atraviesa la calle mirando a todos lados cual paloma asustada. Como sé que me juzga su *cabrion*, me escondí en un retrete contiguo, desde donde podia verla sin ser visto.

La verdad ante todo Alberto. Debo confesarte que tenia instintiva distancia por esta orgullosa dama, astro que tú has eclipsado interponiendo tu gran sombra entre ella y el mundo. Habia juzgado a esta señora como son las que nacen ricas y hermosas, frívolas, vanas, dices sin ningun valor; pero esta mujer me ha hecho hacer las paces con todas las de su especie. Debo confesar, repito, que me ha engañado. Si hubieses visto, Alberto, aquella arrogante mujer servir a mi pobre paralitica con tanta ternura, mudarle la cama con albas sábanas que traia bajo los pliegues de su manteleta y arreglarle sus cabellos blancos con tanto cariño, te habrias sentido desarmado, Alberto, y habrias depuesto a sus pies tu odio y tu venganza. Has de saber que mi madre tiene la mania de quejarse de su hijo, de mi indolencia, como ella dice, del abandono en que supone la dejo; pues Carmela ¿lo creerás? me disculpaba como si hubiésemos sido íntimos amigos.

Asi que dió fin a su tarea de enfermera, Carmela se alejó radiante de satisfaccion, recibiendo en cambio un ¡Dios te lo pagará! junto con la mas ferviente bendicion de mi madre.

—¡Hola! ¡hola! parece que la enfermera te ha hecho efecto, exclamó Alberto, examinando a su amigo.

—A fé que desde ese dia, continuó Adriano, me siento tenta-

do de estorbar tus proyectos.

—¿Estás en tu juicio? ¡Oponerte tú a mi voluntad! ¡tú!... y Alberto soltó una sardónica carcajada que hizo palidecer a Adriano.

—No me opondré a tu soberana voluntad siempre que tú sepas portarte como caballero, ya que no como amigo, contestó Adriano acentuando la frase con intencion provocativa.

—¡No comprendo Adriano!

—Me explicaré Alberto.

III.

—Hace tiempo, continuó Adriano despues de mucho trepidar, que estoi dando al demonio con mi pobreza y con mi vida. Obligado en el dia a trabajar en casa de los Sres. N. y C.^a, bien a mi pesar, por que les debo; trasnochando en la tuya sin mas goce que el ver pasar delante de mí, como imájenes de óptica, los naipes y el oro que ansio por manejar y poseer; sufriendo la miseria en casa, viendo a mi madre gravemente enferma sin que yo pueda ausiliarla y oyendo solo de sus lábios quejas y reconvenciones; y lo que aun es peor, careciendo yo mismo hasta de una camisa limpia: ya ves que.....

—¡Cómo! le interrumpió Alberto entre sério y burlon, ¡con que me están dando envidia esos cuellos y esos puños tan bien cortados, tan!.....

—¡Mira! ¡mira!..... le interrumpió Adriano con impaciencia, y llevando con rabia la mano a sus cuellos los arrojó al suelo, y luego, abriendo con fuerza su levita, mostró a Alberto su pecho desnudo.

Alberto, que posee una de esas naturalezas que pescan el ridículo en las actitudes y situaciones mas serias, al ver la triste figura que mostraba Adriano, se sintió acometido de un acceso de risa tan ganoso y prolongado que por muchos momentos no pudo articular palabra.

Adriano, fuera de sí, exclamó con indignacion:

—I ¿a quién debo tan miserable estado? ¿quién ha viciado mi vida con la pasion del juego? ¿Quién ha vertido en mi alma el veneno de la colicia que me impide contentarme con el honesto

estipendio de un trabajo honrado? ¿Quién ha destruido mi porvenir de hombre de bien y manchado mi reputacion de sociedad? ¿Quién me sedujo con promesas mentidas, hasta forzarme con la amenaza de una acusacion criminal a robar, sí, a probar! y lo que es peor a secundar tus planes de venganza contra un jóven inocente, contra una familia desgraciada contra una matrona virtuosa y digna? ¿Quién si no tú! hombre funesto, ruin y mezquino, que crees haber satisfecho tus compromisos conmigo ofreciéndome un asiento en tu mesa y una.....

—¡Basta! exclamó Alberto con calma. Te he dejado hablar para que tu propia imprudencia me libre de tí. Me tienes cansado con tus exigencias. Eres insaciable e impertinente por demas. Tu presencia me es molesta. Concluyamos: sal de mi casa al punto; y al decir esto, Alberto mostró la puerta.

—Me arrojas de tu casa ¡cobarde! prorrumpió Adriano lívido y despechado.

Alberto se puso de pié exclamando con voz atronadora:

—Señor Adriano, sepa Vd. que a Alberto N. no se le ultraja impunemente. Salga Vd. de aquí si no quiere le haga arrojar de otro modo.

—Saldré señor Alberto. Me voi, pero sepa Vd. que el que esplota el bolsillo ajeno con naipes falsificados, el que me indujo a cometer un crimen, el que me arroja como a un villano, será pronto castigado como merece.

I esto diciendo Adriano se lanzó fuera del salon.

—Por fortuna no lo sabes todo, dijo Alberto luego que se vió solo, dejándose caer cual largo era sobre el sofá.

IV.

Una vez Adriano en la calle, el fresco de la noche enfrió su cerebro y, vuelto en sí, sintió todo el peso de la pérdida de ese hombre y de esa casa que se habian hecho necesarios a su bienestar y a su pasion por el juego.

—¿Qué imprudente he sido! exclamó echando a andar sin direccion. ¡Romper con Alberto! ¡He estado loco! ¡He procedido como un niño! ¡Privarme de los únicos placeres que puedo

proporcionarme sin dinero: una buena comida y una mesa de juego! ¿Qué va a ser de mí?

Mientras tanto Adriano habia llegado frente a su casa, se aproximó a la puerta, se detuvo; luego, echando otra vez a andar con paso acelerado, exclamó:

—¡No es aquí, no, donde debo buscar el desquite ni el descanso. ¡Pobre señora! Sé que tu placer es grande cuando me ves, pero yo sufro al verte en la miseria sin poder remediarlo.

Preciso es que tome una resolucion, que fije para siempre mi suerte.... Héme aquí en uno de esos momentos de crisis que deciden de la felicidad o de la desgracia de toda la vida..... Ya no puedo retroceder: o juego, o me suicido,.... Necesito dinero..... Solo el oro puede rescatar mi vida. ¡El oro! ¿Quién no cede a su irresistible poder? El me abrirá de nuevo las puertas que Alberto me cierra porque ya no soi para él mas que un jugador arruinado, una mina que él supo explotar con habilidad y que abandona por broceada. La fortuna es voluble y solo favorece al constante: en una hora de viento propicio puedo recuperar mi perdido patrimonio. Todo está en tener la primera base. Mas ¿quién me abre ya crédito, ni aunque ofrezca peso en onza por premio? ¡No hai remedio! dijo recapacitando en una idea fija. ¡Mi destino me arrastra; me abandono a su corriente. Quien salvó de cuatro, salvará de ciento..... ¡Adelante!

Adriano tomó por la calle *de Ahumada* y entró en casa de los Sres. N. y C.^a, penetró en el patio con aire resuelto; pidio a don Carlos K. la llave del almacen para sentar, segun dijo, en el libro de caja algunas partidas que se le olvidaron en el dia. Estraño pareció a don Carlos la aficion de Adriano al trabajo, pues aunque los otros dependientes solian a veces asistir de noche, jamas habia visto que Adriano lo hiciese; pero sin trepidar le dió la llave y dió aviso al patron:

El señor N. se levantó ajitado:

—Aguarde Vd., le dijo, a K. espere un instante, y salió precipitadamente de la pieza.

No demoró cinco minutos cuando el Sr. N. se presentó de nuevo acompañado de uno de sus socios, y diciendo a don Carlos K. que les siguiera, se dirigieron todos tres al almacén por una puerta escusada. Para llegar allí era preciso atravesar por las habitaciones del señor N. Durante el tránsito, éste explicó a los jóvenes, que le seguían sin comprender su intento, cuáles eran sus sospechas contra Adriano y los numerosos motivos que tenía para creer que en el libro de caja sentaba aquellas partidas falsas. Luego que llegaron, el señor N. se adelantó y abrió la puerta sin hacer el menor ruido.

El almacén era espacioso. Al extremo opuesto se encontraba el escritorio guarnecido por una reja de madera. Dentro de este círculo se alzaba la caja de los señores N. y Ca. de que tanto se había hablado un año atrás. El corazón de los tres latía con fuerza. Desde luego les costó trabajo distinguir los objetos, porque la luz con que Adriano se había alumbrado era débil y, chocando contra los bultos y cajones, esparcía sobre todo el contorno una sombra de mal agüero.

Adriano se encontraba de pie ante el escritorio. Los recién llegados, por temor de ser sentidos, no habían aun podido colocarse de modo que pudieran percibir lo que Adriano hacía. Avanzaron lentamente y lograron con éxito hasta llegar ponerse tras de unos cajones, a poco pasos de aquel desgraciado. Este tenía la mirada fija en el libro de caja que yacía sobre la mesa.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, Adriano murmuraba palabras ininteligibles. Cerró luego el libro, lo puso en su sitio, sacó una llave de su bolsillo y se dirigió a la caja. Abrióla sin vacilar, diciendo:

—Lo que es esta vez, Alberto, no sacaré para tí, no, no.....

Asombrosa era la calma que se notaba en aquel hombre. En este supremo instante, si alguno se hubiese interpuesto entre él y el objeto de su codicia, de seguro lo habría sacrificado: tal era la sombría resolución que se revelaba en su ceñudo y contraído semblante y que se traslucía en sus rápidos y desordenados mo-

vimientos. Los tres asaltantes se miraron de súbito uno a otro con sorpresa: habian oido perceptiblemente gran ruido de oro..... ¡Así es como se suben, desde una mesa de juego, los escalones del crimen hasta tocar el patíbulo!

Adriano cerró la caja, tomó la luz y su sombrero, y se dirigió a la puerta. Ya era tiempo. El señor N. y sus compañeros se arrojan sobre él. Adriano, sorprendido, se precipita ácia la puerta, pero él mismo le habia puesto llave por dentro. El jóven K., intrépido y vigoroso, le coje por el cuello y lo postra en tierra.

Poco despues, el ratero era entregado en manos de la policia que le hizo marchar en el acto a la cárcel. Al pasar por frente de la casa de Alberto, calle *del Estado*, que vió iluminada con profusion, el preso estendió su brazo ácia ella diciendo:

—Maldito seas, *marques del tapete*, Satanás del vicio! Reposa confiado en tu feliz estrella; apura, apura los placeres del juego con que explotas y precipitas a la inesperta juventud: ¡tu hora se acerca! ¡Tú me has arrastrado al crimen, yo te arrastraré al abismo.

CAPITULO IV.

LOS DOCUMENTOS FALSIFICADOS.

I.

Mientras esta escena tenia lugar en el almacen de los Sres. N. Ca., en la misma noche y a la misma hora, un individuo, de aspecto sospechoso, envuelto en una larga manta cari, cubierta la cabeza de un sombrero aleton de paja gruesa, y armado de un enorme baston de madera de álamo, golpeaba la puerta de la casa de D. Juan Alvarez.

—¿Está tu señor? preguntó al mozo que se presentó.

—¿Qué se ofrece? contestó éste lleno de desconfianza.

Nuestro hombre le entregó una carta y esperó. Pocos momentos despues volvió el sirviente diciendo:

—Puede Vd. entrar, sígame.

D. Juan recibió al recién llegado con cariño, y doblando la

carta que acababa de leer, le dijo:

Hermógenes es para mí muy querido y tendré satisfacción si puedo servir a Vd. en algo.

El desconocido se inclinó diciendo:

—Doi a Vd. las gracias, señor, tanto mas, cuanto que lo que Vd. haga por mí, será para el bien del Sr. D. Hermógenes.

—Desgraciadamente, agregó D. Juan, nada es posible hacer por este infortunado.

—Creo como Vd.: la desgracia de mi amigo es irreparable, continuó el desconocido, y es por eso que mi interés por ese noble jóven no tiene límites. Es por eso que he abandonado mi retiro y suplicádole me dirija a una persona de su confianza, porque espero poder asegurar su porvenir y el de su familia.

D. Juan miró a su huésped con asombro, mas éste continuó sin hacer alto en la impresion de D. Juan.

—Por mí solo nada podria hacer. Soi extranjero y desconocido aquí, y bastaria la pobreza de mi aspecto para que se me tomase por un impostor o un loco. Me es necesario, para el buen éxito de mi proposito, apoyarme en una reputacion venerada, y ese apoyo me lo ha proporcionado D. Hermógenes dándome esa carta de recomendacion para Vd.

—Estoi a sus órdenes, contestó D. Juan, puede Vd. hablar.

II.

El desconocido guardó silencio para coordinar sus ideas, y luego dijo:

—Hace doce años a que tengo en mi poder unos documentos que representan una suma de treinta mil pesos. Esta cantidad la entregué para poner en salvo el honor de un hombre y librarlo de un castigo ignominioso, pues esos documentos son falsificados. Este individuo se halla en posicion de recoger estos papeles; pero como para mí es un hecho, que si me presento en su casa con esta demanda, formaria las mas inícuas intrigas para desacirse de su compromiso y de mí mismo, quiero hacerme pagar judicialmente.

—El asunto es grave, contestó D. Juan, pues de la discrecion de Vd. depende la reputacion de esa persona.

—¡Oh señor! Ese hombre no merece que se trepide entre él y el bienestar de la familia de D. Hermójenes. Por otra parte, sé que es él mismo quien ha reducido a la indijencia a las personas para quienes destino esta cantidad.

Esto diciendo nuestro hombre, puso a un lado su baston y sacó de los bolsillos de su chaqueta unos papeles amarillentos por la presion de los años y se los presentó a D. Juan, quien, despues de pasar la vista por ellos, se levantó sorprendido esclamando:

—¿Será posible! ¿Rudecindo San Roman es Vd? ¿Alberto N. es el falsificador?

—Servidor de Vd., dijo San Roman, parándose a su vez.

—¡Coincidencia estraña! Soi yo mismo quien ha ido a casa de Vd. en Méjico, persiguiendo a Alberto por esta falsificacion.

—¿El doctor Alvarez?

—Yo mismo.

—¡Loado sea Dios! exclamó San Roman con voz conmovida. I las manos de estos dos ancianos se estrecharon por un movimiento tan tierno como espontáneo.

III.

—No sabia yo que estuviese Vd. en Chile, dijo don Juan, pasada que fué la primera impresion.

—No ha podido Vd. saberlo, porque al llegar aquí, obligado por acontecimientos fatales, cambié mi nombre verdadero por el de *Pablo Aldao* y despues he permanecido diez años y medio en la Penitenciaria. ¡Cuán estraño no le parecerá a Vd. ver al San Roman que conoció en Méjico salir hoi de una cárcel en Chile!

—No, dijo D. Juan, ningun acontecimiento por estraño que parezca, me puede ya sorprender. El pobre Hermójenes, añadió suspirando, me instruye en su carta de las desgracias de Aldao, su recomendado.

—Pobre de él, tiene Vd. razon, pensemos solo en él; tan solo por ese infortunado, cuyas palpitaciones de dolor han hecho es-

tremecer mi corazon, he podido yo quebrantar mi propósito de vivir apartado del mundo; mas era preciso derramar en su alma esta única satisfaccion y hacer por él el sacrificio de atacar a Alberto N. ante los tribunales, a fin de ofrecer a la esposa y familia de D. Hermójenes un auxilio en su miseria y una lijera indemnizacion de los males que aquel les ha inferido.

—Noble mision es la que Vd. se propone: jamas se habrá acudido tan a tiempo al encuentro de la desgracia! Mas, ¿conoce Vd. bien al hombre con quien tiene que luchar? ¿Sabe Vd. que sus hazañas en Méjico, sus correrías en el Perú, son nada en comparacion de los males que causa su viciada atmósfera en esta sociedad todavia incauta? ¿No sabe Vd. que es hombre que no retrocederá ante ningun crimen para anonadarle?

—¡Pluguiera al cielo que no me fuese tan conocido! ¡No le temo! ¡Desgraciado de él! Solo mi presencia bastará para confundirle! ¡Que goce todavia esta noche en su impunidad! Que crea que murió San Roman en la Penitenciaría, que yo mañana romperé mi sudario y me presentaré contra él, con estos papeles, ante la justicia humana, esperando el dia en que pueda presentarme ante el tribunal de Dios pidiéndole cuenta de los dolores de mi alma y de la desgracia de toda mi vida.

San Roman se levantó: sus ojos despedían chispas fosfóricas y su larga barba temblaba como estremecida a impulso del huracan.

D. Juan conmovido por la agitacion dolorosa que se traslucía al traves de aquella imponente figura, le dijo con bondad y marcado interes:

—Cálmese Vd., siéntese y hágame comprender el enigma que para mí encierran sus palabras. ¿Qué herida tan profunda ha abierto ese hombre en su alma, que no han bastado doce años trascurridos para cicatrizarla? ¿Cómo es que aquella acción, tan noble como humana, que le vimos hacer para con él le ha producido tan amargos frutos? Mas, ¿de que no sería capaz esa alma pervertida, ante la cual se estrella todo lo que existe de bueno y santo?

—Veo que Vd. le conoce bien, murmuró San Roman con voz sorda.

—¡Oh sí! Le conozco bien, contestó D. Juan con dolorosa expresion. El ha amargado mis últimos días; él me ha quitado la esperanza de morir tranquilo; él, atraído por esa sed de oro y por ese instinto maligno que le es peculiar, vició el corazón de mi hijo político, joven inesperto que ha perdido en casa de ese jugador, no solo su fortuna y la de su mujer, sino su buena reputacion y su crédito y con ello el porvenir de su familia. Comprenderá Vd., San Roman, mi tormento al ver al esposo de mi hija en estrecha amistad con este infame, conociéndole yo tanto, como Vd. sabe. ¡Oh, bien seguro está él de que Juan de Alvarez no abusaria de su secreto señalándolo ante la sociedad como falsificador de firmas!

—¡Mas, el día ha llegado! añadió San Roman, la justicia del cielo ha guiado mis pasos hasta Vd. y confio no será en vano.

—Si, amigo, cuente Vd. con mi mas decidida proteccion. Mas, dígame Vd. ¿por que extraño suceso se vió precisado a dejar a Méjico, cambiar de nombre en Chile y pasar tantos años en prision?

San Roman refirió entonces a D. Juan la mayor parte de sus desgracias, de las que Alberto era el solo causante.

IV.

—¡Oh! exclamó D. Juan, despues de haber escuchado con profunda emocion los infortunios del buen anciano. ¿Por qué nos impidió Vd. que entregásemos a la justicia a ese perverso el día en que, mal inspirado Vd. por una funesta compasion o engañosa amistad, pagó por él esos instrumentos de un segundo crimen, esos documentos que patentizan en Alberto N., no solo el delito, sino el hábito en la falsificacion? ¡Oh! quién hubiese tenido en ese entonces mas íntimas relaciones con Vd. para haberle dicho arroje Vd. a ese joven de su lado; él lo engaña mostrándole una falsa amistad, porque Vd. es rico; él se muestra en su presencia revestido de las mejores cualidades, pero su vida es el garito y su oficio la falsificacion. Sin duda Vd. ignoraba entonces que no era la primera vez que a este hombre se le perseguia por igual delito. Otra ocasion estuvo en los dinteles del tribunal por ha-

ber falsificado, en letras de poca cantidad, la suma de veinte mil pesos; pero lo mas admirable fué que, cuando todos creian perder su dinero sacando por único provecho castigar al culpable, éste llama con misterio a los dueños de las letras y les paga suplicándoles no lo pierdan.

—¡Qué oigo! ¡Veinte mil pesos ha dicho Vd.?

—Sí.

—Pues esa es precisamente la cantidad de la primera sustraccion de que acabo de hablarle. ¡Recuerdo fatal!... ¡I nada puedo hacer para castigar su crimen!..... ¡Ese miserable se halla escudado por la sagrada memoria de una mártir!.....

I el noble anciano se replegó en un solemne silencio, y despues de un corto intervalo se levantó diciendo:

—Necesito ver al juez..... me ahogan los recuerdos..... Por favor, señor Alvarez, ahora mismo.....

—Vamos, se apresuró a contestarle D. Juan.

I ambos se dirijieron precipitadamente a la casa habitacion del juez del crimen.

CAPITULO V.

ALBERTO EN PRESENCIA DEL JUEZ.

I.

Al día siguiente por la mañana, Adriano, en presencia del juez, hacia su declaracion sin pretender defenderse. Sea debilidad de carácter, aturdimiento de espíritu, cansancio de la vida o indiferencia por su suerte desde que ya se veia perdido para la sociedad, lo cierto es que Adriano, en actitud humilde, solo se ocupaba en pedir induljencia para él en premio de su espontánea revelacion. El señor N., que habia oido estas palabras de Adriano en el acto de cometer el robo: «*Alberto, esta vez no sacaré para tí,*» puso este hilo en manos del juez.

Interrogado el reo por el majistrado sobre si era cierto este hecho, y obligado a esplicar el sentido de aquellas palabras, con-

testó ser verdad lo que su patron decia, pero que esas palabras se le habian escapado maquinalmente, sin intencion ni objeto. Amenazado sériamente por el juez de que si ocultaba sus cómplices o lo sorprendia en reticencias o contradicciones, lo trataria como a un reo vulgar y en caso necesario le aplicaria las severas admoniciones que se practican para obtener la plena confesion de un ratero, Adriano se apresuró a decir que las palabras cuyo sentido se le ordenaba explicar, se referian a una sustraccion anterior de treinta y dos mil pesos, hecha por él en casa de los señores N. y Ca. con ayuda y a instigacion de Alberto N., de la que este habia esclusivamente aprovechado haciéndose pago con esa suma de una deuda de juego que él tenia contraida con Alberto; que éste habia formado el plan y arreglado las cosas de tal modo, que todas las sospechas recayesen sobre don Hermójenes de Monrion, entonces cajero de la casa; que él no habia sido mas que un simple ejecutor del plan que aquel le trazó y obligó a consumir por medio de amenazas.

Preguntado cómo fué ejecutado ese plan, dijo:

—Que Alberto habia mandado hacer llaves falsas para abrir el cuarto y cómodas de don Hermójenes bajo el modelo en cera de las chapas que el confesante sacó; que con ellas penetró en ese cuarto, abrió y colocó en las cómodas unos dados y 800 pesos dentro de un bolsillo de señora y 2,000 pesos dentro de un escritorio pequeño, y esto con el fin de comprobar las sospechas que sobre don Hermójenes habia él tratado de infundir en sus patrones. Que en virtud de estas sospechas sujeridas, se habia ganado la confianza del Sr. N. y se habia hecho dar por él autorizacion para mandar hacer una llave y abrir el cuarto de don Hermójenes a fin de verificar esas sospechas; que esta idea se la habia apuntado Alberto despues de cometido el hurto, con el fin de resguardarse con esa autorizacion contra los cargos de la justicia en caso de un mal éxito.

Asi mismo confesó Adriano haber sacado pequeñas cantidades que habia jugado y perdido en casa de Alberto N.

Tres horas duró el interrogatorio de Adriano, confesando en éste hasta los menores detalles de aquel robo. Concluido este acto, ordenó el juez fuese conducido el acusado a la prision, man-

dando que se prendiese a Alberto y lo condujesen a su presencia.

II.

Aunque se sabía en todos los círculos de la sociedad lo ocurrido en la noche anterior en casa de los señores N. y Ca., Alberto no sabía nada; y no podía ser de otro modo desde que le acontecía las mas veces hacer de la noche dia, y del dia noche.

Asi es que cuando se presentó en su casa la visita policial, él dormia tranquilamente.

Sorprendido de pronto, Alberto, cuando fué avisado de que le buscaban jendarmes, pasó luego de la sorpresa al temor, recordando la ira y las amenazas de Adriano. Mas ¿qué podía temer, se decia, de un hombre que tenia que acusarse primero a sí mismo para perderle a él?

Mientras se vestia, pasaban por su imaginacion, cual fatídicas sombras, Carmela y su marido, Enrique y Hermójenes, y tantos otros a quienes habia despojado ya de sus bienes, ya del honor o de la felicidad. Asi que estuvo vestido, mandó que aprontasen su carruaje y se sentó a tomar el desayuno con aparente tranquilidad; hizo llamar a uno de los oficiales que esperaban fuera para indagar el objeto de la citacion, que tanto deseaba saber; pero en vano, porque aquel hombre no sabia mas que él. Convencido, pues, Alberto que el mejor y único partido que le restaba, era marchar pronto con sus atentos huéspedes, subió a su carruaje, gritó a su cochero como si se tratase de ir al campo de Marte: “cuartel de policia,” y partió seguido de tres jendarmes a caballo.

III.

Alberto entró a la sala judicial con talante airoso y risueño, y saludando cortesmente al majistrado, le dijo el primero:

—Al instante que se me dijo que Su Señoria deseaba hablarme, me he apresurado a ponerme a su disposicion.

El juez, que habia continuado escribiendo, despues de un largo rato alzó los ojos y de súbito se dirigió a nuestro héroe diciéndole:

—¿Es Vd. don Alberto N?

—Sí, señor.

—¿Cuál es su profesion ?

—Capitalista.

—¿Conoce Vd. a don Adriano P.

—Perfectamente.

—¿Tiene o ha tenido alguna especie de negocio con él?

—Nunca. Mas, quiero saber para que nos entendamos, ¿de qué se trata, señor?

El juez, sin hacer alto en la interpelacion de Alberto, continuó:

—¿No ha sido Vd. acreedor de don Adriano alguna vez?

Alberto, trepidando, contestó:

—Efectivamente, ahora recuerdo, me debió en un tiempo, mas eso quedó cancelado.

—¿En qué época se hizo esa cancelacion?

—No lo recuerdo.

—Recuérdelo Vd., señor, le dijo el juez con severidad.

Alberto, recapacitando:

—Creo que en setiembre del año pasado.

—¿Cuál es la cantidad de esa cancelacion?

—¡Oh! en cuanto a números, no puedo retenerlos. Comprenderá Vd., tantos me deben y.....

—Poco ha decia Vd. que nunca habia tenido negocios con don Adriano P.; despues ha recordado que Vd. fué en un tiempo su acreedor; en este instante no tiene la suma en su memoria ¿Podria Vd. explicarme ahora, de qué negocio procedió esa acreencia?

—No lo recuerdo, señor.

—¿Tampoco recuerda Vd. que en octubre del año pasado se siguió un proceso ruidoso por un hurto hecho en casa de N. y Ca., del cual se acusó a don Hermógenes de Monrion?

—Es verdad.

—¿Sabria Vd. entonces que don Adriano P. figuró en ese proceso como testigo o delator?

—Algo de eso llegó a mis oidos por la voz pública.

—¿Sabe Vd. qué negocios tiene o ha tenido don Adriano?

—Dependiente y despues cajero de la casa N. y Ca.

—La coincidencia de fechas entre la cancelacion de su crédito y el hurto de la casa N. y Ca. por una parte, y, por otra, la imposibilidad de que un simple dependiente obtenga, de un momento a otro, la suma para cancelar una fuerte acreencia, son motivos bastantes para que Vd. hubiese sospechado de la procedencia del dinero con que don Adriano pagó su deuda, y estas consideraciones le hacen a Vd. responsable del delito como ocultador del hurto, porque es don Adriano el autor confeso de aquel robo.

—Si por simples coincidencias de fechas, si por presunciones que nada significan, fuese un majistrado a hacer responsable a un hombre honrado de un hecho infamante, ¿quién, señor, estaria fuera del alcance de la calumnia o de la venganza?

—Pasemos, pues, de las presunciones a los hechos: hai fundados antecedentes para creer a Vd. instigador del hurto cometido un año há en casa de N. y Ca.

—Falso, señor.

—Aun mas: se acusa a Vd. de haber mandado hacer llaves para preparar el robo y distraer a la justicia del descubrimiento de los verdaderos autores, haciendo que las sospechas recayesen sobre un jóven inocente.

—Falso, señor.

—Se sabe tambien que su mayordomo, un tal José Brito, llamó por su órden al herrero Rosauro Poblete, a quien Vd. mismo dió el molde en cera de las chapas, y que éste hizo las llaves de que despues se sirvió don Adriano para la ejecucion del plan que Vd. le trazó.

—Falso, señor.

—Pues bien, mientras que Vd. no desvanezca estos cargos, o en tanto que se reciban las pruebas correspondientes para convencerlo de la complicidad en ese hurto, permanecerá Vd. en esta cárcel en calidad de detenido.

—¡Yo, preso como cómplice de un hurto! Señor juez, Vd. no conoce quién es Alberto N., cuando así lo confunde entre los bandidos que habitan este lugar.

—La justicia no conoce personas, solo vé los hechos e indaga el crimen.

—Pero, señor, mientras no existan contra mí pruebas positivas, no se me debe infamar por simples presunciones; por lo menos que se me dé mi casa por cárcel, doi mi palabra de honor.....

—Basta. El interrogatorio está terminado.

En seguida el juez tocó la campanilla y dijo:

—Que se conduzca a don Alberto N. a la prision.

IV.

En el momento en que los guardias entraron para ejecutar esta orden, se presentó en la sala judicial un individuo, a quien el juez sin duda reconoció, porque al verle exclamó:

—¡Ah! lo habia olvidado.....

El recién llegado dijo:

—Suplico al señor juez me conceda audiencia y ordene que Alberto N. se detenga y me escuche.

Alberto miró con estrañeza a este pobre personaje que así lo tuteaba, y dijo:

—¿Quién es este hombre? ¿Aun otra farsa?

—Hable Vd., buen hombre, le respondió el juez con benevolencia.

—¿No me conoces? prorumpió el desconocido con un acento que resonó en los cuatro ángulos de la pieza, aproximándose a Alberto. El tiempo, sin duda, ha cambiado mucho mi aspecto, cuando tú, Alberto N., no conoces a Rudecindo San Roman.

—¡San Roman! repitió Alberto retrocediendo dos pasos. ¡Imposible! San Roman murió en la Penitenciaria.

—¡Murió para tí, mas no para la Justicia eterna!

Alberto miró a su alrededor, vió a pocos pasos una silla y se dejó caer en ella como desfallecido.

—Alberto N., hoy me presento a tí, no ya como a bordo de la *Mejicana*, a lavar mi afrenta con arma en mano; no, vengo armado de la verdad a pedir a la justicia el castigo de tus crímenes en nombre de la inocencia ultrajada.

—¿Qué dice este hombre? murmuró Alberto.

—¡Y lo preguntas! ¿No sabes quién soi?

—No: exclamó Alberto, poniéndose de pié y recobrando toda su entereza; no, anciano, jamas te he visto.

—Y yo te conozco tanto que sé hasta el sitio donde guardas tu cicatriz, y San Roman indicó el pecho de Alberto; tanto que puedo referir una a una las inícuas hazañas de tu vida, he aquí una prueba de ellas; y diciendo esto, entregó al juez un rollo de papeles. Estos, señor juez, son documentos falsificados por este hombre, y hoy pido que una sentencia infamatoria arranque la careta al traves de la cual este caballero de industria explota o seduce la inocencia, y reclamo de él la suma que dí para librarlo del golpe de la lei.

—¡Mendigo impostor! exclamó Alberto con voz entrecortada; tú eres pagado, miserable, dí ¿quién?....

—¡Silencio! respeto al lugar: exclamó el juez echando sobre Alberto su severa mirada, y despues de examinar los papeles con detencion, preguntó a San Roman:

—¿Ha venido con Vd. el señor Alvarez?

—Sí, señor.

Aunque el juez del crimen habia sido informado en la noche antes por don Juan y el mismo San Roman de toda la historia de este último y del oríjen de aquellos documentos, preciso le era seguir en todo las fórmulas que debian producir la evidencia judicial en contra de Alberto. El juez tocó la campanilla, y el señor Alvarez se presentó. A la vista de don Juan se desalentó Alberto creyéndose por un momento perdido; pero este hombre se avergonzaba mas de su debilidad que de sus crímenes: asi es que, reponiéndose al punto, se preparó a arrostrar los golpes de sus enemigos. Largo y sostenido fué el debate.

El señor Alvarez instruyó al juez de todas las incidencias de la falsificacion, que tan bien conocia, como que su propia firma aparecia falsificada en esos documentos.

Alberto, con arrogante entereza, tomó la única defensa que le quedaba.

—Las leyes de Chile, dijo, no pueden juzgarme; nadie tiene

derecho para pedirme cuenta de los hechos pasados, años há, en una república estraña. Protesto, señor, contra tamaño abuso.

San Roman, a su vez, dijo:

—Indáguese desde luego el crimen, y, a su tiempo, el juez sabrá la lei que debe aplicar al delincuente. El juez resolverá, si la falsificacion es o no uno de esos delitos escepcionales que están fuera del derecho de las naciones, y si el falsificador es o no uno de esos criminales parias a quienes la humanidad no concede ni asilo ni fuero de lugar.

El majistrado dió fin a esta escena ordenando que se levantase una indagatoria sobre esos hechos, por lo que ellos pudiesen importar al conocimiento y costumbres del cómplice de Adriano, mandando que Alberto fuese puesto incomunicado.

V.

En este momento se dejó sentir hácia la puerta un rumor de voces.

—Repito a Vd., señora, que en este instante no se puede ver al señor juez.

—Déjeme Vd. entrar, solo una palabra y me retiro; y al decir esto apareció una mujer en el dintel de la sala.

—¿Qué es eso? ¿Qué se ofrece? ¿Quién es Vd? exclamó el juez dirijiéndose a la señora, que se habia quedado petrificada a pocos pasos de la puerta sin atreverse a avanzar ni a retroceder.

La presencia de Alberto y el tono ríjido del juez desconcertaron de tal modo a la recién venida, que le fué imposible articular palabra y solo contestó echándose hácia atras el velo que le ocultaba el rostro.

—¡Fatalidad! exclamó Alberto, y se apresuró a seguir a sus guardias para ocultar en un calabozo la humillacion que le causaba la presencia de esa noble dama.

—¡La señora de Aramayo! exclamó sorprendido don Juan, apresurándose a ofrecerle su proteccion.

—¡Qué feliz encuentro! murmuró Carmela echando a don Juan una mirada reconocida. Por favor, no me desampare Vd. hasta salir de aqui; y sintiéndose así apoyada y libre ya de la

vista de Alberto, recobró todo su valor y dijo al juez:

— Señor, se me ha asegurado que la justicia ha descubierto los autores del robo hecho ahora un año en la casa de N. y Ca., y no pudiendo dominar mi ansiedad, he venido a saber la verdad a su fuente.

— Vd., señora, es.....

— Soi madre política de don Hermógenes de Monrion.

El majistrado miró sorprendido a Carmela: habia creído hablar con la esposa de Hermógenes.

— Tome Vd. asiento, la dijo mostrándole un sofá. Le han dicho, señora, la verdad: todo se ha descubierto.

Tanto el exceso del placer como el exceso del dolor embargan la voz, paralizan las facultades, y causan un aturdimiento indefinible. Esto es lo que pasa en el alma de Carmela que está muda, sin aliento y con la vista fija en los lábios del juez, temblando oír de ellos otra palabra que destruya los efectos de las que ya ha pronunciado. Por fin, saliendo Carmela de su enajenamiento, exclamó elevando al cielo sus ojos:

— ¡Gracias, Dios mio! ¡Es esto cierto?

Y diciendo esto, ocultó la cara entre sus manos. Un copioso llanto siguió en pos de este grito del alma, como la lluvia tras del rayo.

El juez, que habia dejado de serlo para mostrarse hombre sensible y humano, cambió con don Juan una mirada espresiva y simpática que queria decir: “¡le hará bien ese llanto!” y en seguida la dijo:

— Cállese Vd., señora, y no abrigue la menor duda: su hijo quedará libre y su nombre rehabilitado.

— ¡Gracias, señor, gracias! Mas una felicidad tan inesperada me hace dudar de todo. He sufrido tanto, he sido tan desgraciada que tiemblo.....

— Hoi ya no, Carmela, dijo don Juan con persuasivo y cariñoso acento; nada tiene Vd. que temer, sus desgracias han concluido para siempre. Vaya Vd., pobre madre, y con reprimido placer prepare a Valentina para tanta felicidad, que yo quedo aqui para instar al señor juez por que se omitan o abrevien las

formas judiciales que deben producir la libertad del inocente. La justicia le debe una reparacion: que ella comience, pues, a otorgársela con la omision de sus trámites. Asi lo espero.

San Roman, que desde la entrada de Carmela, a quien veia por la primera vez, habia seguido, desde luego con interes creciente y despues con profunda emocion, todas sus actitudes, todas sus palabras, todas sus impresiones, le dijo:

—Yo que he sido el confidente de las íntimas angustias de ese mártir; yo que le he sostenido en esas crisis terribles en las que, atormentado por el sentimiento del honor, aspiraba al suicidio y desesperaba de la justicia del cielo; yo que he asociado mi vida a su vida, mis penas a sus penas; yo, señora, siento hoy como mia la inmensa felicidad de su hijo. Demos gracias a la Divina Providencia que así, en medio de las tinieblas de la adversidad y de la duda, envia una luz al justo para afirmar su fé y sostener su conciencia en las tribulaciones de este mundo. Mi inútil vida, señora, pertenece a Vd. como a su hijo, y vuelo a abreviar las horas de su suplicio comunicando la fausta nueva al pobre encarcelado.

—Gracias, jeneroso amigo: sé los detalles de su noble vida; sé cómo la desgracia inculpable ha simpatizado e intimádose con la inocencia calumniada. Acabe su obra y como segundo padre de mi hijo, apresúrese a llevarle y darle a beber, pero con cautela, el cáliz de su súbita dicha. Confio en su prudencia y mas que todo en su cordial amor por mi hijo querido.

El juez, que durante esta escena no habia podido librar su alma de ese contajio de nobles emociones y que sentia un secreto placer en dejar que en el templo de la justicia se regocijase la virtud oprimida y dirijiese acciones de gracias al Dios de los buenos por la rehabilitacion de la inocencia, el juez, en el entretanto, escribia sin levantar cabeza, como indiferente a cuanto le rodeaba, pero en realidad ocultando la emocion que se transparentaba en sus ojos. Asi que terminó, tocó la campanilla y entregó al oficial de guardia un pliego cerrado. Carmela, que seguia con gran ansiedad todos los movimientos del juez se atrevió a preguntarle con timidez:

—¿Qué contiene ese pliego, señor?

—¡La libertad de don Hermógenes de Monrion! respondió el majistrado.

Y la pobre madre, así sorprendida, no pudo espresar con palabras su íntimo agradecimiento, porque los sollozos le embargaron su voz, y sostenida por el señor Alvarez, dejó la sala arrojando sobre el juez una de esas miradas de Dolorosa, en las que va, con el alma, la espresion de la mas sentida gratitud.

CAPITULO VI.

LA LIBERTAD.

I.

Carmela regresó a su casa loca de alegría.

—¡Oh, qué bueno es Dios! decia para sí, mientras atravesaba las calles. ¡Qué bien dispone de nuestros destinos! ¡Cómo sabe sacar de la mas penosa situacion el mas puro placer! ¡Quién me diria que para mí habia aun tanta ventura! ¡Valentina mia, hija adorada, cuánta va a ser tu dicha! Mas es preciso prepararle para que la alegría no acabe de trastornar su débil cerebro; y Carmela, con paso apresurado y haciendo estas y otras reflexiones, penetró en su casa.

En el zaguan encontró un especie de arriero con chamalto largo y sombrero maulino que le esperaba rato hacia para poner en sus manos una carta que traia de lejos. Al tomarla notó Carmela que estaba cerrada con lacre negro: la abrió sin saber aun qué presentir. Para abreviar su angustia buscó la firma, y solo encontró al pié un nombre desconocido. Carmela leyó entonces con mas ahinco.

“Talca, noviembre 13 de 185....”

“Mui señora mia: con profundo sentimiento cumplo con el triste deber de poner en noticia de Vd. una lamentable desgracia. Su señor esposo, don Pablo Aramayo, ha dejado de existir ayer a las ocho de la mañana, despues de recibir los auxi-

lios de nuestra religion. Aunque se resiste mi mano a trazar estas líneas, debo, sin embargo, satisfacerla por completo, y enterar a Vd. de los tristes pormenores que han precedido a su muerte. Ante noche se dirigió su esposo, como tenia de costumbre, a una especie de fonda, donde se reunen secretamente a jugar toda clase de personas. Habiendo ganado, el señor Aramayo se retiraba mas temprano que de ordinario, cuando de repente lo asaltan tres hombres, y lo acosan con tan fuertes golpes que lo dejan al instante sin vida. Estos desalmados eran de los mismos jugadores de la fonda que, viéndose perdidos y sin desquite, tomaron a don Pablo la delantera, y en las desiertas y oscuras calles de esta ciudad, pudieron impunemente asesinarle y robarle su dinero. Sobrevivió algunas horas, pero no ha podido hacer disposicion alguna, porque una fiebre cerebral lo acompañó hasta su último suspiro.

“Durante el delirio solo veia mesas de juego y compañeros de partida; no hablaba mas que del oro que en un tiempo habia perdido, del que pensaba ganar, y sobre todas estas fantasmas de la fiebre, dominaba la idea fija de un señor Alberto que parecia atormentar su último instante.

“No me detengo en otros detalles porque comprendo, señora, que mis palabras han de penetrar como dardos de fuego en su corazon. Solo la religion alcanzará a calmar su justo sentimiento

“Asi lo desea su S. S. Q. B. S. P.

Carlos Pantoja.

“P. D.—Le incluyo la cuenta de los gastos de entierro, quedando aqui a su disposicion el reloj del finado.—*Vale.*”

Carmela leyó esta carta sin hacer una sola esclamacion. Sin interrumpirse un instante, apuró hasta el final la hiel que ella le brindaba. Aunque esta infortunada criatura viese en ese trágico fin la consecuencia de los estravios de su esposo; aunque ella y su hija fuesen las víctimas inocentes de su vicio fatal, nunca el generoso corazon de Carmela habia visto en él sino al esposo perseguido por la desgracia; y hoi solo ve en él al padre de su hija

que da el último suspiro en una miserable taberna, sin tener a su lado una mano amiga que le cierre sus ojos. Ella dobló la carta y la puso en su seno; miró a su alrededor y tampoco encontró una mirada, un corazón donde ocultar su pesar, creyéndose mas so'la, mas desamparada que antes. En seguida se dirigió a su cuarto y se encerró a ahogar sus amargas reflexiones y a ocultar dentro del pecho su dolor mudo como la tumba, pero agudo y penetrante como el frío de la muerte.

II.

Valentina en tanto, mas feliz que su madre, reposaba en esa paralización del espíritu agotado por fuertes sacudimientos. La pobre niña solo veía a lo lejos un cuadro fantástico en el cual divisaba a su amante enviándole el último adiós entre los guardias de policia; solo tenia oídos para escuchar su acento que le decía: “Valentina mia, te amo!” y aun esta voz simpática pasaba tan rápida que con frecuencia se preguntaba si era todo un sueño. Luego despues quedaba sin pensar ni oír nada, trasformada en una bella estatua animada solo por esa lei de naturaleza que nos condena a vivir aunque cada latido del corazón sea un golpe mortal.

Pasó la luz del día para la familia de Aramayo, de ese día mas sombrío que los otros.

Valentina privada de los consuelos de su madre, preguntaba de vez en cuando por ella: mientras que ésta encerrada, devoraba su nuevo dolor.

Horas hacia que la jóven permanecía en su cuarto sentada junto a la puerta mirando al patio. Allí no estaba ya el jardín de la quinta embalsamando el ambiente, ni sus canarios trinando a porfía para distraerla, ni estaban sus hermosas estatuas cubiertas púdicamente por verdes enredaderas. Solo le quedaba de todo esto un pequeño patio húmedo y desagradable.

Allí se estacionaba de ordinario porque no tenia otro sitio donde tomar aire o gozar de un rayo de sol; pues si la pobre niña se asomaba a las ventanas que daban a la calle, los muchachos de la vecindad habiendo oído decir que era loca, la importunaban

con su curiosidad infantil. Empero le quedaba a la infeliz otro jardín mas bello, ese huerto celestial donde su alma pura pudiese recrearse, ese Eden donde se dirijen en definitiva las miradas y suspiros de los desgraciados de la tierra. Con la cabeza echada hácia atras, las manos cruzadas sobre sus rodillas, Valentina tenía la vista fija en el firmamento, que en este instante principiaba a salpicarse de brillantes estrellas, cuando de improviso tres hombres penetran precipitadamente en el patio mirando a todos lados.

Ella los miró con ese desden e indiferencia del que nada tenía ya que esperar ni temer de sus semejantes; sin embargo, los observó un segundo y luego, dirijiendo su vista hácia otro lado, murmuró:

—Siempre él, siempre él.... y.... ¡Dios sabe si volveré a verle!

III.

Los recién venidos, que eran don Juan Alvarez, San Roman y Hermójenes, iban a llamar para hacerse anunciar, cuando este último, distinguiendo a la jóven, corre hácia ella y cae a sus pies esclamando: “¡Valentina!”, y Hermójenes ocultó la cabeza entre los pliegues del blanco traje de su amante. Fué tan rápido el movimiento de Hermójenes que Valentina quedó como petrificada; mas volviendo al punto, se levantó dando gritos despavoridos y llamando a su madre. Hermójenes comprendió su imprudencia y para repararla la tomó por las manos diciéndola: “Soy tu Hermójenes, Valentina, tu esposo, tu amante, reconóce-me por Dios.” Ella lo reconoció sin duda, porque, clavando su vaga mirada en el que así le hablaba, y retrocediendo algunos pasos para mirarlo mejor, exclamó con voz intelijible pero débil:

—Sí, ¡es él!....

Y lanzando un alarido histérico que hizo estremecer a los circunstantes, cayó sin sentido en los brazos de don Juan.

—¡Imprudente! exclamó San Roman penetrando en la pieza y apresurándose a socorrer a la jóven. Carmela que, atraída por los gritos de Valentina y sin saber aun lo que pasaba, llegaba en este instante, lo comprendió todo al primer golpe de vista y estrechando

a Hermógenes que salió a su encuentro exclamó:

—Mi hijo querido..... yo sola tengo la culpa..... no estaba preparada para recibir tan fuerte emocion.

—Yo, exclamó Hermógenes, yo la he asesinado torpemente. ¡Maldicion.....! Y el infeliz fué acometido de un arranque frenético de desesperacion. San Roman, mas dueño de si que los demás y temiendo por Hermógenes que tanto habia sufrido, lo sacó a otro cuarto, mientras que don Juan, despues de colocar a Valentina en su lecho, salió en busca de un médico. Carmela en compañía de su sirviente iba y venia, prestando todos los socorros inmediatos a su hija, con ese aturrido terror que comunica una imprevista catástrofe.

Hermógenes entre tanto sin poder contenerse, y a pesar de los ruegos de su amigo, volvió al aposento de su amante y estrechando su cuerpo inanimado procuraba darle su calor y su vida. Por fin llegó don Juan con el doctor, que felizmente era el que asistia a la jóven en sus ataques ordinarios. Despues de examinarla facultativamente vió éste que el caso era grave. Los nuevos síntomas diferenciaban mucho de los anteriores y daban un carácter mortal al ataque. El doctor descubrió el brazo de la enferma y le picó una vena: la sangre demoró un segundo en aparecer con terrible ansiedad de todos. Por fin, brotó lentamente, tiñendo el brazo de la niña como un licor rojo a un vaso de alabastro. Al punto se dejaron sentir los latidos en el corazon y el pulso se animó.

—¡Se ha salvado! exclamó el médico.

—¡Se ha salvado! repitieron todos a la vez.

—Mas no debo ocultarles, prosiguió aquel, despues de madura reflexion, que si bien respondo de su vida, no puedo decir otro tanto de su completa curacion. El sacudimiento ha sido tan violento que las consecuencias serán decisivas. Es de temer.... y el doctor se detuvo.

—Diga Vd., exclamó Hermógenes, ¿qué podemos temer, si su vida no corre ya peligro?

—Que el enajenamiento, de periódico que es, se haga crónico y normal.

—O puede desaparecer para siempre, añadió San Roman, guiado por su experiencia o tal vez por su buen deseo.

—Eso es, contestó el médico con la cabeza gacha y vendando el brazo de la enferma. Todo puede suceder..... esperemos. Mas entre tanto mucho cuidado: sobre todo que no tenga ninguna clase de emociones, y diciendo esto se retiró despues de haber recetado un cordial por si el letargo no cedia pronto. Poco despues don Juan, cuando se hubo asegurado que Valentina estaba completamente en salvo, se despidió tambien. Entretanto, la jóven parecia haber pasado de su mortal desmayo a uno de esos sueños benéficos y restauradores. San Roman se instaló de enfermero a la cabecera de su lecho instando a Carmela para que tomase algun reposo, pues era ya cerca de la media noche.

IV.

Sentada apocos pasos del lecho de la enferma, la pobre madre depositaba en el corazon de Hermójenes la infausta nueva que habia recibido al regresar del juzgado.

—Cuando traia el alma inundada de placer, le decia en voz baja, y me preparaba a prevenir a Valentina con toda la delicadeza que requiere su estado de salud, me detiene el propio para entregarme la carta fatal. Fué tan doloroso e inesperado el golpe que olvidé a mi hija y a ti, Hermójenes, y esta nueva catástrofe ha estado a punto de habernos ocasionado la muerte de mi Valentina. ¡Infeliz niña, en el momento en que se te devuelve a tu esposo, se te arrebatata a tu padre! Y Carmela ocultó su rostro entre sus manos.

—¿Qué es lo que he oido? dijo San Roman aproximándose a ellos.

—Si, amigo mio, balbuceó Hermójenes, lamentemos tan irreparable pérdida.

San Roman se quedó sorprendido al oir aquel nuevo fracaso, cuando ya habia creido asegurada la felicidad de esa familia con la libertad de Hermójenes. Entonces, aproximándose a Carmela la dijo con suma ternura:

—Señora, no se entregue Vd., así, por completo a su dolor, piense que le queda una hija.

—¡Mi hija! exclamó Carmela alzando su rostro inundado de lágrimas. ¡Pobre niña! Si sobrevive, va a encontrarse sin su padre. Si Dios me la devuelve con toda su razon, comprenderá toda la estension de esta desgracia. ¡Oh! señor San Roman, un padre en la vida de una mujer es un tesoro que se aprecia mas cuando se pierde. Una niña encuentra siempre en él a un amigo incomparable, y mi pobre Valentina....

—Señora, la interrumpió San Roman, y Vd., Hermójenes, tened confianza en Dios. El, que por medios desconocidos le ha devuelto la libertad y el honor, a su tiempo devolverá la tranquilidad a la madre, la salud y la razon a la hija, la felicidad al esposo, y a mí me devolverá tambien, en vosotros, una familia a quien consagrar mis últimos dias. Esperemos!

V.

Parecia que estos votos habian sido oidos por la Providencia, porque al mismo instante Valentina hizo un movimiento como para incorporarse. Todos presurosos acudieron a ella. Hermójenes se ocultó tras las cortinas del lecho, para que su presencia no causase otro sacudimiento funesto en Valentina.

Ella dejó caer pesadamente su cabeza sobre la almohada, y dijo con voz débil pero segura:

—He sufrido mucho.... ¡Gracias a Dios, estoi mejor!

—No hables, hija mia, el doctor te ha prescrito el silencio.

—No mamá, esté Vd. tranquila, he visto a Hermójenes, y aunque esto sea una ilusion, ella me basta para desear vivir. Sí, continuó animándose por momentos, ya no quiero morir. Pido a Vd. perdon, mamá, porque, lo confieso, siéndome sin él odiosa la existencia, me dejaba morir, y lo iba consiguiendo. Esto es ser mui culpable, ¿no es cierto, mamá?

—No, Valentina, tu has sido siempre buena.... Mas, te lo suplico, no canses tu imaginacion, pon de tu parte todo el empeño posible para restablecerte, llama en tu auxilio todas las fuerzas

de tu alma, ten la voluntad de vivir y vivirás, y te lo prometo, verás a Hermójenes.

La niña quedó silenciosa y pensativa por un momento. Grande era la ansiedad de los que allí se encontraban. El doctor lo habia predicho, y este era el momento de la crisis: o queda para siempre loca o en completa salud. Ella, como queriendo aliviar el corazon de su madre, exclamó:

—¡Qué bienestar siento, mamá! Y diciendo esto apartaba con gracia natural, de su pálida frente, los bucles de sus cabellos. Paréceme, mamá, que he vuelto a la vida. ¿Qué tiempo he permanecido dormida?

—Era la oracion cuando se pronunció el ataque y ya son las dos de la mañana, le contestó llena de ansiedad Carmela.

—Sí, todo lo recuerdo ahora: el cielo iba estrellándose, yo estaba sola..... ¿y aquellos caballeros? ¡Oh todo lo comprendo! Y al instante se reflejó en el rostro de la niña un rayo de la intuicion de su alma y pareció haber recobrado mas animacion y vida.

—Mamá, no me martirice dejándome en esta terrible duda, dígame que es todo cierto, que aquel hombre era mi Hermójenes. ¡Cuánto tormento me ahorraria! La niña esperó, Carmela trepidaba.

—¿Nada me dice? Luego todo ha sido una fantasia de mi enferma imajinacion.

—¡Valentina!

—Mamá.

—¿Qué haré, Dios mio?

—Decirme la verdad.

—¿Y tu salud?

—Sanaré.

—¡Hija mia, por favor!

—Mamá, por Dios....

—Tu médico ha encargado el reposo...

—Y el reposo me matará porque él no puede curar mi corazon que tanto necesita de una esperanza.

—Si viniese Hermógenes, tú no resistirías la impresion, Valentina.

—¿Con que está libre y puede venir? exclamó ella sentándose en su lecho. Mamá, mi vida está pendiente de sus labios. Mas ¿qué digo? me conformaría con todo..... pero sepa yo ¿qué debo esperar?

—Lo verás, hija mia, vendrá.

—¿Cuándo?

—Pronto.

—¿Y cómo es que no está aquí, pudiendo curarme con su presencia? Necesito verle. Mas..... ¿talvez ya no me ama!

Y Valentina prorrumpió en amargo llanto.

Ya esto era demasiado: Hermógenes, sin poder contenerse, delirante de amor, aparta las cortinas que lo ocultan, se abalanza y la estrecha contra su corazon exclamando:

—Te amo, te adoro como siempre, Valentina mia!

—¿Hermógenes! articuló ella tendiendo los brazos a su amante, y ambos quedaron confundidos en una sola existencia.

Carmela y San Roman cambiaron una mirada de inefable júbilo.

¡Valentina se habia salvado!

CAPITULO VII.

LA FAMILIA DE ALVAREZ.

I.

Mientras se realizaban todos estos sucesos, la bella y desgraciada Luisa seguía siempre solitaria y triste soportando con heroica resignacion el culpable abandono de Enrique. Cada vez mas enamorada de su marido, llegaba en su pasion hasta creerse la única culpable de los estravios de aquel.

—¡Mi adorado Enrique! se decia en su afliccion, ¿quién poseyera el secreto para encadenarte a nuestro hogar! ¿Quién pudiera imperar en tu corazon y arrojar de él esta pasion funesta que te ha arrebatado a mi amor! Sin duda, la culpa es solo mia,

pues tu vida de soltero jamas se manchó con ese odioso vicio. ¿O no has encontrado en mí los encantos que habias soñado para la compañera de tu vida? ¿O mi amor es poco aun para tu ardiente corazon, y te precipitas a buscar en el juego mas fuertes emociones? Dímelo y verás como esta mujer sabe encontrar en su alma cualidades mil para agradarte, y mas amor aun, si es posible, para adorarte.

Todo esto se decia Luisa, porque, de natural sensible y apasionado, habia formado un altar para Enrique en su corazon.

Una mañana, serian las cinco de la madrugada, recordó Luisa sobresaltada, abrió los ojos y vió a Inés junto a su lecho.

—¿Qué sucede, Inés?

—Señorita, una mala nueva.

—¿Papá està enfermo? exclamó, saltando de la cama.

—No, señorita.

—¿Enrique ha llegado?

—No.

—Habla, mujer.

—Señorita, el señor Enrique.....

—¿I bien?

—Está preso.

—¿Enrique preso?

—Sí, señorita, el hombre a quien ha mandado me lo ha dicho.

—¿Ha mandado un hombre? que venga, quiero verle.

—Se marchó, dejando esta carta para la señora.

—Debias habérmela dado desde luego, en vez de martirizarme así. I Luisa abrió la carta con mano trémula.

—Quería prevenirla, contestó Inés, saliendo y arrojando sobre su señora una mirada llena de compasion.

Luisa leyó:

«Luisa mía: me encuentro preso. No te alarmes; te diré por qué, es una bagatela. Me encontraba anoche en casa de Alberto N., calle de Breton: seria la una de la mañana. La concurrencia era numerosa. Se hablaba de la prision de Alberto, cuando de improviso invade la sala un piquete de policia. La confusion fué estrema. Unos querian fugar por las ventanas olvidando las re-

jas de fierro, otros se ocultaban bajo las mesas y algunos lograron escapar por una puerta interior. Yo, Luisa, preferí quedarme, sin hacer el menor intento de evasion, antes de parecer ridículo.

«Por fin, fuimos aprehendidos doce y conducidos al reten. Se nos exige una fuerte multa o seis meses de prision. Todo lo que puedo decirte, es que yo prefiero estar contigo y convertirme. Lo demas lo dejo a tu disposicion.

»Tuyo y mui tuyo:

«Enrique..»

Luisa corrió al cuarto de su padre; el anciano dormia.

—¡Pobre padre! dijo Luisa, contemplándolo con ternura. ¡Qué duro es despertarte para darte un disgusto! Desde mi matrimonio, los pesares han invadido tu casa, y cuando habias presajiado una vejez dulce y serena..... Mas..... pierdo el tiempo, y Enrique espera:

—¡Papá!

—Hija mia, ¡tan de mañana!

—Preciso ha sido.

—¿Qué ocurre?

—Lea Vd., y Luisa le dió la carta, descorriendo las cortinas para que dejasen paso a la luz del sol que principiaba a despuntar.

—Lo esperaba, exclamó D. Juan asi que leyó la carta. Esto se debia haber hecho tiempo ha; pero ha sido preciso un acontecimiento, todo un escándalo como el cometido por Alberto y Adriano, para que las autoridades despertasen y cumpliesen con su deber. En cuanto a Enrique, hija mia, alégrate de lo que le sucede; puede Dios querer que le aproveche esta leccion.

—Pero es preciso que Enrique pague esa multa, dijo Luisa, impaciente y temerosa al ver la calma de su padre.

—La pagará. Voi a vestirme para salir y dentro de dos horas volveré con tu marido.

—I al decir esto, D. Juan fijó una mirada en la dulce fisono-

mía de su hija: un rayo de felicidad iluminaba la frente de Luisa, y sus ojos brillaban al traves de sus largas pestañas.

—¡Gracias, papá mio! dijo la jóven presentando la frente a su padre.

II.

Dos horas despues entraba Enrique con su suegro en el aposento de su mujer.

—Luisa, déjanos solos, dijo D. Juan a su hija.

—Esta, despues de haber estrechado con efusion la mano de su esposo, salió echando sobre él una mirada llena de interes y de amor.

—Señor Maldonado, exclamó D. Juan luego que estuvieron solos. Cuando le entregué a mi hija, creí confiarla a un hombre de corazon, y al darle el titulo de hijo jamas imaginé que deshonrase mi nombre. En la misma confianza puse mi fortuna en sus manos, esa fortuna adquirida en largos años de emigracion, ese dinero que gana el espatriado a fuerza de improvos trabajos y de constantes privaciones, sostenido solo con la esperanza de volver algun dia a disfrutarlo en el seno de su patria. ¿Qué ha hecho Vd. de la felicidad de Luisa, del honor de mi casa y de los bienes que confié a su honradez? Felicidad, fortuna, buen nombre, todo, todo lo ha arrastrado Vd, con criminal sangre fria, y sepultádolo en un garito de mueblaje dorado. Esto era aun poco para un hombre como Vd., señor Maldonado: no teniendo ya sobre qué jugar, ha jugado..... ¡sobre los dias que me restan de vida!

—¿Yo, señor?

—En el momento en que iba a sacar a Vd. del lugar en que es arrastrado durante la noche el último de nuestros jornaleros, se me ha hecho ver confidencialmente, en el proceso contra Alberto N., unos documentos inícuos encontrados por la justicia en el rejistro de los papeles de ese hombre. Allí está aquel por el que Vd. se compromete a entregar a Alberto todos los bienes que poseo tan pronto como yo baje al sepulcro. Allí está la carta escrita por Vd. desde Valparaíso, en la que Vd. asegura a

su digno amigo que no he de vivir mucho y que tenga paciencia. ¡Qué tal, señor Enrique! Ahora comprenderá Vd. que entre ambos no podrá haber nada de comun, que los lazos que unen a un padre y un hijo quedan rotos, que....

—Señor, ¿qué dice Vd.? Su justa indignacion lo ciega.

—La santa indignacion que produce el vicio, es la sola que puede dar fuerza a un padre amante para arrojar de su casa al esposo de su hija. Por lo demas, nada estrañaria que el que ha escrito esa carta clave mas tarde un puñal en mi corazon para cumplir su promesa.

—Esto es demasiado, señor. Si otro que Vd.....

—Nada soi ya para Vd., he dicho que todo vínculo queda roto entre los dos.

—Tanto mejor: no quiero tener que dar cuenta a nadie de mis acciones, siempre he amado sobre todo mi libertad.

—Pues goce Vd. de ella. Use a sus anchas de la libertad del vicio, de la libertad de arruinarse, de la libertad de sumerjirse en el abismo en que se han hundido sus dignos émulos Adriano y Alberto. Concluyamos: de hoy en adelante marcha Vd. solo. A mi sombra contrae Vd. deudas, encuentra proteccion ¿y para qué? para alternar dignamente con esa sociedad de jugadores. Luisa queda conmigo: no permito que mi hija siga siendo la esposa de un amigo de Alberto.

—Usted va demasiado lejos, señor, mi mujer me seguirá donde yo quiera,

—Yo sabré impedirlo. Un hombre como Vd., cuando se encuentre sin tener que jugar, jugará a su propia mujer.

I D. Juan salió del cuarto de su hija.

—¡Ira de de Dios! exclamó Enrique, cerrando los puños.

III.

—¿Qué sucede? dijo Luisa entrando.

—Luisa, ¿has oído?

—No, Enrique.

—Tu padre me arroja de su lado. Yo todo lo he sufrido con calma para evitar un rompimiento, y este ha llegado sin

embargo, a pesar mio. ¿Lo comprendes? no puedo permanecer mas en esta casa.

—¿Qué dices! ¿y adonde hemos de ir?

—Tú no, Luisa, él no lo quiere, ni yo tengo como sacarte de aquí y darte el rango que te pertenece.

—Mi Enrique, ¿crees que yo podré vivir lejos de tí? ¡Oh! bien se ve que tú no me amas, añadió Luisa con amargura.

—¿Luisa!

—Sí, Enrique, todo lo comprendo.

—No violentes mas mi situacion ¿Qué quieres que haga? ¿Puedo quedarme? ¿Es posible esto?

—Todo es posible cuando hai bondad y amor. Cede tú, que papá se calmará.

—No es tiempo ya: median agravios entre los dos que no es fácil olvidar.

—Papá es jeneroso, Enrique. Dime que me quieres, que no jugaras mas porque esto es todo lo que él aborrece en tí. Yo le suplicaré, él no resiste jamas a mis ruegos..... ¡Una palabra amigo mio!

—No, dijo Enrique reflexionando. Por otra parte, lo sucedido anoche en casa de Alberto va a colocarme en mala posicion: a esta hora, ya se sabrá..... Luisa, yo debo salir de Santiago.

—¿A pesar de mis ruegos, de mis lágrimas?

—A pesar de todo.

—¿Prefieres alejarte de mí, antes que volver a tus antiguas, costumbres, a esa vida tranquila y laboriosa en la que cada hora que pasa es un lazo mas de amor y simpatia que te liga a la sociedad y a tu familia? Quédate, mi querido Enrique; rehabilitate ente la sociedad, y entonces mi padre te perdonará.

—Estoi resuelto, no te afanes por detenerme.

—Véte, Enrique, ¿quién puede detenerte a tí? ¿quién puede hacer llegar a tu corazon las voces del amor y del deber? Lánzate al abismo, y, encadenado al vicio, olvida que has dejado la desolacion en tu familia, que asesinas lentamente a un anciano que te ha querido, y que has dado la muerte a tu hijo en el seno de su madre, porque siento aquí la herida mortal....

I Luisa llevó la mano a su corazón.

—¡Mi hijo! ¿Has dicho eso, Luisa? ¿Será posible?

—Sí, Enrique, y esta nueva, que debía colmarme de gozo, es para mí una desgracia mas.

—Calla, Luisa, no digas eso, ¿recibir tú como una desgracia a nuestro primer hijo? ¡Voi a ser padre, gran Dios!

Enrique se levantó conmovido.

—Repítelo, querida Luisa, no puedo creer que Dios perdone mis faltas y me envíe un inocente como mensajero de felicidad.

—¡Enrique mio! exclamó Luisa, sin comprender el cambio que se operaba en su marido, pero radiante de alegría. ¿No te irás, es verdad?

Enrique por toda respuesta, fué a caer a los piés de su mujer, exclamando:

—¿Separarme de ti? ¡Jamás! Siento que mi alma rejuvenece. Una nueva vida entreveo en mi porvenir. No mas disgustos, no mas lágrimas para tí, y basta para mí de vergüenza. De hoy mas, tú y el hijo que con ansia espero, serán mi solo pensamiento, mi única pasión. A fuerza de amor y abnegación te haré olvidar lo que he sido, y al tomar a nuestro hijo en tus brazos no pensarás en que, a la manera de su padre.....

—Calla le interrumpió Luisa, estrechándolo en sus brazos, comprimiéndole los labios y ahogando en ellos la frase espiatoria por la cual Enrique iba a revelar toda la sinceridad de su arrepentimiento.—¡Cuán feliz, soy, Enrique! Mas, ven, vamos ácia mi padre, que él sea también feliz.....

—Sí, Luisa, implora para mí el perdón, que harto lo necesito.

Ambos se dirijieron al aposento de D. Juan.

IV.

El noble anciano, con la cabeza apoyada en sus dos manos, se encontraba sumergido en sus dolorosos pensamientos.

Al ver entrar a Luisa con Enrique, D. Juan contrajo, por un movimiento involuntario, el ceño de su frente.

—Papá mio, dijo Luisa tomándole una mano a su padre y besándola con ternura, le traigo a Enrique, mas no el mismo que ha dejado hace una hora; no, papá, es mi Enrique que conoce su error, y viene a implorar su perdon con la hidalguía del caballero.

—¿Qué quiere decir esto? exclamó D. Juan, mirando a su hija y a su yerno.

—Señor, vengo a obtener de Vd. una prueba mas de su bondad, a rogarle que acepte mi eterna gratitud y mi sincero arrepentimiento.

—¿Tu arrepentimiento? Dijo D. Juan, dejando caer una mirada desdeñosa sobre Enrique.

—Querido padre, murmuró Luisa suplicante, yo lo aseguro a Vd., Enrique no jugará mas.

—Hija mia, tú no sabes lo que dices, tú no conoces como yo a tu marido.

—¡Cuánta amargura vierten sus palabras, señor! Pero debo resignarme, porque merezco su desconfianza. Sin embargo, Luisa ha dicho la verdad. Conozco que me será imposible convencer a Vd. con palabras y promesas, mas confio en que el tiempo me justifique y en que Vd. me devuelva su aprecio.

Dijo Enrique estas palabras con tan sentida amargura, tenia un aire tal de nobleza y resignacion, que D. Juan se quedó estupefacto e irresoluto.

—Papá mio, exclamó Luisa, ¡una palabra! Yo me he atrevido a ofrecer a Enrique el perdon de Vd. Mi felicidad o mi desgracia penden de su resolucion.

—Luisa, hija mia, y tú, Enrique, dijo el anciano pasando la mano por su frente, ¿qué quereis de mí?

—¡Su perdon! exclamó Enrique.

—Y su cariño, añadió Luisa.

—Bien, basta, hijos míos. Yo no quiero mas que la dicha de Vdes.

Acércate, Enrique, escucha. No dudo que tu propósito sea sincero. Debo creerte, pero sé que ofreces demasiado y tú mismo no sabes lo que prometes. Sé la influencia que ejerce el juego en el corazon del hombre, y, aunque conozco tambien que el

hábito no ha encadenado todavía tu alma, temo mucho que, sin quererlo, sin saberlo faltes otra vez a tu palabra. Quiero ponerte en guardia contra ti mismo y exijo de tí, como promesa de honor, que te dejes guiar por mí. Antes de comprometerte, recapacita, Enrique. Esto te parecerá nada; mas, es la base, hijo mio, para que podamos contar contigo en adelante.

—Me someto a su voluntad, señor. Seré, lo juro, obediente a sus órdenes.

—Bien, Enrique, así podré apartarte de tus antiguas amistades. Seguirás el sendero que mi cariño experimentado te señale. Yo no te dejaré abandonado a tí mismo hasta que nuevas aspiraciones y un activo trabajo te aseguren un feliz porvenir y tu completa rehabilitacion. Para dar principio a nuestra empresa, conviene que partas hoy mismo para Valparaíso.

—¡A Valparaíso! exclamaron Enrique y Luisa.

—Sí, hijos míos. No hai tiempo que perder: en guardia contra el enemigo. El lance de anoche es, por otra parte, otra razon de urgencia. ¿Tendrias calma, Enrique, para resistir a la murmuracion de las jentes? Véte, hijo mio, vete sin tardanza; pronto, yo y Luisa, nos iremos a reunir contigo. Allí fijaremos todos nuestra residencia definitiva.

—Obedezco, señor, mas con una condicion.....

—¿Cuál?

—Que me abra Vd. sus brazos, como en el día en que me entregó a Luisa. Solo una muestra de su confianza, me dará fuerza para todo; creyéndome digno de Vd., creeré que principio a ser otro hombre.

—Con toda mi alma, hijo mio.

I don Juan estrechó a Enrique con efusion.

Luisa se arrojó a los piés de su padre, abrazó sus rodillas y le espresó con sus lágrimas su inmenso agradecimiento.

D. Juan levantó a su hija, y la estrechó contra su corazon.

—El amor verdadero del padre, exclamó Enrique lleno de noble emocion, es el solo que puede operar la sincera conversion del hijo; la inflexible severidad solo consigue hacerlo obstinado e incorrejible. ¡Gracias, señor! Su jeneroso proceder me dá la

fuerza de alma suficiente para detestar el vicio y rehabilitar mi nombre. La abnegacion de mi Luisa será tambien un recuerdo de gratitud, un talisman de honor que me ligue para siempre al tranquilo hogar de la familia.

Pocas horas despues, Enrique partia a su destino, dejando a Luisa y a don Juan anegados en lágrimas, pero llenos de la mas pura satisfaccion por haber arrancado de las garras del vicio una alma tan noble. ¡Oh, cuánto vale en la vida del hombre la anjelical influencia de una buena esposa!

CAPITULO VIII.

EL MEDALLON.

I.

Cuatro meses habian transcurrido desde que Alberto fué conducido a la cárcel y Adriano sorprendido en flagrante delito. En el entre tanto se habian recojido con gran prolijidad en el proceso las pruebas de los fraudes o crímenes cometidos por Alberto en su larga carrera de jugador. El sentimiento de justicia, que es el distintivo de las sociedades morales como la de Santiago, habia exaltado la opinion pública contra el verdugo del inocente Hermójenes y del anciano San Roman, hasta tal punto que el juez se veía instigado por todos los círculos y aun por las insinuaciones de la prensa a que hiciese un pronto escarmiento con los procesados. La Corte superior, para satisfacer la ansiedad pública, habia recomendado al juez la brevedad de la causa.

Hubo un momento en que Alberto se creyó salvo.

Hacia dos meses que se buscaba en vano al herrero que hizo las llaves de que Adriano habia hablado en su confesion. Sin embargo de que una de esas llaves se habia encontrado en el papelerero de Alberto, y, ajustada a la caja de los señores N. y Ca., abria como la verdadera, Alberto se defendia con tal maestria que era fácil alucinar y ver en su desgracia uno de esos fatales incidentes de que habia sido Hermójenes la víctima.

La casa de N. y Ca., por demas interesada en el asunto, pues si se probaba la complicidad de Alberto en la sustraccion debia ser indemnizada por éste, no omitió diligencia para encontrar al tal herrero y confundir con este último testimonio al intrépido Alberto.

El herrero José Poblete, oculto a instigaciones de éste, fué por fin encontrado con gran satisfaccion de la sociedad, y presentado ante el juez, reconoció su obra en la llave que se le mostró y en Alberto al caballero que la mandó hacer.

II.

Sin embargo, las rigurosas precauciones con que los reos fueron tratados al principio se habian relajado con el curso del tiempo: podian ya pasearse con toda libertad por el patio interior de la cárcel, y disfrutar de esas regalías toleradas en los reos de primera categoria.

Instigados por la soledad y siendo comun su desgracia, Alberto y Adriano no tardaron en ponerse de acuerdo y echar en olvido sus ódios mútuos para ocuparse de su peligrosa situacion.

Una tarde decia Alberto a su cómplice:

—¿No has pensado en salvarte?

—¿Cómo?

—Por medio de la fuga.

—No.

—¿Qué te parece la idea?

—Magnífica, sino fuese imposible.

—¿Lo crees así?

—De todo punto.

—Supon que es posible.

—Supongo.

—Que solo sea preciso arrojo.

—¡Y bien!

—¿Lo tendrías?

—¿Para qué me lo preguntas?

—Para que me ayudes.

—¡Ayudarte! ¿a qué?

—A escaparnos antes que se pronuncie la sentencia.

¿Y para eso necesitas de mí? dijo Adriano, clavando una mirada recelosa en su compañero.

—¿No ves que sin tí las dificultades serian dobles? ¿que talvez te viniera la tentacion de denunciarme si llegabas a sospechar algo?

—¿Cómo! supones.....

—Entre amigos como nosotros debe reinar la franqueza: supongo en tí lo que tú debes suponer en mí. Asi, pues, para abreviar te diré, que maldito el interes que tengo en que te salves, pero que, si juntos aseguramos mejor el resultado, te asocio con todo gusto a mi proyecto.

—Veamos: ¿qué intentas?

—Franquearme la salida.

—¿Cómo? ¿tienes oro?

—No mucho; mas por fortuna traje brillantes de valor en mi camisa y este anillo es mui suficiente para halagar la codicia de carcelero.

Y Alberto mostró su gruesa mano, en la que ostentaba un magnífico brillante.

—Pocos escudos me han bastado, continuó, para hacer llegar a manos de mi mayordomo un papelito: ya ves que el dinero tiene la virtud de abrir las puertas de la mas segura reclusion.

—Es decir que José sabe.....

—Tiene ya mis instrucciones.

—¿Y cuentas con ese hombre?

—Mas que con mi mejor amigo, y tú tienes la prueba: ¿quién sino él cuida de hacerme llegar el buen vino y viandas delicadas? ¿Quién de mis amigos se ha aportado por este sitio? Ninguno: solo mi fiel José no ha dejado pasar un dia sin venir a rondar las puertas de esta cárcel.

—¿Y el hombre a quien piensas ganar no podia traicionarnos?

—Posible es, mas cuidaremos que no nos burle el villano.

—¿Qué castillo tan bien formado! exclamó Adriano suspirando.

—¡Chiton! que se acercan, dijo Alberto.

III.

En efecto, un dependiente del alcaide, llavero de la cárcel, se aproximó a ellos y en tono respetuoso les hizo presente que la noche caía, y era ya tiempo de entrar en sus celdas.

El llavero acompañó primeramente a Adriano a su pieza, le encendió luz, y en seguida pasó al calabozo de Alberto que lo esperaba en el dintel. Así que el llavero prendió luz, Alberto cerró la puerta y le dijo:

—¿Has hecho lo que te encargué?

—Sí, señor.

—¿Y por qué lado?

—Solo hai uno, y aunque con peligro, posible es escalarlo.

—Y de allí ¿a dónde vamos a parar?

—A un corral que pertenece al licenciado C. Esta es una casa de huéspedes de provincia, y ya José se ha puesto de acuerdo con un talquino allí alojado que nos ayudará por esa parte y tendrá pronta las cabalgaduras.

—¿Y ese hombre es seguro?

—Segun José, es de toda confianza, y aun mas, es gran opositor y cree proteger la fuga de unos reos políticos.

—Está bien, dijo Alberto reflexionando; solo tengo que añadir a lo que ya hemos convenido, que en vez de mañana será esta noche nuestra marcha. Preven a José al instante. Y ahora, óyeme: si por una de esas casualidades que Vdes. saben preparar, ¡entiendes! somos sorprendidos, tu vida me pertenece, morirás.

—Pierda cuidado, señor. Cuando he convenido con Vd. en sacarlo de aquí, es por ganar de una vez lo que me darán doce años de servicio. Así me digo yo mismo: “Placio, haces mui mal en faltar a tu deber, tienes ya seis años en tu destino y nadie tiene nada que tacharte.” Pero cuando pienso que mi mujer murió de necesidad junto con mi padre, y cuando...

—Bueno, hombre, exclamó Alberto, que veía que Placio se disponía a referirle la historia de toda su parentela. Ocupémonos de lo importante. ¿A qué hora vienes a buscarnos?

—Señor, no puedo señalar hora, puede haber tropiezos imprevistos; pero esté Vd. pronto. Y ahora me retiro.

—Si, vete a prepararlo todo y pasa a prevenir a Adriano.

IV.

—¡Héme aquí a la merced de ese hombre! exclamó Alberto así que quedó solo, dejándose caer en su lecho. Si por desgracia no saliésemos bien! ¡Qué importa! No soi yo de los hombres que desmayan al primer golpe, no es Alberto para ser encerrado entre cuatro paredes; y se quedó pensativo.

Si se le hubiese visto en ese momento, habriase imaginado que por fin ese carácter endurecido en sus mismos desórdenes, se rendia al golpe que descargaba sobre su cabeza la justicia de Dios. Mas no era así: Alberto sufría horriblemente es verdad, pero el martirio que torturaba su corazon le daba aun nuevo brio y doble audácia. Con las manos en su ancha frente, comprimia los latidos de sus cienes. Su cabeza echada hácia atras, su boca seca y contraida y la forzada respiracion de sus pulmones demostraban en parte los sufrimientos con que luchaba en ese instante.

Despues de un largo espacio de tiempo, exclamó, apretando los puños por un movimiento febril:

—¡Carmela! ¡San Roman! ¡Qué dos nombres!.... ¡Oh, San Roman! si a fuerza de pesares he puesto antes de tiempo blanca tu cabeza, y esto sin impulsarme el ódio que hoi me inspiras, ¿qué seria de tí si pudiese quedarme? ¡Qué, de esa mujer que se ha burlado de mi amor, de mi poder, y sin mas armas que sus lágrimas y su maldita belleza, ha destruido mi obra conduciéndome a una cárcel? Si, si, ella es la autora de todo. Quise tomar venganza de sus ridículos desdenes, y hé aquí los resultados.

Alberto quedó por largo rato reconcentrado en sus maléficos pensamientos; solo de cuando en cuando se le escapaban horribles imprecaciones como bostezos del aberno.

—Si logro escaparme, dijo al fin, saltando del lecho con los cabellos en desórden, juro vengar la humillacion en que he caido y dejar esterminadora huella por donde quiera que pase.

Alberto miró su reloj, y al verlo ya en las dos de la mañana olvidó sus amargas reflexiones para entregarse al mortal sobresalto de que se frustrase su evasión.

—¿Si habrán sospechado de Placio? se decia aproximándose a la puerta para oír si sentia algun rumor. ¿Qué será de este hombre?

Entre tanto la noche avanzaba y no parecia el llavero. Alberto, pálido como un espectro, enjugaba con su pañuelo de batista el sudor helado que hacia brotar de su frente la cruel ansiedad en que se encontraba. Si hubiese existido en el alma de este hombre la fé, la relijion o alguna creencia superior, habria comprendido que su espiacion principiaba.

V.

Por fin, se abrió la puerta de su calabozo y apareció Placio.

Alberto lo siguió, Adriano ya esperaba fuera de su celda, y ambos echaron a andar tras el llavero. Llegaron al pié de la muralla donde este último lo tenia todo preparado para escalarla. Iba Alberto el primero a subir, cuando de improviso se dejó sentir, hacía la parte de adentro, el ladrido de un perro.

—¡Somos perdidos! exclamó el llavero sobrecojido de espanto. Es el perro del alcaide... yo le amarré... no sé quién lo ha soltado.

—¡Tunante! sígueme o eres muerto.

Y Alberto apostó una pistola sobre el pecho del llavero.

—Deténgase.... juro que soi fiel.... estoi pronto a todo....

—Nos han descubierto, murmuró Adriano, apoyándose desfallecido sobre el muro.

El perro seguia ladrando y parecia acercarse.

Alberto, rápido para reponerse, asió de un brazo al llavero y exclamó:

—¡Arriba!..... ¡Pronto! y diciendo esto trepó con una lijereza sobrenatural.

Adriano intentó seguirlos, mas en vano: el infeliz, acometido por un frio nervioso que hacia temblar todo su cuerpo, perdió todas sus fuerzas y plegó sus rodillas exclamando:

—¡Soy perdido!.....

Entre tanto, el afectuoso animal llegó al sitio donde yacía Adriano, le acarició, le lamió las manos, y luego sintiendo el ruido de los que bajaban al otro lado, se puso a dar saltos y a querer trepar el muro lanzando ahullidos capaces de alarmar todo el barrio.

—¡Pobre animal! Tu fidelidad me pierde! balbució Adriano sintiendo que la vida le abandonaba, y cayó sin conocimiento dando con su rostro en tierra.

Era ya claro cuando sintió Adriano que le trasportaban a su calabozo. Entreabrió los ojos y se vió asegurado por cuatro brazos fornidos. Quiso reunir sus ideas, mas no pudo: todos sus recuerdos se agolparon confusos en su imaginacion como una pesadilla. Cerró los ojos y sintió que le entraban a su cuarto y le colocaban sobre su cama.

—Tiene calentura, dijo una voz.

—Está hiesto de frio, parece ya cadáver, dijo otra, y las voces se alejaron.

Adriano sintió que cerraban con llave la puerta y al mismo tiempo que caía sobre sus pies un bulto pesado y tibio. Abrió por segunda vez los ojos, estiró sus brazos entumecidos, y tentó la cabeza de un animal: era el malhadado perro que, desde la entrada de Adriano a la cárcel, le habia cobrado tal cariño que le seguía como a su amo, y hoy parecia querer hacerse perdonar su falta adhiriéndose con mas fidelidad al desgraciado.

—¡Ah! exclamó, comprendo: yo debia encontrarme a esta hora lejos de este odioso lugar. A este recuerdo, Adriano volvió a perder el conocimiento.

VI.

A la misma hora, dos hombres, en buenos caballos, corrian por caminos estraviados con direccion al sur. Dos dias despues al ponerse el sol, se encontraban a las inmediaciones de Talca.

—Supongo que Vd. no piensa pasar la noche en el pueblo, dijo el mozo a su patron.

—Me detendré el tiempo necesario para tomar una cazuela y dar un pienso a los caballos.

—Ya hemos llegado a puerto de salvamiento. Allá diviso las casas del cementerio, le dijo el mozo. Puede Vd. mirar esas casas como suyas. Mi hermano el padre cura, nos provera de todo lo necesario.

—A buen seguro, que al panteon no han de llegar las requisitorias, contestó el caballero. Solo entre los muertos podré gozar de tranquilidad.

Y en esto llegaron al cementerio.

—¡Eh! Mire amigo. ¿Está el padre Brito? preguntó el mozo al panteonero.

El que así era interpelado, levantó la cabeza, vió por encima de la tapia dos hombres con el rostro medio encubierto bajo sus anchos sombreros de guarapon y con su flemma habitual contestó:

—¡Buen tiempo hace a que se fué de este lugar!

—¿Es posible? ¿No está ya mi buen hermano en esta capilla?

El mozo indeciso miró al caballero. Este comprendió su pensamiento y le dijo:

—No importa: si no es tu hermano, su sucesor nos dará hospitalidad, y dirigiéndose al panteonero:

—¿Está en casa el cura?

—Sí, señor.

—Dígame Vd. que un forastero desea verle.

El hombre volvió al instante diciendo que podían pasar adelante.

Para llegar a la habitacion del cura era preciso pasar por el cementerio.

Marchaba el caballero al parecer distraído sobre aquel terreno cubierto de sepulturas y huesos humanos. El mozo que le acompañaba y el panteonero le seguían admirados de la indiferencia con que ponía el pié sobre aquellos sagrados despojos. Este último, a tiempo que aquel pisaba sobre una tumba recién removida, le gritó:

—¡Señor! señor! no pise Vd. en esa fosa que está fresca aun. El caballero miró a sus pies y en efecto vió la tierra en desorden y al lado una lápida preparada como para cubrirla. Hizo a un lado su cuerpo, pero sus ojos se fijaron en esta inscripcion: “Pa-

blo Aramayo, fallecido el 3 de noviembre a los 47 años de edad, 185.....”

—¡Demonio! exclamó dando un salto hácia atrás ¿será posible?

—¿Qué hai, señor? dijo su compañero.

—¿Don Pablo? ¡muerto! ¡mira! ¡mira, José! y mostró la huesa con una conmocion creciente.

—¿Algun amigo de Vd? dijo el hombre que los guiaba.

—Sí, un amigo que no esperaba encontrar aqui, contestó aquel alejándose, y añadió en voz baja a José: no soi supersticioso, pero me importuna este encuentro.

Entre tanto llegaron a las habitaciones del cura.

VII.

El sol en ese instante se escondia por completo, y esparcia su suave claridad el crepúsculo de la tarde.

El cura se encontraba sentado junto a la ventana de su cuarto leyendo un libro de oraciones.

Era éste un anciano como de 80 años, flaco, macilento y de una fisonomia sumamente dulce. Hacia solo diez meses a que reja aquella capilla, y se habia hecho tan popular entre los pobres por su caridad y por su evangélica dulzura, que le llamaban el padre de todos.

—Adelante, exclamó el anciano al sentir un golpe en la puerta.

—Buenas tardes, señor cura.

—Bien venido sea todo el que llegue a esta casa, contestó el cura, y quitándose los anteojos levantó el rostro y fijó su mirada en el hombre que acababa de entrar.

—¡Santo Dios! exclamó levantándose. ¡Alberto aquí! ¿Eres tú, Alberto?

—¡Mi padre! murmuró Alberto aterrado tratando de alejarse.

—Detente, desgraciado. Acércate, continuó el anciano dejándose caer en su asiento. ¿Por qué despues de 20 años huyes así de mí? ¿Ignoras que te he perdonado? ¿Que ruego al Todopoderoso día y noche que te perdone como yo lo he hecho? ¿No ves en este encuentro la mano de la Providencia? ¿No ves?....

—Lo que veo, señor, le interrumpió Alberto, que es una desgracia mas para mí haber puesto el pié en esta casa.

—¿Consideras desgracia saber que te he perdonado y recibir mi última bendición?

Alberto hizo un jesto que queria decir: “me es indiferente.”

El anciano miró al cielo como para encomendar a Dios al renitente.

—Tengo prisa, señor. Prolongar estos momentos es por demas despues del recuerdo del acontecimiento a que Vd. alude. Veo que los años no han debilitado su memoria. Adios, señor. Alberto iba a salir; mas se detuvo un instante en actitud meditativa, acercóse al anciano y le dijo:

—Esta será la última vez que nos veamos, señor. Desearia saber, si Vd., que está en el secreto de mi nacimiento, puede revelarme a quién debo la vida desgraciada que he arrastrado.

El sacerdote lo miró sorprendido y exclamó:

—Eso es como pretender que yo deshonne la memoria de tu padre. No, tú no debes saber aun quién fué, no lo mereces por justa que sea tu demanda.

—¿Luego no existe?

—No.

—Entonces nada he dicho, señor. ¡Qué me importa su nombre si no está ya entre los vivos! Por otra parte, me voi para siempre de Chile y no quiero llevar ningun recuerdo agradable en mi corazon.

—¿Qué dices? ¿Abandonas a Chile para siempre?

—Sí.

—¿Nunca volverás?

—Jamás.

—¡Infeliz! Ignoro los motivos que te hagan tomar tal resolución; pero, sean cuales fueren, ha llegado el momento y cumpliré mi deber.

El anciano se levantó con paso vacilante, se dirigió hácia un viejo armario y sacó un medallon: toma, Alberto, dijo entregándoselo, este es el retrato de tu padre. Habia pensado bajar con él al sepulcro antes que ponerlo en tus manos. Dios me perdone

si hago mal en dártelo. Tómallo, hijo mío, y que te sirva de santo talisman en la hora de tu arrepentimiento.

Alberto tomó el retrato y clavó en él su ávida mirada.

—Yo conozco este rostro, murmuró. ¡Qué de recuerdos confusos me trae esta fisonomía! ¿A donde la he visto?

—En mi casa, en la calle, en todas partes cuando eras niño, porque tu padre te confió a mí desde pequeño y venia constantemente a acariciarte, le contestó el cura.

—Eso es, son recuerdos de la infancia.....

Y luego dándose una palmada en la frente exclamó:

—Es el señor L.....

El cura hizo una señal afirmativa. Alberto se apoyó en la ventana para sostenerse: el sacudimiento moral que experimentaba era rudo!

VIII.

En ese instante llamaron a la puerta, y una señora vestida de negro entró en la pieza.

—Buenas tardes, señor cura, dijo con acento agradable la recién llegada.

El sacerdote se encontraba tan conmovido que no hizo mas que insinuar con la mano una silla, en la que la dama tomó asiento.

—Pienso, señor, marcharme pasado mañana a Santiago y quisiera dejar arreglado el sepulcro de mi esposo.

—Señora, todo quedará concluido mañana temprano. La lápida está para colocarse.

—¡Estoi soñando! se decía Alberto, que con la espalda vuelta y la frente apoyada en el marco de la ventana, nada veía ni oía: tan absorto se encontraba!

Una exclamación de sorpresa de la recién venida al notar al huésped del cura, hizo que Alberto volviese con prestesa el rostro y reconociese a la viuda de Aramayo sentada junto al anciano. Alberto, bajó la presión moral del retrato, se dirigió a ella y poniéndole delante el medallón, la dice con sonrisa burlona:

—Mire Vd., señora.

—¡El retrato de mi padre! exclamó Carmela alargando su mano para tomarlo.

—Y tambien del mio, añadió Alberto retirándolo con viveza.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que este retrato me pertenece, señora hermana.

—¿Proyecta Vd. una nueva infamia, caballero?

—Señora, dijo el cura interrumpiéndola, Alberto es efectivamente hermano de Vd. El señor L., al confiarme, 45 años ha, la guarda de este huérfano y el secreto de su nacimiento, puso en mis manos ese retrato para que se lo entregase cuando fuese hombre y digno de tan honrado padre. Alberto, niño de quince años, cometió una grave falta y huyó de mi lado. Jamas he sabido desde entonces su paradero, hasta que hoy, despues de treinta años, se aparece a mi hogar como arrojado por la mano de la Providencia, y he creido cumplir con un sagrado deber confiándole el secreto de su oríjen junto con el retrato de su padre.

Carmela, entre tanto, trancida de dolor o de vergüenza, se habia cubierto el rostro con sus manos y permanecia muda sufriendo en su interior una lucha desastrosa: ella se resistia a dar crédito a las palabras del sacerdote aunque penetraban en su corazon con el acento de la verdad.

—¿Qué tal señora! exclamó Alberto, ¡qué leccion para su orgullo! ¡qué venganza para mí! ¿Se atreverá Vd. ahora a despreciar a Alberto el Jugador?

—¿Alberto el Jugador! ¿Eso has dicho? dijo el religioso levantándose indignado. ¿Eres tú, el terror de las familias, el que arrastraste a un abismo de perdicion al marido de esta señora? ¡Ay! yo recibí la confesion del moribundo y su última palabra fué para maldecir a *Alberto el Jugador*. ¡Cuán lejos estaba yo de creer que ese Alberto era el mismo que me fué confiado desde la cuna por mi virtuoso amigo!

—¿Señor! ¡señor! dijo José Brito entrando precipitadamente, se dice que ha llegado de Santiago a casa del Intendente un piquete de soldados.

—Comprendo..... habia olvidado.... y dirijiéndose a Carmela, la dijo con cruel cinismo:

—¿Oye Vd., señora? Me persiguen, y es Vd. la causa principal de mi ruina. Acabe su obra, indique a los corchetes el camino

del Tomé donde me embarco para el Perú, vénguese por completo entregándome a la justicia. ¡Con gusto, vive Dios, me dejaría prender por abatir su orgullo y compartir con mi nueva hermana la infamia de mi condena!

Carmela lanzó un gemido desgarrador.

—Adios, señor cura ¡y para siempre! continuó Alberto. De todos los bienes que he recibido, de Vd. el mas precioso para mí es el que acaba de hacerme, poniendo en mis manos este retrato para tener la satisfaccion de humillar a esa mujer. Esto diciendo desapareció.

El sacerdote cayó de rodillas elevando al cielo sus manos suplicantes.

IX.

Cuando Carmela alzó la cabeza, ya sus ojos no encontraron a ese hombre funesto y solo se detuvieron en la actitud edificante del anciano que murmuraba una plegaria por el alma de aquel miserable.

—¡Qué hombre es este gran Dios! exclamó Carmela. ¿I ha de ser mi hermano un mónstruo semejante?

—Serene su razon hija mia, dijo levantándose el anciano con esa dulce tranquilidad que comunica la oracion. Perdone a ese infeliz! Harto desgraciado es ya, porque lleva clavada en su corazon la zaeta del remordimiento. Donde quiera que vaya, por mas que aturda sus sentidos con la algazara del vicio, el dictado interior de su conciencia amargará las horas de su vida.

—¡Remordimientos él, señor!

—Sí hija mia, no lo estrañe Vd. El remordimiento es la sabia lei de nuestra naturaleza. La reprovacion íntima de nuestras propias faltas es el testimonio infalible de la inmortalidad y el anillo moral que nos estrecha a un mundo superior. Alberto dejaría de ser hombre si no estuviese sujeto a la lei comun del remordimiento que es la espiacion inmediata de la humanidad.

Las palabras del sacerdote penetraron de uncion la noble alma de Carmela y exclamó:

—¡Desgraciado Alberto! ¿Por qué tu destino te ha impelido al mal?

—Por que el infortunado, señora, continuó aquel, cuando llegó a la edad crítica de las pasiones se encontró sin el ejemplo moderador de una familia. Al lado de un anciano como yo, que le amaba con la ternura que a un hijo, es verdad, pero incapaz de reemplazar la autoridad de un padre ni la influencia maternal indispensable para dulcificar la índole de un jóven, Alberto, señora, salido apenas de la adolescencia, se lanzó con la fogocidad de su carácter, ansioso de emociones, al primer abismo que se le presentó, y este por su mal fué el juego, el peor de todos los vicios, el que lleva mas directamente al crimen.....

—I el que cierra por completo las alas del corazon, añadió Carmela levantándose.

—Se retira, señora.

—Sí, señor. Me encuentro sin fuerzas para soportar la impresion que me ha causado este descubrimiento..... Habia olvidado, señor, el piadoso objeto que me ha traído hasta aquí.

—Descuide en mí, señora. El sepulcro de su esposo será preparado y custodiado con ferviente piedad. Mas ya que la Providencia ha conducido a Vd. al encuentro de un hermano estraviado, incline su frente, reconozca y acate sus secretos designios y perdone a ese Alberto infeliz.....

—Con todo mi corazon, le interrumpió Carmela sin trepidar. A nombre de mi esposo cuya vida amargó, a nombre de mis hijos que han sido sus víctimas inocentes, yo le perdono, señor, para que Dios le perdone. ¡Quiera el cielo operar en él un milagro de su gracia arrancando de su alma la pasion del juego!

—¡Bien, hija mia! exclamó el relijioso enternecido. Olvidar las ofensas, desear el bien a quien nos hace el mal, es la mas noble de las virtudes.....

Carmela, tan modesta como jenerosa, interrumpiendo ruborizada las palabras laudatorias del sacerdote, se apresuró a partir, besó con respeto la mano del anciano, y despues de recibir su bendicion, salió fuertemente conmovida de aquel santo retiro donde habia encontrado en su perseguidor a un hermano, y donde dejaba para siempre los últimos restos de su esposo.

EPILOGO.

I.

Poco despues de la evasion de Alberto, sus propiedades, que con antelacion habian sido secuestradas a solicitud de los Sres. N. y Ca., fueron puestas en remate por orden de la autoridad judicial que condenó a los reos a 10 años de Penitenciaría y a la devolucion de lo hurtado. La casa N. y Ca. fué en consecuencia indemnizada de las sumas que habia perdido en las diferentes sustracciones.

A San Roman se le hizo asi mismo la justicia que merecia su jeneroso proceder para con Alberto pagándosele la cantidad que años atras habia dado en cambio de los documentos falsificados por éste.

En cuanto al infortunado Adriano, en pena de su intentona de evasion frustrada, fué mantenido en estricta comunicacion hasta que se le trasportó a la Penitenciaría. Desde allí escribió una carta a Carmela pidiéndole perdon por la parte que habia tomado en los infortunios de Hermógenes, arrastrado por las sujestiones infernales de Alberto. Esta carta tenia por objeto recomendarle a su desgraciada madre.

La discreta Carmela, que nunca hubiera sido capaz de hacer pesar sobre la inocente madre las consecuencias de los delitos del hijo, que no descuidó un instante durante el proceso de Adriano a la pobre anciana enferma y desvalida, Carmela acojió esa súplica y cumplió ese empeño con la misma solicitud que hubiera empleado en la ejecucion de la última voluntad de un moribundo.

II.

Cuatro años mas tarde, a mediados del sofocante mes de diciembre, época en que la ciudad de Santiago es abandonada por la jente de tono que emigra al campo o a la costa en busca de un

ambiente mas templado, la familia de Aramayo se habia trasladado a Valparaiso y hospedádose en casa de Luisa Alvarez de Maldonado.

Luisa, para quien la dicha habia principiado desde el dia en que Enrique, arrepentido y confuso, abandonó la vida de jugador para trasformarse en honrado y activo comerciante, era hoy madre de un lindo niño de cabellos rubios y ojos negros, joya preciosa que parecia ser el complemento de su dicha y el premio de su anjelical bondad.

Hermógenes y Valentina, seres nacidos para la felicidad en el amor, olvidados de sus pasadas borrascas gozaban con mas viva satisfaccion, en las tertulias de Luisa, de la primavera de su vida, y solo pensaban ya en el hermoso porvenir que les brindaba su juventud y su entrañable cariño.

San Roman habia contribuido doblemente a cimentar aquella felicidad obligando a los enamorados esposos a que aceptasen gran porcion de sus bienes. El noble anciano, por su parte, fatigado de la vida, temeroso de entrar nuevamente en la peligrosa loteria social, se retiró a esperar el fin de sus dias al convento de la Recoleccion dominicana. Allí, en aquel vasto santuario, en medio de ese grave silencio de los claustros donde parece que hablan a las almas los espíritus del cielo, encontró, la paz de la conciencia, el vivo calor de la fé, un vigor nuevo que rejuvenecia su ser y una felicidad desconocida, incomprensible, que le hacia gozar con anticipacion de la bienaventuranza del justo. Conservando siempre fresco en su memoria el recuerdo de sus grandes calamidades, San Roman, en las horas de la meditacion, se veia atormentado con la idea de que los pocos valores que para todo evento habia confiado al señor Alvarez, tardaban ya en socorrer un noble infortunio, en aliviar una necesidad premiosa o en salvar una familia de las angustias y peligrosas consecuencias del hambre.

En una de esas largas y deliciosas tardes del mes de diciembre, se paseaba el nuevo monje bajo los árboles del huerto leyendo la *Imitacion de Cristo*, ese divino libro que tiene para cada situacion una advertencia y un consejo, un estimulante

aguijon para cada buen deseo que se despierta, cuando de improviso siente un golpe en su corazon, como el toque de la gracia, e impresionado por la piadosa lectura se apresuró a entrar en su celda y allí escribió en el acto la carta siguiente:

«SR. D. JUAN ALVAREZ.

Recoleta Dominica, diciembre 8 de 185....

Mi buen amigo:—mi tiempo de noviciado se abrevia y estoy resuelto a profesar. Cuatro años hace a que gozo de un contento inesplicable en esta casa, y siento haber conocido tan tarde la verdadera felicidad. Mi único sobresalto es no haber empleado ya en servicio de los pobres la suma que confié a Vd.

Tenga, pues, la bondad de tranquilizar mi ánimo entregando a la Sra. Carmela de Aramayo todo el resto de mi depósito, para que lo distribuya con su discrecion y celo entre los mas necesitados. Sé que esta buena señora ha consagrado su vida al ejercicio de la beneficencia; que sufre con los padecimientos ajenos; que con gran solicitud endulza la miserable existencia de los infelices; que sabe, en fin, hacer el bien como lo haria un ángel. A ella, pues, encomiendo la realizacion de mi último deseo: que con esa cantidad, haga con mejor éxito lo que está haciendo por si sola con tanto sacrificio, y habrá satisfecho mi única aspiracion.

Asi, mi inolvidable amigo, me consagraré tranquilo al cumplimiento de los sagrados deberes que me impone mi nuevo estado. Que Dios recompense a Vd. los grandes servicios que me ha prestado, haciendo la felicidad de su querida Luisa; este es el mas ardiente deseo de su reconocido amigo—

Rudecindo San Roman.»

III.

Luego que D. Juan hubo recibido esta carta, llamó a su cuarto a Luisa y Carmela, y les leyó aquel documento inspirado por la mas ferviente caridad. Las sensibles señoras, tocadas en lo

mas vivo del alma, conmovidas profundamente por ese sublime rasgo de filantrópica fé, dieron expansion a su tierno entusiasmo dejando correr a parejas sus lágrimas y sus alabanzas.

Don Juan se apresuró a cumplir la voluntad del respetable monje y traspasó en sus libros los dineros de aquel al nombre de Carmela, poniendo desde luego a la disposicion de esta señora la suma de 7,855 pesos, último resto de ese ya patrimonio del pobre. Carmela era sin duda bien digna de tan noble encargo. En efecto, desde el último encuentro con Alberto en las casas del cementerio, ella habia caído en una postracion y desaliento mortales. Su altivo carácter se dobló al fin bajo el peso de tantos infortunios. ¿Ni qué podria ya reanimarla? Recuerdos del pasado, esperanzas del porvenir, todo lo veia cubierto por un velo fúnebre. Tres años de desgracia le habian dejado una desgarradora experiencia.

Empero, en medio de este caos, de esta agonía lenta y penosa, concibió Carmela una esperanza, una pasion que refrijerase, que diese nuevo campo de accion a su alma jenerosa y ocupase útilmente su ardiente y jóven corazon. Ella se lanzó, con abnegacion evanjélica, a sembrar en el campo de la caridad la semilla del bien. Sin embargo, su nueva pasion, el ejercicio ardoroso de la caridad y de la relijion, no fanatizó su espíritu ni cambió en lo menor sus hábitos sociales y elegantes.

Asi, mientras por la mañana Carmela, en compañía de Luisa, visitaba las salas del hospital, haciendo ambas por sí mismas el servicio de enfermeras, recorria por la tarde los jardines y demas sitios de recreo de Valparaiso que Luisa, para distarlarla, cuidaba de manifestarle.

Un dia, estas dos inseparables amigas, al declinar el sol, se paseaban por la orilla del mar gozando de la deliciosa perspectiva que desde el antiguo Arsenal presenta nuestra pintoresca bahia, animada por las maniobras de las tripulaciones y las músicas marciales de los buques de guerra. De improviso, ambas arrojan una exclamacion de sorpresa: habian reconocido a José, el viejo y leal mayordomo de Alberto N., hoi trabajador del astillero Duprat.

Pasada la emecion de reminiscencia que la vista súbita de esta sombra de Alberto despertó en Luisa y en Carmela, José satisfizo la ávida curiosidad de ambas señoras, refiriéndoles las penalidades y miserias que él y su patron habian tenido que sufrir en su peregrinaje por el extranjero.

Luisa, a quien habian interesado las desgracias y la lealtad de este hombre que habia sido un tiempo un buen servidor de su finada madre, lo recojió en su casa, le asignó en ella el lugar de un huésped de la familia, premiando así la honradez y raras virtudes de este pobre viejo.

Luisa y Carmela supieron por José que Alberto, escapado felizmente de las pesquisas activas de la jendarmeria, se habia embarcado en el Tomé a bordo de un buque que zarpaba en esos dias con cargamento de harinas para el Perú, se refujó en Lima, y siguió allí su indigno oficio de jugador. Pero su ruina estaba decretada: la justicia divina tarda pero no olvida. La suerte le abandonó a poco de entrar en su nuevo teatro, y las sumas, que a fuerza de maquinaciones fraudulentas habia podido librar de su naufragio judicial en Chile, fueron en Lima presas de mas diestros o mas afortunados jugadores.

Por otra parte, la noticia de su proceso criminal por sustraccion y falsificacion, de su fuga de la cárcel y de su inícuo atentado contra Hermógenes de Monrion, no tardó en derramarse en aquella ciudad, y de ser mirado Alberto como un héroe terrible y como un vecino peligroso. Estos hechos infames, una vez conocidos, junto con su pobreza de que pronto se apercibieron sus amigos de tapete, fueron para este hombre el principio de una cadena de duras calamidades.

Abandonado hasta de aquellos con quienes tenia derecho de contar, sin recursos para alejarse de ese pueblo que le rechazaba con desprecio, falto de cualidades para soportar el aislamiento a que le habia reducido el público anatema, esa especie de escomunion con que la justicia social desgarras las entrañas del mas arrogante de los criminales: Alberto, blasfemando contra el cielo, se ocultó en la oscuridad, arrastrándose hasta en las mas inmundas tabernas.

Un denso velo cubrió por muchos años la existencia de este hombre fatal....

Mucho tiempo despues, y en una época mui próxima de la nuestra, la ciudad de Lima se sintió sobrecojida de terror: una máquina infernal, que estalló por fortuna antes de llegar a su destino, debió y estuvo a punto de sacrificar a un rico chileno establecido en Lima. La voz pública indicó la mano oculta que habia dirijido ese atroz instrumento en un jugador arruinado, compatriota de la predestinada víctima, que habia exigido, sin éxito, la entrega misteriosa de una gruesa suma. Poco mas tarde, la policia sorprendió, en un nuevo atentado, el núcleo de la horda de estafadores que habia lanzado la máquina infernal: la opinion, que designó los cómplices, pronunciaba con espanto el nombre de *Alberto el Jugador*....

Cierta o calumniosa esta afrentosa imputacion, justo o injusto el vilipendio que esta vez inflijia la sociedad a este hombre, lo cierto es que ello era la consecuencia precisa de la perversa celebridad que se habia labrado.

El justiciero Dios, que no castiga con piedra ni palo, con cadenas ni prisiones, hacia sufrir asi a Alberto el Jugador, en el esceso de sus mismos vicios, el castigo de sus iniquidades.

FIN.



3 Libras

- 3 -







